



CADA
CORAZÓN,
UN
UMBRAL

SEANAN
McGUIRE



Premios Nébula, Hugo y Locus 2017

Deslizándose entre las sombras bajo la cama, o a través de un armario, o por madrigueras de conejos... los niños siempre han sabido acceder a mundos mágicos. Pero ¿qué ocurre cuando regresan y no consiguen adaptarse y no son aceptados por sus familias? Eleanor West tiene un internado que acoge a estos niños que quieren volver a su mundo de fantasía. Pero con la llegada de Nancy algo cambia en el internado y pronto tendrán que enfrentarse a una tragedia por sí mismos.

Seanán McGuire

Cada corazón, un umbral

Wayward Children

1



Título original: *Every Heart a Doorway*
Seanan McGuire, 2016
Traducción: María Pilar San Román, 2018

(AG)

Revisión: 1.0

Para los inconformistas

PARTE I

LAS TARDES DORADAS

Había una vez una niña

Las chicas nunca estaban presentes en la entrevista de admisión. Tan solo sus padres, sus tutores, sus desconcertados hermanos, que tanto deseaban ayudarlas pero no sabían cómo. Hubiera resultado demasiado duro para las futuras alumnas sentarse y escuchar cómo las personas a las que más querían en el mundo —en este mundo, al menos— tildaban sus recuerdos de meros delirios; sus experiencias, de fantasías; su vida, de enfermedad de difícil cura.

Además, su capacidad de llegar a confiar en la escuela hubiese resultado menoscabada si en su primer contacto con Eleanor la hubieran visto ataviada de grises y lilas de lo más decoroso, al igual que su peinado, con el aspecto de una de esas ancianas tías estiradas que en realidad solo existen en los cuentos infantiles. La auténtica Eleanor no era así en modo alguno. Oír lo que decía solo hubiese empeorado las cosas: allí sentada, explicando, toda ella seriedad, toda ella sinceridad, que su escuela ayudaría a curar lo que se había torcido en las cabecitas de todos esos corderillos extraviados. Ella podía acoger a esos niños destrozados y volverlos a recomponer.

Ni que decir tiene que estaba mintiendo, pero sus futuros discípulos no tenían manera de saberlo. De modo que Eleanor exigía reunirse con los tutores legales en privado y les daba gato por liebre con la habilidad y el empeño de un estafador nato. Si esos tutores hubiesen llegado a coincidir y hubieran comparado notas, habrían descubierto que el guion de Eleanor estaba ensayado a la perfección y puesto a punto como el arma que en realidad era.

«Se trata de un trastorno poco común, aunque no excepcional, que se manifiesta en jovencitas justo cuando dejan de ser niñas y se hacen mujeres», decía Eleanor, teniendo buen cuidado de mirar a los ojos a los desesperados y abrumados tutores de la última niña errabunda. En las raras ocasiones en las

que tenía que hablar con los padres de un muchacho, modificaba el discurso, pero tan solo lo mínimo requerido por las circunstancias. Llevaba mucho tiempo perfeccionando su actuación y sabía cómo sacar partido de los miedos y deseos de los adultos. Querían lo mejor para los niños de los que eran responsables, igual que ella. Lo único que pasaba es que tenían ideas muy distintas sobre el significado de la palabra «mejor».

A los padres y madres les decía: «Se trata de un delirio, y una temporada lejos de casa puede contribuir a curarlo».

A los tíos y tías les decía: «No es culpa de ustedes, y yo puedo ser la solución».

A los abuelos les decía: «Permítanme ayudarles. Por favor, permítanme ayudarles».

No todas las familias decidían que el internado era la mejor solución. Alrededor de uno de cada tres posibles alumnos se le escurría entre los dedos, y Eleanor lo lamentaba por ellos, por aquellos cuyas vidas serían muchísimo más duras de lo necesario, cuando podrían haberse salvado. Sin embargo, se alegraba inmensamente por los que sí quedaban a su cargo. Al menos durante el tiempo que pasasen con ella estarían con alguien que los comprendía. Incluso aunque nunca se les llegara a presentar la oportunidad de regresar a su hogar, tendrían quien los entendiese y la compañía de otros como ellos, un tesoro que no tenía precio.

Eleanor West pasaba los días proporcionándoles aquello de lo que ella siempre había carecido, y confiaba en que llegara un momento en que eso le alcanzase para pagar su billete de vuelta al que era su lugar.

1

Llegar a casa, irse de casa

La casona señorial estaba ubicada en el centro de lo que hubiese sido considerado un campo de no haber servido como marco de una residencia privada. La hierba era de un verde perfecto; los árboles se apiñaban alrededor del edificio, podados a la perfección, y el jardín crecía con una profusión de colores que por lo común solo se daba en el arcoíris o en el arcón de los juguetes de un niño. La fina cinta negra del camino de entrada se iba torciendo desde la lejana verja, formaba una curva delante del edificio en sí y desembocaba con elegancia en un área de espera algo más amplia, a los pies del porche. Allí se detuvo un solitario automóvil amarillo chillón, al que el contraste con la estampa compuesta con tanto esmero hacía parecer un tanto deslucido. La puerta trasera del lado del pasajero se cerró de golpe y el coche se alejó de nuevo, dejando allí a una adolescente.

La muchacha era alta y esbelta, y no podría haber tenido más de diecisiete años; alrededor de ojos y boca aún quedaba algo sin terminar de perfilar, lo que la convertía en un trabajo inacabado que el tiempo debería rematar. Iba vestida de negro —vaqueros negros, botines negros con botoncitos negros desfilando como soldados desde los dedos hasta la pantorrilla— y de blanco —una camiseta holgada sin mangas, pulseras de perlas de bisutería en las muñecas—, y llevaba un lazo del color de las semillas de las granadas atado

alrededor de la base de la coleta. El cabello color hueso estaba surcado por regatos negros, como petróleo derramado sobre un suelo de mármol, y sus ojos, que se vio obligada a entornar a causa de la luz del sol, eran pálidos como el hielo. Su aspecto hacía pensar que llevaba bastante tiempo sin ver el sol. Su pequeña maleta con ruedas era de un rosa vivo y estaba estampada con dibujos de margaritas. Lo más probable es que no se la hubiera comprado ella.

Tras levantar la mano para protegerse los ojos, la chica dirigió la mirada hacia el caserón, deteniéndola sobre el letrero colgado del alero del porche. RESIDENCIA PARA NIÑOS DESCARRIADOS DE ELEANOR WEST, decía en grandes letras. Y continuaba debajo, con letras más pequeñas: VENDEDORES, VISITAS Y CURIOSOS, ABSTENERSE.

La chica lo miró atónita. La chica bajó la mano. Y, lentamente, la chica se encaminó hacia los escalones de la entrada.

En la segunda planta de la casa, Eleanor West soltó la cortina y se giró hacia la puerta mientras la tela todavía revoloteaba volviendo a su posición original. Aparentaba ser una mujer de sesenta y muchos años bien llevados, aunque su verdadera edad estaba más cerca del centenar: los viajes por esas regiones que antaño había frecuentado tendían a afectar al reloj interno, lo que dificultaba que el tiempo pudiese controlar el cuerpo como era debido. Algunos días se sentía agradecida por su longevidad, que le había permitido ayudar a muchísimos más niños de los que hubiese llegado a conocer si no hubiese abierto las puertas que había abierto, si nunca hubiera elegido apartarse del camino correcto. Otros días se preguntaba si este mundo acabaría por descubrir que ella aún existía —que era la pequeña Ely West, la niña descarriada, inexplicablemente viva después de todos estos años— y qué le sucedería a ella cuando eso ocurriese.

No obstante, por el momento, su espalda se mantenía erguida y su mirada tan cristalina como el día en que, siendo una niña de siete años, había atisbado aquella entrada entre las raíces de un árbol en la finca de su padre. Si ahora su cabello era blanco y su piel flácida por las arrugas y los recuerdos, bueno, eso carecía de toda importancia. Todavía quedaba algo por acabar de perfilar alrededor de sus ojos; todavía no estaba terminada. Ella era una historia, no un epílogo. Y si mientras bajaba las escaleras para recibir a su alumna recién llegada eligió ir narrando su propia vida por entregas de una palabra, con ello

no iba a perjudicar a nadie. Al fin y al cabo, el hábito de narrar no es algo con lo que resulte sencillo romper.

A veces era lo único que te quedaba.

Nancy se quedó clavada en el centro del vestíbulo, su mano aferrando el asa de la maleta mientras miraba en derredor, tratando de ubicarse. No estaba segura de qué era lo que se había esperado de la «escuela especial» a la que sus padres la habían enviado, pero por supuesto no era esta elegante casa de campo. Las paredes estaban empapeladas con un anticuado diseño floral de rosas y enredaderas de clemátides entrelazadas, y el mobiliario —como el de este recibidor, con toda intención apenas amueblado— estaba constituido en su totalidad por antigüedades de calidad, de madera bien pulida y con accesorios de latón a juego con el pasamanos en curva. El suelo era de cerezo y, al alzar la vista tratando de mover los ojos sin levantar la barbilla, Nancy se encontró contemplando una intrincada lámpara de araña con la forma de un capullo en flor.

—Es obra, nada más y nada menos, de una de nuestras antiguas alumnas — dijo una voz.

Nancy arrancó la mirada de la lámpara y la volvió hacia la escalinata.

La mujer que descendía era delgada, de la manera en que lo son algunas mujeres mayores, pero caminaba con la espalda erguida, y la mano que descansaba sobre el pasamanos parecía utilizarlo tan solo como guía, en modo alguno como apoyo. Tenía el cabello tan blanco como la propia Nancy, sin sus desafiantes mechones negros, y lucía una permanente que recordaba a un diente de león seco. Su apariencia hubiese sido de lo más respetable de no haber ido ataviada con unos pantalones naranja eléctrico combinados con un jersey de lana arcoíris tejido a mano y un collar de piedras semipreciosas de una docena de tonalidades, que no pegaban lo más mínimo entre sí. Nancy notó que los ojos se le abrían como platos por mucho que trató de evitarlo, y se odió por ello. Cada día que pasaba el control de su inmovilidad se le iba más de las manos. No tardaría en mostrarse tan inquieta e inestable como cualquiera de los vivos, y entonces ya nunca encontraría el camino de regreso a su hogar.

—Prácticamente todo es cristal, por supuesto, salvo algunas pequeñas piezas —continuó la mujer, a la que no parecía molestarle que Nancy la estuviese mirando de hito en hito sin disimulo alguno—. No estoy nada segura de cómo se hace algo así. Es probable que fundiendo arena, supongo. Ahora bien, yo contribuí con esos grandes prismas con forma de lágrima del centro. Los doce son obra mía. Estoy bastante orgullosa de ellos.

La mujer se interrumpió, al parecer esperando que Nancy dijese algo.

Nancy tragó con dificultad. Últimamente tenía la garganta muy seca y nada parecía remediar la aspereza.

—Si no sabe cómo fabricar cristal, ¿cómo hizo los prismas? —preguntó.

—Con mis lágrimas, por supuesto —respondió la mujer con una sonrisa—. Aquí siempre hay que asumir que la respuesta más sencilla es la verdadera, porque la mayoría de las veces lo será. Soy Eleanor West. Bienvenida a mi casa. Tú debes de ser Nancy.

—Sí —dijo esta lentamente—. ¿Cómo lo ha...?

—Bueno, eres la única alumna que esperábamos que llegase hoy. Ya no hay tantos internos como anteriormente. O bien las puertas escasean o bien cada vez se os da mejor a todos no regresar. Ahora calla un momento y déjame echarle un vistazo. —Eleanor descendió los últimos tres escalones y se detuvo delante de Nancy, la examinó con atención por un instante y luego caminó despacio a su alrededor—. Veamos... Alta, delgada y muy pálida. Debes de haber estado en algún lugar sin sol... pero también sin vampiros, creo, a la vista de la piel del cuello. Jack y Jill van a estar encantadas de conocerte. Con tanto sol y tanta dulzura como la gente gasta por aquí, están un tanto hartas.

—¿Vampiros? —dijo Nancy sin comprender—. Los vampiros no son reales.

—Nada de esto es verdaderamente real, cielo. Ni esta casa, ni esta conversación, ni esos zapatos que llevas (que pasaron de moda hace varios años, en caso de que estés tratando de readaptarte a las costumbres de tus compañeros; y que no son adecuados como calzado de luto, en caso de que estés intentando aferrarte a tu pasado reciente), ni tampoco ninguno de nosotros. «Real» es una palabra de cuatro letras, y te agradeceré que la utilices lo menos posible mientras vivas bajo mi techo. —Eleanor se detuvo de nuevo frente a Nancy—. Es el cabello lo que te delata. ¿Estuviste en un

Inframundo o en un Submundo? No puedes haber estado en un Más Allá. De esos nadie regresa.

Nancy la miró boquiabierta, sus labios moviéndose en silencio mientras se esforzaba por recuperar la voz. La anciana decía todas esas cosas —esas cosas cruelmente imposibles— con tanta despreocupación que podría haber estado preguntando sobre algo no más importante que el historial de vacunas de Nancy.

La expresión de Eleanor mudó y se tornó dulce y contrita.

—Vaya, ya veo que te he descolocado. Me temo que es algo que tengo cierta tendencia a hacer. Yo fui a un mundo Sinsentido, seis veces antes de cumplir los dieciséis y, aunque al final tuve que dejar de visitarlo, no he llegado a aprender a controlar del todo la lengua. Debes de estar cansada del viaje y sentir curiosidad por lo que te espera aquí, ¿es así? Te puedo acompañar a tu habitación en cuanto sepa dónde ubicarte en el planisferio respecto a nuestra brújula. Me temo que eso es algo crucial en asuntos como el alojamiento; no puedes instalar a un viajero de un Sinsentido con alguien que vagó por un Lógico, a menos que te apetezca tener que justificar ante la policía local una sorprendente ola de violencia. Porque estamos sometidos a inspecciones, así es, aunque lo habitual es que consigamos que hagan la vista gorda. El motivo es que seguimos estando acreditados como escuela, aunque supongo que somos más bien una especie de sanatorio. Me encanta esa palabra, ¿a ti no? «Sanatorio». Suena de lo más oficial aunque no significa nada de nada.

—No he entendido nada de lo que me acaba de contar —dijo Nancy. Sintió vergüenza al oír el hilo agudo de su voz, a la par que orgullo por, al menos, haberla recuperado.

El rostro de Eleanor se ablandó todavía más.

—Ya no tienes que continuar fingiendo, Nancy. Sé por lo que has pasado, sé dónde has estado. Yo pasé por algo así hace mucho tiempo, cuando regresé de mis propios viajes. Este no es un lugar donde se mienta o se aparente que todo está bien. Sabemos que no es así. De serlo, tú no estarías aquí. A ver, ¿adónde fuiste?

—Yo no...

—Olvídate de palabras como «Sinsentido» y «Lógico». Esos detalles

podemos perfilarlos más tarde. Limitate a contestar: ¿adónde fuiste realmente?

—Fui a los Salones de los Muertos. —Decir las palabras en voz alta fue un alivio casi doloroso. Volvió a quedarse paralizada, con los ojos clavados en el vacío como si estuviese contemplando su propia voz flotando en el aire con un perfecto resplandor granate oscuro. Luego tragó saliva, sin conseguir aún librarse de la sequedad, y continuó—: Yo... yo andaba buscando un cubo en el sótano de casa y encontré esa puerta que nunca hasta entonces había visto. Al atravesarla me hallé en un granadal. Pensé que me había caído y golpeado la cabeza. Continué andando porque... porque...

Porque el aire tenía un aroma dulcísimo y el cielo era de un negro aterciopelado tachonado de puntos de luz diamantina que no titilaban en absoluto, solo ardían firmes y fríos. Porque la hierba estaba mojada por el rocío y los árboles cargados de fruta. Porque había querido saber qué había al final del largo camino que avanzaba entre los árboles, y porque no había querido dar media vuelta antes de entenderlo todo. Porque por primera vez en su vida había tenido la sensación de encaminarse hacia su hogar, y esa sensación había bastado para mover sus pies, despacio al principio y luego más y más deprisa, hasta que había estado atravesando el límpido aire nocturno a todo correr, sin que nada más importase ni fuese a importar jamás...

—¿Cuánto tiempo permaneciste allí?

La pregunta carecía de sentido. Nancy movió la cabeza negativamente.

—Una eternidad. Años... Permanecí allí durante años. No quería regresar. Jamás.

—Lo sé, cielo. —Con su mano sujetándole suavemente el codo, Eleanor condujo a Nancy hacia la puerta que había detrás de la escalinata. El perfume de la anciana olía a diente de león y galleta de jengibre, una combinación tan disparatada como todo en ella—. Acompáñame. Tengo la habitación perfecta para ti.

La «habitación perfecta» de Eleanor estaba en la planta baja, a la sombra de un enorme olmo ancestral que bloqueaba la mayor parte de la luz que, de no haber sido por él, hubiese entrado por la única ventana. El cuarto estaba

sumido en un crepúsculo eterno, y cuando Nancy entró y miró en derredor sintió como si se hubiese quitado un peso de encima. La mitad de la estancia —la mitad donde se hallaba la ventana— era un revoltijo de ropas, libros y cachivaches. Un violín estaba tirado de cualquier manera sobre la cama, y el correspondiente arco se mantenía en equilibrio sobre el borde de un estante, listo para caer a la menor provocación. El aire olía a menta y barro.

La otra mitad de la habitación era tan aséptica como un hotel. Había una cama, un tocador pequeño, una balda para libros y una mesa, todo de madera clara sin barnizar. Las paredes estaban desnudas. Nancy miró a Eleanor y esperó hasta que esta le dio su beneplácito con un gesto de la cabeza antes de acercarse a la que iba a ser su cama y depositar la maleta exactamente en el centro.

—Gracias —dijo—. Estoy segura de que estaré bien aquí.

—Reconozco que yo no estoy tan segura —repuso Eleanor mirando con mala cara la maleta de Nancy colocada con tantísima precisión...—. Un lugar que se llame «los Salones de los Muertos» tiene que ser un Inframundo, y a la mayoría de estos les cuadra mejor la etiqueta Sinsentido que Lógico. El tuyo parece que podría haber estado más reglamentado. Bueno, lo mismo da. Siempre podemos trasladarte si Sumi y tú demostráis no encajar bien. ¿Quién sabe? A lo mejor podrías ayudarle a tener los pies más en el suelo que ahora. Y si no lo consigues, bueno, confiemos en que tampoco lleguéis a mataros entre vosotras.

—¿Sumi?

—Tu compañera de habitación. —Eleanor avanzó con cuidado por entre el revoltijo del suelo hasta la ventana. Empujó para abrirla, se asomó al exterior y escudriñó las ramas del olmo hasta descubrir lo que andaba buscando—. Un, dos y tres, al escondite inglés. Te he visto, Sumi. Entra a conocer a tu compañera de cuarto.

—¿Compañera de cuarto? —Era una voz femenina, joven y enojada.

—Te lo avisé —dijo Eleanor, mientras volvía a meter la cabeza para regresar al centro de la habitación. Se movió con una sorprendente seguridad, sobre todo teniendo en cuenta lo atestado que estaba el suelo. Nancy temió verla caerse en cualquier momento, pero finalmente no ocurrió así—. Te dije que esta semana llegaba una nueva alumna, y que si sus antecedentes eran

compatibles ocuparía la cama libre. ¿Te suena o lo has olvidado por completo?

—Pensaba que hablaba solo porque le gusta oírse hablar. Porque es algo que hace, sí. Lo hace todo el mundo. —En la ventana apareció una cabeza, boca abajo, con su dueña aparentemente colgando del olmo. Parecía ser más o menos de la edad de Nancy y tener ascendencia japonesa, y llevaba su cabello largo y negro recogido en dos infantiles coletas, una encima de cada oreja. Miró a Nancy sin ocultar su recelo antes de preguntar—: ¿Eres una de las sirvientas de la Reina de los Pasteles venida para castigarme por mis agravios a la Condesa del Algodón de Azúcar? Porque ahora mismo no me apetece enzarzarme en una guerra.

—No —respondió Nancy inexpresivamente—. Soy Nancy.

—Menudo nombre más aburrido. ¿Cómo puedes estar aquí con un nombre tan aburrido? —Sumi hizo una pirueta y se dejó caer del árbol; desapareció un instante antes de volver a resurgir, apoyarse en el alféizar y preguntar—: Eleanor-Ely, ¿está segura? Me refiero a segura-segura. Para nada tiene pinta de que le corresponda estar aquí. A lo mejor cuando miró su historial otra vez leyó lo que no ponía y en realidad tendría que estar en un centro para menores de edad víctimas de teñidos de pelo desastrosos.

—¡Yo no me tiño el pelo! —protestó Nancy acaloradamente. Sumi dejó de hablar y la contempló con sorpresa. Eleanor también se volvió para mirarla. Las mejillas de Nancy se encendieron cuando la sangre afluyó hacia su rostro, pero se mantuvo firme, e incluso logró reprimir el gesto de acariciarse el cabello mientras decía—: Antes era totalmente negro, como el de mi madre. Cuando bailé por vez primera con el Señor de los Muertos me dijo que era hermoso y pasó los dedos por él. En torno a ellos, todo el cabello se volvió blanco, de la envidia. Por eso solo me quedan cinco mechones negros. Son las franjas que él tocó.

Al observarla con atención, Eleanor vio cómo esas cinco vetas componían el bosquejo fantasma de una mano, un lugar donde la pálida joven que tenía ante ella había sido tocada en una ocasión y nunca más.

—Ya veo —dijo.

—No me lo *tiño* —insistió Nancy, todavía acalorada—. Jamás me lo *teñiría*. Sería una falta de respeto.

Sumi continuaba mirándola con sorpresa, sus ojos abiertos como platos. Y entonces sonrió.

—Vaya, me caes muy bien —dijo—. Estás de lo más chalada, como el *joker* de la baraja, ¿verdad?

—Aquí no decimos esa palabra —terció cortante Eleanor.

—Pero es que es cierto —dijo Sumi—. Cree que va a regresar, ¿a que sí, *Nancy*? Crees que vas a abrir la puerta equivocada correcta y ver al otro lado tu escalera al cielo, y entonces ya solo es un paso, dos pasos, encantada de conoceros, pasos, y de vuelta en tu historia. Menuda chiflada. Menuda tontita. No puedes regresar. Una vez que te han expulsado ya no puedes regresar.

Nancy sintió como si el corazón estuviese tratando de treparle por la garganta y ahogarla. Tragó para devolverlo a su lugar y susurró:

—Estás equivocada.

—¿Lo estoy? —replicó Sumi mirándola con ojos vivarachos.

Eleanor dio una palmada para recuperar su atención.

—Nancy, ¿por qué no deshaces la maleta y te instalas? La cena es a las seis y media, y después tenemos la terapia de grupo, a las ocho. Sumi, por favor, no la empujes a asesinarte hasta que lleve aquí un día entero al menos.

—Todos contamos con nuestros propios medios para intentar volver al hogar —dijo Sumi, y desapareció del marco de la ventana para retomar lo que quiera que hubiese estado haciendo antes de que Eleanor la interrumpiera.

Tras dirigir a Nancy una rápida mirada de disculpa, Eleanor también se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Casi de sopetón, Nancy se encontró sola.

Se quedó donde estaba durante diez segundos, disfrutando de la inmovilidad. Durante su estancia en los Salones de los Muertos, en ocasiones había tenido que mantener la posición durante varios días seguidos, fundiéndose con el resto de estatuas vivientes. Sirvientas menos duchas en el arte del estatismo pasaban con esponjas empapadas en zumo de granada y azúcar, que presionaban contra los labios de quienes permanecían inmóviles. Nancy había aprendido a dejar que el zumo le corriera garganta abajo sin tragarlo, recibéndolo pasivamente, como una piedra recibe la luz de la luna. Había tardado meses, incluso años, en alcanzar la quietud perfecta, pero lo había logrado; sí, lo había logrado, y la Dama de las Sombras había proclamado su belleza sin par, la de la muchachita mortal que no consideraba

necesarios ni la rapidez ni el calor ni la impaciencia.

Pero este mundo estaba hecho para las criaturas rápidas, calurosas e impacientes; a diferencia de los plácidos Salones de los Muertos. Nancy abandonó su inmovilidad con un suspiro y empezó a abrir la maleta. Entonces volvió a quedarse paralizada, esta vez por la sorpresa y la consternación. Su ropa —las camisas de gasa negra y los vestidos vaporosos que había metido con gran cuidado— había desaparecido, sustituida por un maremágnum de tejidos tan coloridos como los objetos desparramados por la parte de la habitación que ocupaba Sumi. Encima del montón de prendas había un sobre. Nancy lo cogió con dedos trémulos y lo abrió.

Nancy, cariño, sentimos hacerte esta jugarreta, pero no nos has dejado demasiada elección. Vas al internado para recuperarte, no para seguir regodeándote en lo que te hicieron tus secuestradores. Queremos recuperar a nuestra verdadera hija. Esta era tu ropa favorita antes de tu desaparición. ¡Tú eras nuestro pequeño arcoíris! ¿Te acuerdas?

Has olvidado tantas cosas...

Te queremos. Tu padre y yo te queremos más que a nada en el mundo, y estamos convencidos de que podemos recuperarte. Por favor, perdónanos por haber metido en la maleta un vestuario más adecuado. Que sepas que solo lo hemos hecho porque deseamos lo mejor para ti. Queremos que regreses a nuestro lado.

Que lo pases fenomenal en la escuela. Cuando estés preparada para regresar y quedarte en casa, aquí nos tendrás esperándote.

La carta estaba firmada con la rúbrica vacilante y de amplias curvas de su madre. Nancy casi ni la vio. Ardientes lágrimas de odio anegaron sus ojos; las manos le temblaban; los dedos estrujaron el papel hasta convertirlo en un laberinto ilegible de arrugas y pliegues. Se dejó caer al suelo y se sentó con las rodillas contra el pecho y los ojos clavados en la maleta abierta. ¿Cómo iba a ponerse algo de eso? Esos eran colores... diurnos, para gente que se movía a la luz del sol, que era calurosa y rauda, y que no era bienvenida en los

Salones de los Muertos.

—¿Qué estás haciendo? —La voz pertenecía a Sumi.

Nancy no se giró. Su cuerpo ya había comenzado a traicionarla moviéndose sin su consentimiento. Lo menos que ella podía hacer era negarse a moverlo de manera voluntaria.

—Lo que parece es que estás sentada en el suelo llorando, algo que todo el mundo sabe que es peligroso, peligroso, de lo de: no lo hagas que es peligroso; hace que parezca que estás perdiendo los papeles y que podrías venirte abajo —dijo Sumi. Se inclinó hacia Nancy, tanto que esta notó el roce de una de sus coletas en el hombro—. ¿Por qué lloras, fanta-fantasmita? ¿Hay alguien bailando sobre tu tumba?

—Yo no estoy muerta, tan solo estuve una temporada sirviendo al Señor de la Muerte, nada más, y me iba a quedar para siempre, hasta que él dijo que tenía que regresar y permanecer aquí el tiempo que hiciese falta, hasta estar bien segura. Pues bien, yo ya estaba bien segura antes de marcharme, y no sé por qué no aparece mi puerta. —Las lágrimas que se aferraban a sus mejillas estaban tan calientes que sentía como si le estuvieran abrasando la piel. Se permitió moverse, para levantar las manos y secárselas bruscamente—. Estoy llorando porque estoy enfadada y estoy triste, y quiero volver a mi hogar.

—Tontita —dijo Sumi apoyando comprensivamente una mano encima de la cabeza de Nancy antes de darle una bofetada (suave, pero un golpe al fin y al cabo), subirse de un brinco a la cama y acucillarse junto a la maleta abierta—. No te refieres al hogar donde están tus padres, ¿verdad? De casa al colegio y clases y chicos y chismorreos, no, no, no, para ti ya no, todas esas cosas son para los otros, los otros que no son tan especiales como tú. Te refieres al hogar donde vive el hombre que blanqueó tu pelo. O no vive, puesto que eres una fanta-fantasmita. Una fanta-fantasmita tontita. No puedes regresar. A estas alturas tienes que saberlo ya.

Nancy levantó la cabeza y miró a Sumi con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —preguntó—. Antes de franquear esa puerta, yo sabía que los portales a otros mundos no existían. Ahora sé que, si abres la puerta adecuada en el momento adecuado, puedes encontrar por fin un lugar en el que encajas. ¿Por qué eso quiere decir que no puedo regresar? Tal vez lo único que pasa es que todavía no estoy segura del todo.

El Señor de los Muertos nunca le hubiese mentido, ¡nunca! Él la quería.
La quería de corazón.

—Porque la esperanza es un cuchillo que puede atravesar los cimientos del mundo —respondió Sumi. De repente, su voz sonaba cristalina y clara, sin nada de su anterior extravagancia. Miró a Nancy con ojos tranquilos y firmes—. La esperanza es muy dolorosa. Eso es lo que tienes que aprender, y pronto, si no quieres que se te clave en las entrañas y te abra en canal. La esperanza es mala. Cuando tienes esperanza continúas aferrándote a cosas que ya nunca van a volver a ser así, de modo que te vas apagando muy poco a poco hasta extinguirte. Ely-Eleanor siempre está diciendo «no digas esa palabra» y «no digas esa otra palabra», pero nunca prohíbe las que son malas de verdad. Nunca prohíbe «esperanza».

—Yo solo quiero irme a casa —musitó Nancy.

—Fantasmita tontita, eso es lo que queremos todos nosotros. Por eso estamos aquí. —Sumi se giró hacia la maleta de Nancy y empezó a rebuscar entre la ropa—. Estos son bonitos. Demasiado pequeños para mí. ¿Por qué tienes que ser tan *estrecha*? No puedo robar cosas que no me sirvan, sería una tontería, y aquí ya no voy a menguar. En este mundo nunca se mengua. Los mundos altamente Lógicos no son nada divertidos.

—Odio toda esa ropa. Quédatela toda. Córtala en pedazos y haz banderines para adornar tu árbol, me trae sin cuidado, pero apártala de mi vista.

—Porque estos colores no son para ti, ¿verdad? Es el arcoíris de otra persona. —Sumi saltó de la cama, cerró la maleta de golpe y la arrastró tras de sí—. Levántate, venga. Nos vamos de visita.

—¿Cómo? —Nancy miró a Sumi, perpleja y exhausta—. Lo siento. Acabo de conocerte y no me apetece lo más mínimo acompañarte a ningún sitio.

—Entonces qué bien que a mí eso me traiga sin cuidado, ¿a que sí? —Sumi le sonrió de oreja a oreja por un instante, su sonrisa tan radiante como el muy odiado sol, y un momento después desapareció por la puerta con la maleta de Nancy y toda su ropa.

Nancy no quería saber nada de esa ropa y, durante un tentador momento, se planteó la posibilidad de quedarse donde estaba, pero luego se levantó con un suspiro y fue tras ella. Ya tenía muy poco a lo que aferrarse en este mundo. Y a

la larga iba a necesitar bragas limpias.

2

Chicos guapos y chicas glamurosas

Sumi era inquieta, como lo son los vivos, pero incluso para alguien vivo era rauda y veloz. Para cuando Nancy salió del cuarto, Sumi ya estaba a mitad del pasillo. Al oír las pisadas de Nancy, se detuvo y miró por encima del hombro con cara de pocos amigos a su compañera de cuarto, más alta que ella.

—Vamos, vamos, vamos —la apremió—. Si la cena nos atrapa sin haber hecho lo que hay que hacer nos quedaremos sin bollos con mermelada.

—¿Te persigue la cena? ¿Y si no te atrapa cenarás bollos con mermelada? —preguntó Nancy desconcertada.

—No es lo habitual —explicó Sumi—. No es demasiado frecuente. Bueno, hasta ahora no ha pasado nunca. Pero podría llegar a pasar, si esperamos lo suficiente, y cuando suceda ¡no quiero perdmelo! La mayoría de las cenas son bastante sosas y terribles: nada más que carne, patatas y alimentos para desarrollar un cuerpo y una mente sanos. Un rollo macabeo. Seguro que tus cenas con los muertos eran mucho más divertidas.

—A veces —reconoció Nancy.

Se celebraban banquetes, sí, festines que duraban semanas, con mesas crujiendo bajo el peso de frutas, vinos y misteriosos postres empalagosos. En una de estas comilonas había probado el unicornio, y se había acostado con la boca todavía cosquilleándole por el delicado veneno de la carne endulzada de

la criatura equina. Pero la mayor parte de las veces todo se reducía a las copas de plata con zumo de granada, y la sensación de tener el estómago vacío confería mayor peso a su inmovilidad. El hambre había muerto deprisa en el Inframundo. Era algo superfluo, y un pequeño precio que pagar a cambio de la tranquilidad, la paz y las danzas; a cambio de todo lo que había disfrutado tan apasionadamente.

—¿Lo ves? Entonces comprendes la importancia de una buena cena. — Sumi echó a andar de nuevo, con pasos cortos por deferencia al ritmo más lento de Nancy—. Kade te lo solucionará en un periquete, de rechupete, adiós al brete, ya verás. Kade sabe dónde están las mejores cosas.

—¿Quién es Kade? Por favor, anda más despacio.

Mientras trataba de no quedar rezagada, Nancy se sintió como si estuviera corriendo como alma que lleva el diablo. Los movimientos de la muchacha más baja eran demasiado veloces, demasiado continuos para que sus ojos acostumbrados al Inframundo pudieran seguirlos bien. Era como ir tras un enorme colibrí camino de un destino desconocido, y ya se sentía agotada.

—Kade lleva aquí mucho, mucho tiempo. Los padres de Kade no quieren que vuelva. —Sumi miró hacia atrás y guiñó los ojos a Nancy. No había otra palabra para describir su expresión, una extraña combinación entre arrugar la nariz y tensar la piel alrededor de los ojos, todo ello sin sonreír de manera visible—. Mis padres tampoco querían que yo regresase, no a menos que estuviera dispuesta a ser de nuevo su obediente pequeña y dejar a un lado todo ese sinsentido sobre Sinsentido. Me enviaron aquí, y luego se murieron, y ahora sí que ya nunca me van a querer. Voy a vivir aquí siempre, hasta que Ely-Eleanor me tenga que dejar quedarme con el desván. Colgaré caramelo de las vigas y plantearé adivinanzas a todas las chicas nuevas.

Habían llegado a un tramo de escaleras. Sumi las empezó a subir a todo correr. Nancy la siguió con más calma.

—¿No se te llenará el caramelo de arañas, astillas y asquerosidades? —preguntó.

Sumi la premió con un estallido de risas y una sonrisa genuina.

—¡Aarañas, aaastillas y aaasquerosidades! —exclamó encantada—. ¡Ya estás hablando con aliteraciones! Vaya, a lo mejor sí que vamos a ser amigas, fanta-fantasmita, y, después de todo, esto no va a ser un completo horror.

Ahora vamos, tenemos mucho que hacer, y aquí el tiempo es terrible y se empeña en ser lineal.

El tramo de escaleras terminaba en un descansillo con más escaleras que Sumi enfiló de inmediato, por lo que a Nancy no le quedó más opción que seguirla. Tantos días de inmovilidad habían fortalecido sus músculos, acostumbrados a soportar su peso durante muchas horas seguidas. Algunos creían que solo el movimiento engendraba fortaleza. Se equivocaban. La montaña era tan fuerte como la marea, lo único es que... lo era de forma distinta. Nancy se *sintió* como una montaña mientras ascendía en pos de Sumi por plantas cada vez más altas de la casa, hasta que el corazón empezó a retumbarle en el pecho y notó la falta de respiración, hasta que temió estar a punto de asfixiarse.

Sumi se detuvo ante una puerta blanca lisa en la que tan solo destacaba un casi educado cartelito que decía: PROHIBIDA LA ENTRADA.

—Si fuera en serio no lo pondría —explicó con una sonrisa—. Sabe que para cualquiera que haya pasado una temporada, por corta que haya sido, en un Sinsentido, eso equivale a una invitación a entrar.

—¿Por qué utilizáis esa palabra todo el tiempo como si se tratase de un lugar? —preguntó Nancy, que estaba empezando a tener la sensación de que se había perdido la imprescindible charla de orientación para alumnos nuevos, charla que hubiese respondido todas sus preguntas y la hubiera dejado un poco menos perdida.

—Porque lo es, y no lo es, y da igual —respondió Sumi, que a continuación llamó a la puerta del desván antes de gritar—: ¡Vamos a entrar!

Cuando Sumi abrió la puerta se enfrentaron a lo que parecía un cruce entre librería de segunda mano y taller de sastrería. Montones de libros cubrían hasta el último ápice de superficie disponible. El mobiliario como tal —una cama, un escritorio, una mesa— parecía estar hecho *de* pilas de libros, a excepción de las estanterías que cubrían las paredes, las cuales, al menos, eran de madera, probablemente en aras de la estabilidad. Sobre los libros se amontonaban rollos de tela: desde algodones, muselinas y terciopelos hasta delicadas sedas tornasoladas de la mejor calidad. En el centro de todo, sentado con las piernas cruzadas sobre un pedestal de libros en rústica, se hallaba el chico más guapo que Nancy había visto jamás.

Tenía la tez de un bronceado dorado y el cabello negro, y cuando —con manifiesta irritación— levantó la mirada del libro que tenía entre las manos, Nancy vio que los ojos eran castaños y los rasgos perfectos. Tenía un aire atemporal, como si hubiese llegado al mundo material tras salir de un cuadro. Y entonces habló:

—¿Qué coño estás haciendo aquí otra vez, Sumi? —preguntó, sus palabras cubiertas por una espesa capa de acento de Oklahoma, como mantequilla de cacahuete sobre una tostada—. Después de lo de la última vez ya te dije que no eras bienvenida.

—Solo estás enfadado porque se me ocurrió un sistema de clasificación para tus libros mejor que cualquiera de los tuyos —replicó Sumi sin inmutarse—. De todas maneras, no lo decías en serio. Yo soy la luz de tu vida, y si me marchara me echarías en falta.

—Los ordenaste por colores, y tardé semanas en averiguar dónde estaba cada uno. Tengo entre manos una importante investigación. —Kade descruzó las piernas y bajó deslizándose por la pila de libros. Por el camino derribó un ejemplar, que atrapó diestramente al vuelo antes de que chocara contra el suelo. Entonces se volvió a mirar a Nancy—. Eres nueva. Espero que Sumi no te esté llevando ya por mal camino.

—Por el momento solo me ha llevado al desván —dijo Nancy como una tonta. Se ruborizó y añadió—: Bueno, no. Por lo general no es fácil llevarme por ningún lado.

—Ella es más de «quedarse quietísima confiando en que nada se la coma» —intervino Sumi, y empujó la maleta hacia él—. Mira lo que han hecho sus padres.

Kade enarcó las cejas mientras asimilaba el virulento rosa del plástico.

—Sí que es vistosa, sí —comentó tras unos instantes—. Se podría solucionar con un poco de pintura.

—Tal vez el exterior, pero las bragas no las puedes pintar. Bueno, sí puedes, pero acaban la mar de tiesas y todo el mundo se piensa que te lo hiciste encima. —El semblante de Sumi adoptó una expresión grave durante un momento. Cuando continuó hablando lo hizo con tanta claridad que, tratándose de ella, casi resultaba desconcertante—: Sus padres dieron el cambiazo a toda su ropa antes de mandarla a la escuela. Sabían que no le gustaría, pero a pesar

de ello lo hicieron. Había una nota.

—Vaya —dijo Kade comprendiendo de pronto—. Uno de esos casos. Bien. ¿Va a ser un simple trueque, entonces?

—Lo siento, pero no entiendo de qué va todo esto —interrumpió Nancy—. Sumi agarró mi maleta y salió de estampida con ella. Yo no quiero molestar a nadie...

—No me estás molestando —la tranquilizó Kade. Le cogió la maleta a Sumi antes de girarse hacia Nancy—. A los padres no siempre les hace gracia reconocer que las cosas han cambiado. Quieren que el mundo continúe siendo exactamente igual a como lo era antes de que sus hijos se marcharan a esas aventuras que les cambiaron la vida; y cuando el mundo no les da gusto, tratan de embutirlo a la fuerza en las cajas que construyen para nosotros. Yo soy Kade, por cierto. País de las Hadas.

—Yo soy Nancy y, lo siento, pero no te entiendo.

—Yo fui a un País de las Hadas, donde pasé tres años persiguiendo el final del arcoíris y creciendo a ojos vistas. Maté a un Rey Goblin con su propia espada, y con su último aliento él me nombró su sucesor: Príncipe heredero Goblin. —Kade se alejó caminando por el laberinto de libros, sin soltar la maleta de Nancy. Su voz continuó oyéndose, delatando su posición—. El rey era mi enemigo, pero también fue el primer adulto en toda mi vida que vio con claridad lo que yo era. El séquito de la Princesa Arcoíris estaba escandalizado, y me arrojaron al primer pozo de los deseos por el que pasamos. Me desperté en un campo en mitad de Nebraska, de vuelta en mi cuerpo de diez años de edad, llevando el mismo vestido que el día en que caí en Prisma. —La manera en la que dijo «Prisma» no dejó duda alguna sobre a qué se refería: se trataba de un nombre propio, la denominación de algún extraño pasaje, y esas dos sílabas infligieron un dolor a su voz semejante al que un cuchillo inflige en la piel.

—Sigo sin comprender —dijo Nancy.

Sumi exhaló un exagerado suspiro antes de hablar:

—Te está *diciendo* que cayó a un País de las Hadas, que es algo como ir a un Espejo, solo que en realidad son altos en Lógica que se hacen pasar por altos en Sinsentido, lo que es de lo más injusto, porque hay reglas sobre reglas sobre reglas, y como rompas una... ¡zasca! —hizo un gesto como de

degollarse—, te dan la patada, igual que a la basura de hace un año. *Ellos* se reían creyendo haber robado-raptado una niña (a las hadas les encanta llevarse niñas, para ellas es como una adicción), y cuando descubrieron que lo que tenían era un niño que *parecía* una niña pero solo por fuera, oh, oh, oh... a otra cosa, mariposa. Lo mandaron de vuelta.

—Vaya —dijo Nancy.

—Sí —dijo Kade saliendo del laberinto de libros. Ya no llevaba la maleta de Nancy. En su lugar acarreaba una cesta de mimbre llena de prendas de tranquilizadores tonos negros, blancos y grises—. Hace unos años tuvimos una chica en la escuela que había pasado prácticamente una década viviendo en una película de la Hammer. Todo blanco y negro, vaporoso, lleno de encajes, supervictoriano. Me da que es tu estilo. Creo que he acertado con la talla, pero si no ha sido así y necesitas algo más pequeño o más grande, vuelve cuando quieras. No me has parecido de las que se ponen corsé, ¿me equivoco?

—¿Cómo? Esto... —Nancy se obligó a apartar la mirada de la cesta—. No, para nada. Las ballenas empiezan a resultar incómodas al cabo de uno o dos días. Nosotros éramos más... helénicos, creo. O prerrafaelitas.

Ni que decir que estaba mintiendo: sabía exactamente qué estilos se seguían en su Inframundo, en aquellos pasillos agradables y silenciosos. Rastreando los resultados de Google y visitando los enlaces de la Wikipedia —en un intento de dar con indicios de que alguien más pudiera saber dónde encontrar una puerta—, había dado con las obras de un pintor llamado Waterhouse, y había llorado aliviada al contemplar esas figuras ataviadas con prendas que no hacían daño a la vista.

Kade asintió con la cabeza, con expresión compasiva:

—Yo me encargo de los intercambios de prendas y del inventario del guardarropa, pero también confecciono ropa a medida. Por esa tendrías que pagar, puesto que me supone mucho más trabajo. Acepto pagos tanto en información como en efectivo. Si me hablaras de tu puerta y del lugar al que fuiste, te podría hacer alguna cosa que te sentase mejor.

—Eso estaría muy bien —dijo Nancy ruborizándose.

—Guay. Ahora largaos, las dos. Ya falta muy poco para la cena y quiero acabar el libro. —Kade esbozó una fugaz sonrisa—. Nunca me ha gustado dejar las historias a medias.

Mientras descendían por las escaleras, Sumi observó a Nancy, que sujetaba la cesta de prendas blancas y negras con fuerza contra su cuerpo, las mejillas todavía ligeramente teñidas de rojo. En ella, el color casi resultaba obsceno, como si estuviera fuera de lugar.

—¿Quieres follar con él? —preguntó Sumi.

Nancy a punto estuvo de caer escaleras abajo. Tras agarrarse a la barandilla, se volvió hacia Sumi, sonrojándose.

—¡No! —exclamó airada.

—¿Estás segura? Porque parecía como si quisieras, y luego parecías desilusionada, como si hubieses llegado a la conclusión de que después de todo no querías. Jill (la conocerás en la cena) quería follar con él hasta que se enteró de que antes era una niña, y a partir de ahí se refirió a él como «ella» hasta que la señorita Ely dijo que en esta escuela respetamos la identidad personal de cada uno, y entonces todos tuvimos que escuchar esa historia tan rara sobre una chica que vivía en el desván pero que en realidad era un arcoíris que había ofendido al Rey del Cielo en uno de los Países de las Hadas y había sido expulsado. —Sumi se interrumpió para respirar y luego añadió—: Daba algo de miedo. Nunca piensas en que haya gente de *allí* que termine *aquí*, solo en gente de *aquí* que termina *allí*. A lo mejor los muros no son tan impermeables como creemos.

—Sí —dijo Nancy recuperando la compostura y echando a andar de nuevo—. Estoy bastante segura de que no quiero... tener relaciones sexuales con él, y no creo que su identidad sexual sea asunto de mi incumbencia. —Estaba bastante segura de que esa era la manera correcta de decir las cosas. Eran expresiones que antaño había conocido, antes de dejar atrás este mundo y sus problemas—. Eso es algo entre él y la persona con quien decida mantener o no una relación.

—Si no estás interesada en echar un polvo con Kade, creo que debo informarte de que yo no estoy libre —dijo Sumi como si tal cosa—. Él es un granjero de los confines del Reino, que cultiva algodón de azúcar, y mi único amor verdadero, y algún día nos casaremos. O nos hubiésemos casado si no hubiera conseguido que me desterraran. Ahora él cuidará los campos solo, y yo creceré y llegaré a la conclusión de que mi granjero no fue más que un

sueño, y a lo mejor un día la hija de mi hija visitará su tumba con flores de regaliz y una oración en los labios por el difunto.

Su tono no se alteró en ningún momento, ni siquiera cuando estaba hablando de la muerte de aquel a quien había llamado su único amor verdadero. Nancy la miró de refilón, tratando de decidir hasta qué punto hablaba en serio. Con Sumi no era fácil saberlo.

Acababan de llegar a la puerta de la habitación que compartían y, justo en ese momento, Nancy tomó una decisión.

—Me da igual que estés libre o no —dijo, abriendo la puerta. Enfiló hacia su cama, donde dejó la cesta con la ropa. Tendría que examinarla con más detenimiento, comprobar tallas y tejidos, pero ya era toda una mejora respecto a la que le había dejado a Kade—. Yo no hago eso. Con nadie.

—¿Eres célibe?

—No, el celibato es una elección personal. Yo soy asexual. No tengo ese tipo de sentimientos.

Nancy podría haber pensado que había sido su falta de deseo sexual lo que la había atraído hacia el Inframundo —después de todo, habían sido muchos los que la habían acusado de carecer de corazón y estar muerta por dentro en su época de estudiante en un instituto normal, rodeada de adolescentes normales—, de no ser porque ninguna de las personas que había conocido en aquellos gloriosos salones encantados compartía su orientación. Sus deseos eran tan lujuriosos como los de los vivos. El Señor de los Muertos y la Dama de las Sombras habían propagado su ardor por el palacio, caldeando todo con su luz. El recuerdo le hizo esbozar una leve sonrisa, hasta que se percató de que Sumi continuaba observándola.

—No... —dijo moviendo negativamente la cabeza—. No los tengo. Puedo apreciar la belleza de alguien y sentirme atraída románticamente, pero hasta ahí es hasta donde llego.

—Vaya —dijo Sumi dirigiéndose hacia su lado de la habitación, y entonces añadió—: Bueno, vale, ¿te molestará si me masturbo?

—¿Cómo?, ¿justo ahora mismo?

Nancy fue incapaz de evitar que su voz sonara horrorizada. No ante la idea de la masturbación... sino ante la posibilidad de que esa chica a la que acababa de conocer fuera a bajarse los pantalones y poner manos a la obra.

—¿Eh? —dijo Sumi arrugando la nariz—. No, me refería a en general. No sé, entrada la noche, cuando las luces brillan tenuemente y las mantarrayas lunares extienden sus alas por el cielo, y los dedos de una chica pudieran sentir el impulso de labrar los campos.

—Déjalo, por favor —pidió Nancy con voz débil—. No, no me enfadaré si te masturbas. De noche. A oscuras. Sin informarme de ello. No tengo nada en contra de la masturbación. Simplemente no quiero tener que presenciarlo.

—Mi anterior compañera de cuarto tampoco quería —comentó Sumi, y con eso pareció quedar zanjado el asunto, al menos para ella.

Sumi salió por la ventana y dejó a Nancy a solas con sus pensamientos, la habitación y su nuevo vestuario.

Nancy contempló la ventana vacía durante casi un minuto más antes de dejarse caer sobre la cama y apoyar la cabeza en las manos. Ella se había esperado que el internado estuviese lleno de alumnos como ella: tranquilos, serios y ansiosos por regresar a los mundos que habían abandonado. No se esperaba... esto. Ni a Sumi ni a gente soltando tecnicismos para referirse a conceptos que no entendía.

Se sintió como si estuviese tratando de regresar a su hogar navegando sin mapa alguno. Había sido enviada de vuelta a su mundo natal para que consiguiese estar bien segura... y jamás en su vida lo había estado menos.

La cena se servía en el salón de baile de la planta baja, un enorme espacio diáfano al que el suelo de mármol pulido y el catedralicio techo abovedado hacían parecer incluso más amplio. Nancy se detuvo en la entrada, intimidada por las dimensiones del lugar y el espectáculo de sus compañeros, distribuidos por las mesas, al igual que innumerables cachivaches. Había asientos para cien estudiantes, tal vez más, pero en la sala tan solo estaban presentes unos cuarenta, que se veían minúsculos en la inmensidad de la estancia.

—Obstaculizar la comida es de mala educación y obsceno —dijo Sumi, apartándola de un empujón al pasar a su lado.

Nancy perdió el equilibrio, tropezó con el umbral y cayó al interior del salón. Se hizo el silencio mientras todos se giraban para mirarla. Nancy se

quedó totalmente inmóvil. Era el único mecanismo de defensa que había aprendido en su época entre los muertos. Cuando estaba quieta, los fantasmas no podían ni verla ni robarle la vida. La inmovilidad era la protección definitiva.

Una mano se apoyó en su hombro.

—Vaya, Nancy, qué bien —dijo Eleanor—. Confiaba en encontrarte antes de que te sentaras a alguna mesa. Sé buena y acompaña a esta anciana a su sitio.

Nancy giró la cabeza. Eleanor se había cambiado para la cena, sustituyendo los pantalones naranja eléctrico y el jersey arcoíris por un precioso vestido tubo de muselina teñida de manera irregular. Los colores eran tan increíblemente vivos que, igual que le pasaba con el sol, le hicieron daño a la vista. No obstante, ofreció el brazo a la mujer, incapaz de pensar en otra alternativa que encajara con las normas de cortesía.

—¿Qué tal os va a Sumi y a ti? —preguntó Eleanor mientras caminaban hacia las mesas.

—Es muy... brusca.

—Vivió en un mundo alto en Sinsentido durante casi diez años de tiempo subjetivo; e igual que tú aprendiste a permanecer inmóvil, ella aprendió a no quedarse quieta ni un momento. La inmovilidad era lo que mataba a la gente en aquel lugar. Ese mundo estaba muy cerca del mío, así que la entiendo mejor que la mayoría. Es una buena chica. No será una mala influencia para ti.

—Me llevó a conocer a un chico llamado Kade.

—No me digas... No es habitual que empiece con las presentaciones tan pronto, a menos que... ¿Has tenido algún problema con tu ropa? ¿Lo que has encontrado en la maleta no es lo que metiste?

Nancy no dijo nada. El rubor de las mejillas y la mirada huidiza lo decían todo. Eleanor suspiró.

—Escribiré a tus padres y les recordaré que accedieron a permitir que fuese yo quien dirigiese tu terapia. Antes de fin de mes deberíamos haber conseguido que envíen por correo todo lo que sacaron de tu maleta. Mientras tanto puedes ir a ver a Kade para todo lo que necesites. Ese muchachito es un hacha con la aguja. De veras que no sé cómo nos las apañábamos sin él.

—Sumi dijo que Kade había estado en algo llamado «mundo altamente

Lógico». Sigo sin comprender qué significan todas esas palabras. Las dicen como si todo el mundo las entendiera, pero a mí todas me suenan a chino.

—Lo sé, cielo. Esta noche tendrás terapia, y mañana una sesión de orientación en condiciones con Lundy. Ella te explicará todo.

Cuando llegaron a las mesas, Eleanor se enderezó y retiró la mano del brazo de Nancy. Dio dos palmadas y todas las conversaciones se interrumpieron. Los estudiantes que había sentados por el refectorio —la mayoría dejando huecos entre ellos, unos pocos charlando en grupitos compactos sin resquicios que permitieran incorporarse a ellos— se volvieron para mirarla, con rostros expectantes.

—Buenas noches a todos —saludó Eleanor—. A estas alturas, sin duda algunos ya os habéis enterado de que tenemos una nueva alumna con nosotros. Esta es Nancy. Compartirá habitación con Sumi hasta que una de las dos intente asesinar a la otra. Si deseáis apostar sobre quién mata a quién, hablad con Kade, por favor.

Risas de las chicas —y es que una mayoría abrumadora de los alumnos eran chicas, reparó Nancy—. Aparte de Kade, que estaba sentado en solitario con la nariz metida en un libro, únicamente había tres chicos en todo el grupo. En una escuela mixta, un desequilibrio tan acusado parecía extraño, pero Nancy no dijo nada. Eleanor le había prometido una sesión orientativa en la que a lo mejor le explicaban todo, haciendo superfluas las preguntas.

—Nancy todavía está aclimatándose tras su regreso a este mundo después de sus viajes, así que, por favor, sed amables con ella los primeros días, igual que todos nosotros lo fuimos con vosotros en su momento. —Las palabras de Eleanor tenían un ligero tono acerado—. Cuando esté preparada para unirse a la barahúnda y a vuestra jovial malicia, ya os lo hará saber. Y ahora todos a comer, incluso aunque no os apetezca. Estamos en un mundo material, con sangre corriendo por vuestras venas. Intentad mantenerla ahí.

Eleanor se apartó de Nancy, y su marcha dejó a esta sin nada a lo que agarrarse.

La cena estaba dispuesta estilo bufet a lo largo de una pared. Nancy se acercó titubeante, y retrocedió al ver los abrasadores guisos de carne y verduras al horno, que le habrían caído como piedras en el estómago, demasiado pesados e implacables para poderlos tolerar. Acabó por llenar un

plato con uvas, rodajas de melón y una cucharada de requesón. Tras coger un vaso de zumo de arándanos, se giró para sopesar los grupos de comensales.

Antaño eso se le había dado bien. Nunca había sido una de las chicas más populares del instituto, pero entendía las reglas lo suficiente como para jugar, y jugar bien, para interpretar la atmósfera de una sala y localizar los bajíos seguros donde no ser arrastrada por las corrientes más fuertes de maldad de sus compañeras, pero donde tampoco se arriesgara a ahogarse en las pozas salobres entre las rocas de las marginadas y repudiadas. Se acordaba de una época en la que aquello había sido de vital importancia. Había momentos en los que deseaba saber cómo volver a ser la chica que se preocupaba por tales cosas, mientras que en otros no podía expresar con palabras lo agradecida que se sentía por no poder volver atrás.

Con la excepción de Kade, todos los chicos estaban sentados juntos, soplando por pajitas para hacer burbujas en la leche y riéndose. No, con ellos no. Otro grupo tenía por centro a una chica de belleza tan deslumbrante que los ojos de Nancy se negaron a detenerse sobre su rostro; mientras que otro se apiñaba en torno a una ponchera llena de un líquido rosa claro que todas bebían con aire furtivo. Ninguno de los dos parecía que fuera a recibirla con los brazos abiertos. Nancy miró en derredor hasta que localizó el único refugio seguro que tenía posibilidades de encontrar y enfiló en esa dirección.

Sumi estaba sentada enfrente de un par de chicas que no podrían haber parecido más distintas... ni más parecidas. Su compañera de cuarto tenía el plato rebosante de comida, sin preocuparse de qué estaba en contacto con qué. Rodajas de melón cubiertas con salsa de carne asada se apoyaban sobre rosbif bañado en mermelada. Solo de verlo, a Nancy le dio un vuelco el estómago, pero a pesar de ello colocó su plato en la mesa junto al de Sumi, se aclaró la garganta e hizo la pregunta de rigor:

—¿Está libre este sitio?

—Sumi nos estaba explicando justo ahora que eres la parodia más acartonada y aburrida de una chica que jamás haya existido en este mundo o en cualquier otro, y que todos deberíamos compadecerte —señaló una de las dos desconocidas acomodándose las gafas y volviéndose a mirar a Nancy—. Así que suenas justo al tipo de persona que me gusta. Por favor, siéntate y alivia un poco el tedio de nuestra mesa.

—Gracias —dijo Nancy acomodándose.

Las dos muchachas lucían la misma cara, pero con estilos sorprendentemente distintos. Era asombroso cómo un poco de perfilador de ojos y una expresión alicaída, o unas gafas de fina montura metálica y una mirada dura podían transformar lo que debería haber sido idéntico en algo individual y diferenciado. Ambas tenían el cabello largo y rubio, el caballete de la nariz cubierto de pecas y los hombros estrechos. Una iba ataviada con una camisa blanca de cuello abotonado, vaqueros y un chaleco negro que conseguía parecer anticuado y rompedor al mismo tiempo; llevaba el pelo recogido por detrás, peinado con sencillez y sin florituras. Su único aderezo era una pajarita estampada con diminutos símbolos de peligro bacteriológico. La otra llevaba un vaporoso vestido rosa con canesú de amplio escote y una profusión de encajes auténticamente increíble. El cabello le caía en grandes tirabuzones del tamaño de latas de sopa, recogidos por detrás con tan solo una cinta rosa. Alrededor del cuello lucía una segunda cinta a juego, a modo de improvisada gargantilla. Las dos aparentaban dieciocho o diecinueve años, pero sus ojos eran mucho más adultos.

—Soy Jack, diminutivo de Jacqueline —se presentó la de gafas, que luego señaló a la de rosa—. Esta es Jill, diminutivo de Jillian, y es que a nuestros padres nunca se les hubiera debido permitir elegir los nombres de sus retoños^[1]. Y tú eres Nancy.

—Sí —dijo esta, sin saber qué otra respuesta se podía esperar que diese—. Me alegro de conoceros.

Jill, que ni se había movido ni había dicho palabra desde que Nancy se había acercado a la mesa, fijó la mirada en el plato de esta y dijo:

—No comes demasiado. ¿Estás a dieta?

—No, no lo estoy. Es que... —Nancy vaciló antes de mover la cabeza negativamente y continuar—: Tengo el estómago revuelto por el viaje, el estrés y todo lo demás.

—¿Yo soy *el estrés* o soy *todo lo demás*? —preguntó Sumi cogiendo un pegajoso trozo de carne con mermelada e introduciéndoselo en la boca. No esperó a tragarlo para continuar hablando—: Supongo que podría ser ambas cosas. Soy flexible.

—Yo estoy a dieta —anunció Jill con orgullo. Su plato contenía tan solo

unas cuantas tiras de asado muy poco hechas, algunas tan rojas y sanguinolentas que prácticamente estaban crudas—. Como carne cada dos días y espinacas el resto del tiempo. Tengo la sangre tan rica en hierro que podrías utilizarla para calibrar una brújula.

—Eso... bueno... está muy bien —dijo Nancy mirando a Sumi en busca de ayuda.

Toda su vida había conocido chicas que estaban a dieta. Aunque en muy pocas ocasiones, si acaso en alguna, con el objetivo de tener la sangre rica en hierro. La mayoría andaba tras una cintura más fina, un cutis más radiante o un novio más rico, estimuladas por un aborrecimiento hacia sí mismas profundamente arraigado, fabricado para ellas antes de que tuviesen edad suficiente para darse cuenta de en qué tipo de arenas movedizas se estaban hundiendo.

Sumi tragó antes de recitar:

—Jack y Jill treparon por colinas mil, para mirar la carnicería, Jack cayó y su corona rompió, y Jill cuesta abajo rodó^[2].

—Odio ese poema —afirmó Jack con expresión resignada.

—Y eso no es en absoluto lo que sucedió —terció Jill girándose para sonreír a Nancy—. Fuimos a un lugar muy agradable, donde conocimos a gente muy agradable que nos quería muy mucho. Pero tuvimos un problemilla con las fuerzas del orden locales que nos obligó a regresar una temporada a este mundo, por nuestra propia seguridad.

—¿Qué te tengo dicho de abusar de la palabra «muy»? —le recriminó Jack, sonando un tanto harta.

—Jack y Jill son otras tontas, tontitas —intervino Sumi. Pinchó una rodaja de melón con el tenedor, salpicando la mesa con salsa de carne—. Se creen que van a... regresar, pero jamás regresarán. Esas puertas ahora están cerradas. No puedes ir a un mundo alto en Lógica y en Maldad a menos que seas inocente. Los mundos Malvados no quieren a nadie a quien no puedan *echar a perder*.

—No entiendo nada de lo que decís —se quejó Nancy—. ¿Lógica?, ¿Sinsentido?, ¿Maldad? Pero ¿qué significa todo eso?

—Son puntos cardinales, o algo muy parecido —explicó Jack. Se inclinó hacia delante, pasó el dedo índice por el círculo mojado que había dejado la

base de un vaso y utilizó la humedad para dibujar una cruz en la mesa—. Aquí, en el supuesto «mundo real», tenemos Norte, Sur, Este y Oeste, ¿vale? Eso no funciona para la mayoría de los mundos portal que hemos podido catalogar. Así que utilizamos otras palabras: Sinsentido, Lógica, Maldad y Virtud. Hay subdirecciones secundarias, pequeñas bifurcaciones que pueden o no conducir a algún lugar, pero esas cuatro son las principales. La mayoría de los mundos o bien son altos en Sinsentido o bien lo son en Lógica, y sobre esa base se añade un cierto grado de Maldad o Virtud. Un sorprendente número de mundos Sinsentido son Virtuosos. Es como si no fuesen capaces de mantener la atención el tiempo suficiente para maldades que vayan más allá de travesurillas sin importancia.

—¿Te ha aclarado algo? —preguntó Jill mirando de soslayo a Nancy.

—No demasiado. Nunca creí que... Bueno, de pequeña leí *Alicia en el País de las Maravillas*, pero jamás pensé demasiado en cómo habría sido para Alicia regresar a su mundo de partida. Me imaginé que se habría limitado a encogerse de hombros y seguir adelante. Pero yo no puedo hacer eso. Cada vez que cierro los ojos, me encuentro de vuelta en mi verdadera cama, en mi verdadera habitación, y el sueño es todo esto.

—Este ya no es tu hogar, ¿verdad? —preguntó Jill con dulzura. Nancy negó con la cabeza, parpadeando en un intento por contener las lágrimas. Jill alargó el brazo por encima de la mesa y le dio unas palmaditas en la mano—. Las cosas mejoran a la larga. Nunca llega a ser fácil, pero sí que empieza a doler un poco menos. ¿Cuánto llevas aquí?

—Algo menos de dos meses.

Siete semanas y cuatro días desde que el Señor de los Muertos le había dicho que tenía que estar absolutamente segura. Siete semanas y cuatro días desde que la puerta de sus aposentos le franqueó el paso al sótano que había dejado atrás hacía ya tanto tiempo, en la casa que creía haber abandonado para siempre. Siete semanas y cuatro días desde que sus padres, alertados por sus gritos de la presencia de un intruso, habían corrido escaleras abajo para, muy a pesar de Nancy, terminar estrechándola en un abrazo, mientras berreaban sobre lo angustiados que los había tenido su desaparición.

Para sus padres, Nancy se había ausentado durante seis meses. Un mes por cada una de las semillas de granada que Perséfone había comido en los

orígenes de los tiempos. Años para Nancy, y meses para ellos. Sus padres todavía creían que Nancy se teñía el pelo. Todavía creían que terminaría por contarles dónde había estado.

Ellos creían muchas cosas.

—Las cosas mejoran con el tiempo —repitió Jill—. Nosotras llevamos año y medio, pero no perdemos la esperanza. Yo mantengo mi nivel de hierro bien alto. Jack tiene sus experimentos...

Jack no dijo nada. Se limitó a levantarse y alejarse de la mesa, dejando su cena a medio comer.

—¡No pensamos recoger tu bandeja! —gritó Sumi con la boca llena.

Aunque terminaron recogiendo, por supuesto. No les quedó más remedio.

3

Dios los cría...

A tenor de lo que los padres de Nancy le habían contado sobre la escuela, la terapia de grupo obligatoria había sido clave para convencerlos. ¿Qué mejor manera para conseguir traer a su hija adolescente de vuelta de ese extraño agujero hasta el que se había arrastrado que hacerla sentar y conversar, bajo la atenta supervisión de un profesional cualificado, con otros que habían sufrido traumas similares? Mientras se hundía en el abrazo del grueso acolchado de una butaca, rodeada por adolescentes que se revolvían en sus asientos, se mordisqueaban el pelo o miraban al vacío callados y con expresión taciturna, Nancy no pudo evitar preguntarse qué opinarían sus padres de la realidad de la escuela.

Fue en ese momento cuando la niña de ocho años entró en la habitación.

Iba ataviada como una bibliotecaria de mediana edad, con una falda tubo hasta la rodilla y una blusa blanca, ambas prendas más adecuadas para alguien mucho mayor. Llevaba el cabello recogido en un moño tirante sin tocado alguno. El efecto general era el de una niña jugando a disfrazarse con la ropa de su madre. Nancy se irguió en su asiento. Los folletos de la escuela mencionaban como rango de edad de los doce a los diecinueve, aunque admitían tanto a alumnos algo más precoces como a quienes necesitaran un poco más de tiempo para adaptarse; pero no se decía nada de niños menores

de diez años.

La chiquilla se paró en el centro de la sala y fue girándose para irlos mirando uno tras otro. Uno a uno, los que se revolvían en el asiento se fueron tranquilizando; los que se mordisqueaban el cabello interrumpieron el mordisqueo; e incluso Sumi, que se entretenía haciendo una complicada figura con un trozo de cuerda sujeta entre los dedos, bajó las manos y se quedó inmóvil. La niña sonrió.

—Para los que ya llevan una temporada aquí, bienvenidos a la terapia de grupo del miércoles por la noche. Hoy vamos a compartir los testimonios de visitantes de mundos altamente Malvados, pero, como siempre, el debate está abierto a todos. —La voz era acorde al cuerpo. La inflexión correspondía a alguien de más edad, con la cadencia de una mujer adulta, pero las cuerdas vocales prepubescentes la hacían sonar aguda y extraña. Miró a Nancy mientras continuaba—: Para los nuevos, me llamo Lundy, y soy terapeuta titulada, especializada en psicología infantil y juvenil. Les ayudaré a lo largo de su proceso de recuperación.

Nancy se la quedó mirando con ojos como platos, incapaz de pensar qué otra cosa podía hacer.

Mientras Lundy se dirigía a la única silla libre, Kade se inclinó hacia Nancy.

—Es una de nosotros, pero ella fue a un mundo alto en Lógica y en Maldad en el que expulsaban a los visitantes al cumplir dieciocho años —le susurró—. No quería marcharse, así que le pidió ayuda a uno de los boticarios del lugar. Este fue el resultado: infancia eterna.

—Eterna no, señor Bronson —lo contradijo Lundy severamente. Kade se enderezó y volvió a arrellanarse en su asiento, con un encogimiento de hombros que no transmitía retractación alguna. Lundy suspiró—. Se lo explicaré en la sesión de orientación, señorita...

—Whitman —dijo Nancy.

—Señorita Whitman —repitió Lundy—. Tal como estaba diciendo, se lo explicaré en la sesión de orientación; pero, en cualquier caso: yo no estoy viviendo una infancia eterna. Estoy envejeciendo al revés: rejuvenezco una semana por cada mes que pasa. Voy a vivir una vida muy, muy larga. Es posible que más larga que la que hubiera tenido de haber continuado

envejeciendo de la manera habitual. Sin embargo, me expulsaron porque había infringido las normas. Nunca me casaré ni tendré familia propia, y mis hijas nunca encontrarán su camino a la puerta que en una ocasión me llevó al Mercado Goblin. Así que supongo que he aprendido el peligro de hacer tratos con criaturas feéricas, y ahora puedo servir de ejemplo para otros. No obstante, sigo siendo su terapeuta. Es increíble la de titulaciones que se pueden obtener hoy en día por internet.

—Lo siento —dijo Nancy en un susurro.

Mientras se sentaba, Lundy le indicó con un gesto de la mano que sobraban las disculpas.

—No tiene mayor importancia, de verdad. Todo el mundo termina por enterarse. Bien, ¿quién desea empezar?

Nancy permaneció sentada en silencio mientras los demás alumnos hablaban. Aunque no todos ellos: al parecer, los que habían visitado mundos encuadrados en el lado «Malvado» del planisferio eran algo menos de la mitad, o a lo mejor eran más pero únicamente a estos les apetecía compartir sus experiencias. Jill recitó un desapasionado himno a los páramos y las colinas azotados por el viento del mundo que había visitado con su hermana, mientras que Jack se limitó a musitar algo sobre molinos en llamas y la importancia de las medidas de seguridad contra incendios en laboratorios.

Una chica de cabello del color de la luz de la luna sobre un trigal mantuvo la mirada fija en las manos mientras hablaba de muchachos de cristal cuyos besos le habían cortado los labios, pero cuyos corazones eran dulces y fieles. La chica, a la que resultaba imposible mirar directamente de lo hermosa que era, dijo algo sobre Helena de Troya que provocó las risas de la mitad de los presentes, pero no porque fuese gracioso, sino porque su belleza era tal que lo único que todos deseaban era caerle bien.

Kade pronunció un discurso breve y amargo explicando que Maldad y Virtud eran meras etiquetas carentes de significado; el mundo que él había visitado aparecía catalogado como «Virtud» en todos los mapas, pero a él lo habían expulsado en cuanto repararon en qué era en realidad.

Al cabo se hizo el silencio, y Nancy se percató de que todos la estaban mirando.

—Yo no sé si el lugar al que fui era malvado o no —dijo encogiéndose en

su asiento—. A mí nunca me lo pareció. Siempre me pareció... amable, en el fondo. Sí, había reglas, y sí, había castigos si las infringías, pero nunca eran injustos, y el Señor de los Muertos velaba por todos los que le servíamos en los Salones. Yo no creo en absoluto que fuera un mundo malvado.

—Pero ¿cómo puedes estar segura? —preguntó Sumi, y bajo el tono burlón su voz era amable—. Si apenas eres capaz de decir «Malvado». A lo mejor era perverso hasta decir basta y estaba plagado de gusanos serpenteantes y criaturas malignas, pero tú no te diste cuenta. —Sumi miró de reojo a Jill, como comprobando la reacción de esta. Jill, con los ojos clavados en Nancy, no pareció percatarse—. No deberías cerrar las puertas solo porque no te gusta lo que hay al otro lado.

—Lo sé porque lo sé —aseguró Nancy con obstinación—. No fui a un sitio malvado. Fui a mi verdadero hogar.

—Eso es lo que la gente olvida cuando empieza a hablar de las cosas en términos de bueno y malo —dijo Jack, volviéndose para mirar a Lundy. Y continuó mientras se ajustaba las gafas—: Para nosotros, los lugares a los que fuimos eran nuestro hogar. No nos importaba si eran buenos, malos, neutros o lo que fuera. Lo que nos importaba era que por primera vez no teníamos que fingir ser algo que no éramos. Nos bastaba con *ser*. Eso era lo que los convertía en algo especial.

—Y tras esta aportación, creo que hemos concluido por esta noche —dijo Lundy poniéndose en pie. Nancy cayó en la cuenta con sorpresa de que en algún momento a lo largo de la sesión había empezado a pensar en la chiquilla como en una mujer adulta. Se debía a su manera de comportarse: demasiado madura para el cuerpo que ocupaba, demasiado cansina para el rostro que lucía—. Gracias a todos. Señorita Whitman, la veré mañana por la mañana para la sesión de orientación. A los demás los veré mañana por la noche, para charlar con quienes han viajado a mundos altamente Lógicos. Recuerden, solo aprendiendo sobre los periplos de los demás podemos llegar a entender realmente el nuestro.

—Vaya, ¡genial! —refunfuñó Jack—. Me encanta estar en la línea de fuego dos noches seguidas...

Lundy pasó por alto el comentario y abandonó tranquilamente la estancia. En cuanto se hubo marchado, Eleanor apareció en el umbral, deshaciéndose en

sonrisas.

—Muy bien, bizcochitos míos, ya es hora de que mis obedientes chiquitines se vayan a la cama —dijo dando una palmada—. Vamos. Soñad con los angelitos, intentad no pasear sonámbulos y, por favor, no me despertéis a media noche tratando de obligar a manifestarse a un portal en la despensa de la planta de abajo. Porque no lo vais a conseguir.

Los alumnos se pusieron en pie y se dispersaron; algunos se marcharon por parejas, otros se alejaron en solitario. Sumi salió por la ventana, sin que su marcha provocara comentario alguno.

Nancy regresó a su habitación y se alegró de encontrarla bañada por la luz de la luna y rebosante de silencio. Se desvistió, se puso un camisón blanco de la pila de prendas que Kade le había entregado y se estiró en la cama, tumbada sobre la colcha. Cerró los ojos, ralentizó la respiración y se sumió en un sueño dulce e inmóvil, su primer día rematado y su futuro aún por delante.

La sesión de orientación con Lundy la mañana siguiente fue extraña, por no decir otra cosa. Tuvo lugar en una salita que en el pasado había sido un estudio, antes de llenarse de pizarras y olor a polvo de tiza. Lundy se plantó justo en el centro, con una mano apoyada en la pequeña escalera con ruedas que trasladaba de pizarra a pizarra cuando tenía necesidad de subir y señalar algún diagrama complicado; necesidad que parecía surgir con desalentadora frecuencia. Nancy se quedó sentada completamente inmóvil en la única silla de la estancia, con la cabeza dándole vueltas mientras se esforzaba por no perderse.

La explicación de Lundy de los puntos cardinales de los portales había sido, si cabe, menos útil que la de Jack, y había incluido muchos más diagramas y algunos comentarios de pasada sobre direcciones secundarias como Caprichosidad o Desenfreno. Nancy se había mordido la lengua para contenerse y no hacer preguntas. Estaba aterrorizada ante la posibilidad de que Lundy tratara de responderlas y de que entonces la cabeza le estallase de verdad.

Lundy se calló por fin y miró expectante a Nancy.

—Bien, ¿tiene alguna pregunta, señorita Whitman?

Como un millón, y todas deseando ser planteadas al mismo tiempo, incluso las que Nancy ni por asomo quería formular. Nancy respiró hondo y empezó por la que parecía la más sencilla:

—¿Por qué hay muchas más chicas que chicos?

—Porque eso que se dice de que «los niños son más revoltosos que las niñas» es una de esas profecías que acarrearán su cumplimiento —respondió Lundy—. En general, los niños son demasiado bulliciosos para que se los pase por alto o se pierdan con facilidad; cuando desaparecen de casa, los padres organizan batidas de rescate para que los busquen en los pantanos y los alejen de los estanques. No es algo innato, sino aprendido, pero que los protege de las puertas, los mantiene en la seguridad del hogar. Llámelo ironía si quiere, pero pasamos tanto tiempo esperando que nuestros niños se desvíen del buen camino que nunca tienen oportunidad de hacerlo. En el silencio de los hombres se repara. Con el silencio de las mujeres se cuenta.

—Vaya —dijo Nancy.

Tenía sentido, por terrible que fuera. La mayoría de los chicos que había conocido eran criaturas bulliciosas, a las que padres y amigos animaban a ser así. Incluso cuando eran de natural tranquilos, se obligaban a ser escandalosos para evitar críticas y burlas. ¿Cuántos habrían podido colarse en un viejo ropero o en la madriguera de un conejo y desaparecer sin más sin que saltaran un millar de alarmas? Los habrían encontrado y arrastrado de vuelta a casa antes de que hubiesen alcanzado el primer espejo encantado o subido a la primera torre prohibida.

—Siempre hemos estado abiertos a estudiantes masculinos; lo que pasa es que no llegan demasiados.

—Aquí, todos... todos parecen querer regresar. —Nancy hizo una pausa, luchando con la cuestión a la que estaba tratando de dar forma. Por fin preguntó—: ¿Cómo es que *todos* desean volver? Yo creía que la mayoría de los que pasaban por algo así solo querían retomar su antigua vida y olvidar que habían conocido otra distinta.

—Huelga decir que este no es el único centro —respondió Lundy, que sonrió, para sorpresa de Nancy—. ¿Qué?, ¿creía que la señorita West ha podido acoger a todos los niños que a lo largo del tiempo se han precipitado al interior de un cuadro y han descubierto un mundo mágico al otro lado? Eso

sucede en todas partes. Ya solo las barreras idiomáticas lo harían imposible, además del coste económico. En Norteamérica hay dos centros: este y otro en Maine, con el que estamos hermanados. Los estudiantes cuyo viaje resultó una experiencia abominable asisten a este último, para aprender a pasar página. Y a olvidar.

—Entonces, nosotros estamos aquí para conseguir... ¿qué?, ¿aprender cómo mantener viva esa llama? Eleanor se viste como si continuara viviendo al otro lado del espejo. Sumi es... —Se interrumpió: carecía de palabras para lo que Sumi era.

—Sumi es un ejemplo clásico de alguien que adoptó el estilo de vida de un mundo alto en Sinsentido, que la convirtió en lo que es ahora. No se la puede culpar por ser como es más de lo que se la puede culpar a usted por cómo parece dejar de respirar cuando nadie la está mirando. Sumi va a tener que trabajar mucho para conseguir llegar a estar en condiciones de enfrentarse de nuevo al mundo exterior, y tiene que desear hacerlo. Eso es lo que determina qué centro es más apropiado para un alumno: lo que desea. Usted desea regresar, de modo que se aferra a los hábitos que aprendió mientras estaba allí, porque eso es mejor que reconocer que se ha llegado al final del viaje. Aquí no enseñamos cómo mantener viva esa llama, pero tampoco enseñamos a olvidar. Enseñamos cómo pasar página.

Había otra pregunta que tenía que ser respondida; una pregunta más crucial y dolorosa que cualquiera de las precedentes. Nancy cerró los ojos un instante y se permitió deslizarse hacia la inmovilidad. Luego los abrió y preguntó:

—¿Cuántos de nosotros han regresado?

Lundy suspiró.

—Todos los alumnos a los que les he dado esta charla de orientación han preguntado eso mismo. La respuesta es: no lo sabemos. Hay algunos, como Eleanor, como yo, que regresamos una y otra vez hasta que terminamos quedándonos de manera definitiva en uno u otro mundo. Otros solo realizan un único viaje en la vida. Si sus padres deciden sacarla de la escuela, o si usted misma lo decide, no tendremos manera de saber qué ha sido de usted. Sé de tres alumnos que regresaron a los mundos que habían dejado atrás. Dos eran altamente Lógicos, ambos Países de las Hadas. El tercero era alto en Sinsentido: un Inframundo, como el que usted visitó, aunque me temo que no el

mismo. A aquel se accedía atravesando un espejo especial, bajo la luna llena. La chica a la que perdimos con su marcha a ese mundo estaba en casa de vacaciones cuando la puerta se le abrió por segunda vez. Su madre rompió el espejo después de que lo atravesara. Más tarde nos enteramos de que la madre también había estado allí (era un portal generacional) y había querido evitarle a su hija el dolor del regreso.

—Vaya... —dijo Nancy con un hilo de voz.

—Lo más probable, señorita Whitman, es que usted termine sus días en este mundo. Puede contar sus aventuras a los demás, cuando ya no sean tan recientes y hablar de ellas le resulte algo menos doloroso. Muchos de nuestros antiguos alumnos han descubierto que compartir así sus experiencias les resulta a un tiempo catártico y lucrativo. A la gente le encanta una buena historia de fantasía —continuó Lundy con expresión apesadumbrada pero amable, como un doctor comunicando un diagnóstico terminal—. No voy a plantarme frente a usted y decirle que la puerta está cerrada para siempre, porque no hay manera de saberlo con certeza. Pero sí voy a decirle que esa primera vez ya tenía todas las probabilidades en su contra, y que las sigue teniendo ahora. Se dice que a nadie le cae un rayo dos veces. Pues, bueno, es mucho más probable que le caigan varios rayos a que encuentre una segunda puerta.

—Vaya... —repitió Nancy.

—Lo siento. —Y entonces Lundy le dedicó una sonrisa ridículamente resplandeciente—. Bienvenida a la escuela, señorita Whitman. Confiamos en conseguir que se sienta mejor.

PARTE II

CON LOS ESPEJOS DE TUS OJOS

Relámpagos para besar el cielo

El edificio era demasiado grande para los residentes y estaba lleno de habitaciones vacías y espacios silenciosos, aunque todos ellos parecían albergar fantasmas de alumnos que habían tratado —y fracasado en el intento— de encontrar el camino de vuelta al mundo que los había rechazado, de modo que Nancy escapó al exterior. Odiaba apresurarse, pero el sol quemaba con tanta fuerza que, protegiéndose los ojos con el brazo, corrió hacia la arboleda más espesa que pudo localizar. Se abalanzó al interior de la acogedora sombra de la fronda, parpadeando para intentar contener las lágrimas producto tanto del resplandor como de su consternación. Apoyó la espalda contra un viejo roble y se fue deslizando hasta el suelo y, con la cara hundida entre las rodillas, lloró mientras se sumía en una inmovilidad perfecta.

—Es duro, ¿verdad? —La voz pertenecía a Jill, suave y rebosante de añoranza y dolorosa comprensión.

Nancy levantó la cabeza. La etérea rubia estaba sentada en la raíz de un árbol, con el vestido lavanda claro dispuesto con gran esmero alrededor de su esbelto cuerpo y una sombrilla apoyada en el hombro izquierdo, bloqueando el sol que se filtraba entre las ramas. La gargantilla ese día era de un morado intenso, del color del vino de bayas de saúco.

—Lo siento —se disculpó Nancy pasándose lentamente la mano por la cara para secarse las lágrimas—. Pensaba que no había nadie.

—Es el lugar con más sombra de todo el jardín. De hecho, me has dejado impresionada: a mí me llevó semanas enteras descubrirlo. —La sonrisa de Jill era amable—. No era una indirecta para que te marches. Solo quería decir que, bueno, es duro estar aquí, rodeada de toda esta gente que fue a esos luminosos mundos de ensueño, con sus tonos pastel y sus arcoíris. No nos entienden.

—Esto... —dijo Nancy, mirando de reojo el vestido color pastel de Jill.

—No llevo esta ropa porque quiera acordarme de dónde he estado —dijo esta riéndose—. La llevo porque al Amo le gustaba cuando me vestía con tonos claros. En ellos la sangre destacaba más. ¿No vas tú de blanco por eso mismo?, ¿porque a tu Amo le gustaba verte así?

—Yo... —Nancy se interrumpió—. No era mi amo, era mi Señor y maestro, y me quería. Yo voy de blanco y negro porque los colores están reservados para la Dama de las Sombras y su séquito, del que me gustaría formar parte algún día, si consigo demostrar ser digna de ello, pero, hasta entonces, lo que se espera de mí es que sirva como estatua, y las estatuas deberían integrarse en el entorno. Destacar es para quien se lo ha ganado. —Se acarició el lazo granate del cabello, la única nota de color que sí se había ganado, antes de preguntar—: ¿Tú tenías un... amo?

—Sí. —La sonrisa de Jill era tan radiante que reemplazaba el sol bloqueado por la sombrilla—. Se portaba bien conmigo. Me regalaba detalles y baratijas, y me decía que yo era hermosa, incluso cuando no me encontraba bien. *Jack* se pasaba todo el tiempo encerrada con su querido doctor, aprendiendo cosas que no eran nada apropiadas ni femeninas, mientras que yo permanecía en las torres más altas en compañía del Amo, y él me enseñaba montones de cosas bonitas... montones de cosas bonitas y maravillosas...

—Lamento que acabaras volviendo aquí.

La sonrisa de Jill se desvaneció. Sacudió una mano como tratando de ahuyentar las palabras de Nancy y dijo:

—Esto no es para siempre. El Amo quería librarse de Jack. Ella no se merecía lo que teníamos. Así que él lo arregló para que se abriera una puerta de vuelta a nuestro mundo, y yo tropecé y allí que fui detrás. Mi Amo

encontrará la manera de abrirme una puerta de regreso. Ya lo verás. —Se puso en pie mientras hacía girar la sombrilla—. Perdona, tengo que marcharme. — Y entonces se volvió sin esperar a que Nancy le dijera adiós y se alejó con paso enérgico.

—Y es por esto, niños, por lo que a veces no permitimos a las gemelas Addams mezclarse con el resto de la población —dijo una voz. Nancy alzó la mirada. Kade, que estaba sentado en una de las ramas más altas del árbol, la saludó con un burlón gesto de la mano—. Hola, Nancy del País de las Maravillas. Si andabas buscando un lugar donde llorar en privado, has escogido fatal.

—Pensaba que aquí fuera no habría nadie.

—Porque, cuando estabas en casa, los demás eran más dados a esconderse en su cuarto que a salir al exterior, ¿a que sí? —Kade cerró su libro—. Lo que pasa es que estás en una escuela para alumnos que no han aprendido a tomar decisiones lógicas. Así que cuando queremos estar solos nos vamos corriendo a los árboles más altos y los hoyos más profundos y, puesto que hay un número limitado de estos, terminamos pasando mucho tiempo juntos. Del hecho de que estuvieses llorando deduzco que tu charla de orientación no fue bien. A ver si lo adivino: Lundy te dijo lo de que te caiga un rayo dos veces.

Nancy asintió con la cabeza sin proferir palabra. Ya no se fiaba de su voz.

—Tiene su parte de razón, si tu mundo te expulsó.

—No me expulsó —aseguró Nancy. Después de todo, todavía podía hablar cuando lo necesitaba de veras—. Me enviaron de vuelta para que aprendiese una cosa, eso es todo. Voy a regresar.

Kade la miró con expresión compasiva, pero no la contradujo.

—Prisma nunca me volverá a aceptar —afirmó a su vez—. No es algo con pocas posibilidades de que suceda, sino algo sin ninguna posibilidad de suceder. Violé sus normas al no ser lo que ellos querían que fuese, y los encargados de ese circo concreto son un rato quisquillosos en lo relativo a las reglas. Sin embargo, Eleanor regresó varias veces. Su puerta continúa abierta.

—¿Cómo...? Quiero decir, ¿por qué...? —Nancy sacudió la cabeza—. ¿Por qué dejó de ir? Si su puerta todavía está abierta, ¿por qué está aquí, con nosotros, y no allí, donde de verdad le corresponde estar?

Kade pasó una pierna por encima de la rama para que ambas quedasen

apoyadas a un mismo lado y se dejó caer desde el árbol, aterrizando sin problemas frente a Nancy. Se irguió y dijo:

—Eso fue hace mucho tiempo, cuando sus padres todavía vivían. Ella creyó que podía no renunciar a nada, ir y venir, pasar el mayor tiempo posible en su verdadero hogar sin destrozar el corazón de su padre. Pero se olvidó de que a los adultos no les sienta nada bien el Sinsentido, ni siquiera cuando han crecido acostumbrados a él. Cada vez que volvía aquí, envejecía un poco. Hasta que un día regresó a aquel mundo y este casi acabó con ella. ¿Te imaginas lo que debió de ser? Sería como abrir la puerta que te tiene que llevar a tu hogar y descubrir que ya no puedes respirar ese aire.

—Suenan terrible.

—Supongo que lo fue. —Kade se agachó para sentarse con las piernas cruzadas frente a Nancy—. Aunque, claro, ella ya había pasado el tiempo suficiente en un mundo Sinsentido para que este la cambiase: había ralentizado su proceso de envejecimiento, de ahí probablemente que pudiese continuar visitándolo durante tanto tiempo. La última vez que fuimos de excursión a la ciudad, Jack comprobó los archivos en el registro y descubrió que Eleanor tenía casi cien años. Yo le echaba sesenta y pico. Le pregunté a ella, y ¿sabes qué me dijo?

—¿Qué? —preguntó Nancy, fascinada y horrorizada al mismo tiempo. ¿Había cambiado el Inframundo algo más aparte de su pelo? ¿Iba a conservarse igual, inmortal e inmutable, mientras todo en torno a ella se marchitaba y moría?

—Me dijo que estaba esperando a padecer demencia senil, igual que les había pasado a sus padres, porque cuando pierda la cabeza lo suficiente, volverá a ser capaz de tolerar el Sinsentido. Va a estar al frente de esta escuela hasta que olvide por qué no regresa a su mundo y, entonces, cuando sí regrese, podrá quedarse. —Kade sacudió la cabeza—. No consigo decidir si es genialidad o locura.

—A lo mejor es un poco de ambas. Yo haría cualquier cosa por volver a mi hogar.

—Como la mayor parte de los alumnos de la escuela —señaló Kade con amargura.

Nancy dudó un momento antes de decir:

—Lundy dijo que existía otra escuela asociada para aquellos que bajo ningún concepto querían regresar. Para los que deseaban olvidar. ¿Por qué estás matriculado aquí en lugar de allí? A lo mejor serías más feliz.

—Pero es que resulta que yo no quiero olvidar. No encajo en ninguno de los dos sitios. Quiero acordarme de Prisma más que de cualquier otra cosa. De cómo sabía el aire, de cómo sonaba la música. Allí todos tocaban unas gaitas extrañas, incluso los críos. Empezaban a recibir lecciones a los dos años o así, y era otra manera de comunicarse. Podías mantener conversaciones enteras sin dejar de tocar la gaita. Yo *crecí* allí, aunque terminase siendo expulsado y me viera obligado a pasar por todo ello de nuevo. Fue allí donde descubrí quién era. Besé a una chica con el cabello del color de los repollos y los ojos del de las alas de las polillas, y ella me besó a su vez, y fue maravilloso. Que no esté dispuesto a regresar ni aunque me pagaras por ello no significa que desee olvidar ni un segundo de lo que me sucedió. No sería quien soy de no haber ido a Prisma.

—Vaya —dijo Nancy. Tenía sentido, sí, tan solo era un punto de vista que no había tomado en consideración. Movi6 la cabeza negativamente—. Todo esto es mucho más complicado de lo que me esperaba.

—A mí me lo vas a decir, princesa. —Kade se puso en pie y le ofreció la mano—. Vamos, te acompañaré de vuelta a la escuela.

Nancy vacil6 antes de alargar la suya y tomar la de Kade para que la ayudara a ponerse en pie.

—Vale.

—Cuando sonrías estás guapa —dijo 6l mientras la llevaba por entre los 6rboles de regreso al edificio principal.

A Nancy no se le ocurri6 qu6 responder ante ese comentario, as6 que no dijo ni palabra.

Las materias troncales —impartidas por diversos adultos llegados en coche desde la ciudad, por Lundy y por la propia se6orita Eleanor— resultaban sorprendentemente sosas. Nancy tuvo la acusada sensaci6n de que alguien ten6a un programa que reflejaba con exactitud las exigencias de las autoridades docentes, y que el alumnado estaba recibiendo el equivalente pedag6gico de

una comida equilibrada.

Las optativas eran algo mejores, e incluían música, dibujo y algo llamado «Historia del Gran Planisferio contada por un viajero», que Nancy supuso que tendría algo que ver con los distintos mundos portal y las relaciones entre ellos. Tras considerar, indecisa, sus opciones, se había apuntado a esta última. A lo mejor alguno de los contenidos del programa le permitía averiguar algo más sobre la ubicación de su Inframundo.

Tras leer los capítulos introductorios del manual impreso por la propia escuela, Nancy continuaba hecha un lío. Las direcciones más habituales eran Sinsentido, por lo general emparejada con Virtud, y Lógica, que solía ir asociada a Maldad. La casa de locos de Sumi era un mundo alto en Sinsentido, mientras que el Prisma de Kade lo era en Lógica. Con esas dos referencias, Nancy había decidido que probablemente su Inframundo fuese Lógico: tenía normas coherentes que se esperaba que fuesen cumplidas. Pero no entendía por qué había que adjudicarle Maldad solo porque estuviera gobernado por el Señor de los Muertos. Virtud le parecía más probable. Su primera clase de verdad estaba prevista para dos días después. Faltaba demasiado tiempo y a la vez ya no faltaba nada.

Al final de su primer día, Nancy estaba agotada. Sentía como si su cabeza hubiera sido llenada mucho más allá de lo razonable y ahora le estuviera dando vueltas repleta de materias mundanas, como matemáticas e historia, y del vocabulario cada vez más amplio necesario para hablar con sus compañeros. Una chica tímida de trenzas castañas y gafas de gruesos cristales le había confesado que su propio mundo estaba en la intersección de dos direcciones secundarias de la brújula: alto en Rima y en Linealidad. Nancy no había sabido qué responder, así que no había dicho ni mu. Cada vez estaba más convencida de que esa era su opción más segura.

Cuando Nancy entró sigilosamente en la habitación, Sumi estaba sentada en su cama, trenzando en su cabello trocitos de cinta de alegres colores.

—¿Cansada como un canario en una bacanal, pequeño fantasmita? —preguntó.

—No sé qué quieres decir, así que voy a suponer que lo has dicho con intención de que lo interprete en sentido literal —dijo Nancy—. Sí, estoy muy cansada. Me voy a acostar.

—Eso es lo que creía Ely-Eleanor, que a lo mejor estabas cansada. Las nuevas siempre lo están. Ha dicho que esta noche puedes pasar del grupo, pero que no te acostumbres. Las palabras son un elemento importante del proceso de recuperación. Palabras, palabras, palabras. —Arrugó la nariz—. Me ha pedido que recuerde un montón, y todas en el orden en que las dijo, y todas solo para ti. Tú de Sinsentido no tienes nada, ¿verdad, fantasmita? Si lo tuvieses no querrías tantas palabras.

—Lo siento. Yo nunca dije que fuera de... un lugar como el que tú visitaste.

—Las suposiciones tienen mucho peligro, y tú eres mejor que la mayoría de las compañeras de habitación que Ely-Eleanor ha probado a adjudicarme; me quedo contigo —dijo Sumi con tono cansino. Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Que descanses, fantasmita. Te veré por la mañana.

—¡Espera!

Nancy no había tenido intención de hablar: la palabra se le había escapado de los labios sin más, como un ternero desbocado. Sintió pavor al pensarlo. Su capacidad para el estatismo estaba mermando y, de continuar mucho más tiempo en este terrible mundo lleno de actividad, nunca sería capaz de recuperarla.

Sumi se volvió para mirarla y ladeó la cabeza.

—Y ahora ¿qué quieres?

—Solo quería saber... bueno, tan solo me preguntaba... ¿Cuántos años tienes?

—Ah. —Sumi se giró de nuevo y continuó andando hasta alcanzar la puerta. Y entonces, de cara al pasillo, respondió—: Soy mayor de lo que aparento, pero más joven de lo que debería ser. Mi piel es un acertijo que nunca será resuelto, y ni siquiera renunciar a todo lo que amo me proporcionará la respuesta. Se me está acabando el tiempo, si es eso lo que preguntas. Cada mañana me levanto un poco más lineal, un poco menos perdida, y un día seré una de esas mujeres que dicen: «Tuve un sueño maravilloso», y lo diré de verdad. Soy suficientemente mayor como para saber lo que estoy perdiendo en el proceso de ser encontrada. ¿Es eso lo que querías saber?

—No.

—Lástima —dijo Sumi antes de abandonar la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Nancy se desvistió a solas, dejando caer su ropa al suelo, hasta quedar desnuda frente al único espejo de la habitación, de marco plateado. La luz eléctrica confería a su piel un aspecto nada favorecedor. Apagó el interruptor y sonrió al ver cómo su reflejo mutaba en el mármol más puro, se convertía en piedra rígida y firme. Se quedó allí de pie, inmóvil, durante casi una hora, hasta que por fin se sintió capaz de conciliar el sueño y se deslizó, aún desnuda, entre las sábanas.

La despertaron la luz del sol y los gritos que inundaban la habitación.

Los gritos no habían sido algo inusual en los Salones de los Muertos. Interpretar su significado tenía su arte: gritos de placer, gritos de dolor, gritos de puro aburrimiento frente a la indiferente eternidad. Estos eran de pánico y miedo. Nancy salió de la cama al instante, agarró el camisón, que yacía abandonado a los pies de la cama, y se lo metió a toda prisa por la cabeza. No le apetecía nada correr hacia ningún posible peligro estando totalmente desnuda. En realidad no le apetecía correr —y punto— hacia ningún sitio, pero se seguían escuchando gritos y le pareció que esa era la reacción correcta.

La cama de Sumi estaba vacía. Mientras corría, a Nancy se le pasó por la cabeza la posibilidad de que fuese Sumi quien estuviera gritando, pero la descartó enseguida. Sumi no era de las que gritaban. Sumi era la razón de los gritos de *otros*.

En el pasillo se apiñaba media docena de chicas formando un sólido muro de franela y seda. Tras abrirse paso a empujones, Nancy se detuvo y se quedó completamente quieta. Con una inmovilidad tan absoluta, tan profunda, que en cualquier otra circunstancia se hubiese sentido orgullosa de sí misma. De hecho, más que una inmovilidad propiamente dicha parecía la parálisis de un conejo al enfrentarse a la amenaza de una serpiente.

Sumi era la causa del griterío: hasta ahí estaba claro. Yacía desplomada flácidamente contra la base de la pared, con los ojos cerrados. No respiraba y sus manos —esas manos tan hábiles que nunca paraban quietas— habían desaparecido, seccionadas por las muñecas. Nunca volvería a atar otro nudo ni a hacer figuras con cuerdas. Alguien le había arrebatado esa posibilidad.

Alguien le había arrebatado absolutamente todo.

—Oh —musitó Nancy, y el sonido fue como una piedra arrojada en un estanque sereno: débil, pero creando ondas que afectaban a todo lo que encontraban a su paso.

Una de las chicas se giró y echó a correr, llamando a gritos a la señorita Eleanor. Otra prorrumpió en sollozos y, con la espalda apoyada contra la pared, fue resbalando hacia el suelo hasta terminar convertida en una cruel parodia de Sumi. A Nancy se le pasó por la cabeza decirle que se levantara, pero lo descartó. ¿Qué sabía ella del dolor ante la muerte? Todos los muertos que había conocido estaban contentos y no demasiado molestos con el hecho de no poseer ya un cuerpo material. A lo mejor Sumi encontraba el camino al Inframundo y podía decirle al Señor de los Muertos que Nancy todavía seguía buscando la certeza que le permitiera regresar. Nancy estaba convencida de que él se alegraría de saber que ella continuaba intentándolo.

Con cierto retraso, Nancy cayó en la cuenta de que el hecho de que su compañera de cuarto muriese justo cuando ella acababa de llegar del Inframundo podía resultar sospechoso —a lo mejor daban por hecho que Nancy prefería los muertos a los vivos, o que los comentarios de Eleanor sobre la posibilidad de que se mataran entre ellas habían sido advertencias—, pero, al no haber tocado a Sumi, decidió no inquietarse. Tenía cosas mejores por las que preocuparse, como Eleanor, que en esos momentos llegaba corriendo por el pasillo, flanqueada a un lado por la chica que había salido disparada a buscarla y por Lundy al otro. Esta llevaba rulos en el cabello y un camisón de franela más propio de una abuela. Su aspecto debería haber resultado ridículo, pero, por lo que fuera, tan solo era patético.

Las chicas se apartaron para permitir pasar a Eleanor, que se detuvo a pocos pasos de Sumi tapándose la boca con la mano y los ojos inundados de lágrimas.

—Ay, mi pobre niña —dijo en un murmullo, arrodillándose para apoyar los dedos en un lado del cuello de Sumi. No era más que una mera formalidad: resultaba evidente que llevaba muerta un rato—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Quién podría haberte hecho esto?

En cierto modo, a Nancy no le pilló por sorpresa que varias de las chicas se volvieran a mirarla. Era nueva; había sido tocada por los muertos. No

proclamó su inocencia. Se limitó a alzar las manos y mostrar la piel pálida y sin manchas. No era posible que se hubiese podido limpiar la sangre tan a fondo en uno de los aseos compartidos, no sin que la vieran. Para eliminar la sangre de debajo de las uñas hubiese tenido que restregar tanto que hubiera llamado la atención y la habrían descubierto, incluso en mitad de la noche.

—Dejad en paz a la pobre Nancy; no es ella quien ha hecho esto —dijo Eleanor. Se secó los ojos antes de ofrecerle el brazo a Lundy, que la ayudó a incorporarse—. Ninguna hija del Inframundo asesinaría a alguien que no se hubiese ganado su lugar en esos salones sagrados, ¿verdad, Nancy? Algún día puede que Nancy se convierta en una asesina, pero no sobre la base de lo que sabe de una persona tras un par de días de trato. —Aunque su voz estaba embargada por el dolor, lo dijo con total naturalidad, como si la posibilidad de que con el tiempo Nancy pudiera empezar a segar la vida de sus amigos como si de meras espigas se tratasen no resultara demasiado preocupante.

Nancy supuso que, en ese momento y en esas circunstancias, efectivamente no lo era. Contempló alicaída cómo Lundy, tras agenciarse una sábana en algún lugar —armarios para la ropa de cama, en una casa así de grande tenía que haber armarios para la ropa de cama—, cubría el cadáver de Sumi. La sangre de los muñones empapó el tejido casi de inmediato, pero a pesar de ello era ligeramente mejor que ver a la chica inmóvil y con el cabello entreverado de cintas.

—¿Qué ha pasado?

Nancy volvió la vista. Jack había hecho acto de presencia a su lado, el cuello de la camisa abierto y la pajarita colgando, el lado izquierdo sin atar, lo que le daba un aire de estar incompleta.

—Si no sabes qué ha pasado, ¿por qué estás aquí? —Al caer en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba la habitación de Jack, se enmendó—: A menos que este sea tu pasillo.

—No lo es, Jill y yo dormimos en el sótano. Dadas las circunstancias nos resulta más cómodo. —Se ajustó las gafas y observó las manchas rojas con los ojos entrecerrados—. Eso es sangre. ¿Quién está bajo la sábana?

La chica de trenzas castañas del mundo Rimado y Lineal se giró y fulminó a Jack con una mirada tan rebotante de puro odio que Nancy retrocedió un paso de manera involuntaria.

—Como si no lo supieras bien, ¡asesina! —le espetó airadamente—. Has sido tú, ¿verdad? Es lo mismo que pasó con el conejillo de Indias de Angela. No puedes tener las manos y los escalpelos quietos.

—Ya te dije que había sido una confusión de índole cultural —explicó Jack—. El conejillo de Indias estaba en una de las zonas comunes, y creí que se lo podía quedar quienquiera que lo quisiera.

—Pero si era una mascota... —replicó la otra chica con indignación.

—Me ofrecí a recomponerlo —dijo Jack encogiéndose de hombros con aire impotente—, pero Angela no aceptó.

—Eh, la nueva. —Era la voz de Kade. Cuando Nancy miró por encima del hombro lo vio señalar con la cabeza su habitación—. ¿Por qué no te llevas a esa gemela Addams y le enseñas tu cuarto? Yo trataré de interceptar a la otra antes de que aparezca y empiecen los problemas.

—Lo que sea con tal de evitar otra colérica turba con antorchas —aceptó Jack, cogiendo a Nancy de la mano—. Enséñame tu habitación.

Sonó más a una orden que a una petición. Nancy no puso pegas. Dadas las circunstancias, hacer desaparecer a Jack de la vista y, por lo tanto, era de esperar que también de la cabeza de las otras chicas, parecía mucho más importante que obligarla a pedirlo con educación. Se giró, arrastró a Jack hacia la puerta de su cuarto, todavía abierta tras su precipitada salida, y la hizo pasar.

Jack soltó la mano de Nancy en cuanto estuvieron dentro, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los dedos. Se sonrojó al notar la mirada sorprendida de Nancy.

—Por difícil que pueda resultar creerlo, ninguno de nosotros escapó indemne de sus viajes, ni siquiera yo —dijo—. Tal vez conozca un poco demasiado bien la naturaleza y sus innumerables maravillas. A muchas de las cuales nada les gustaría más que hacer que nuestra piel se derrita y desprenda del cuerpo. ¿Sabes todos esos tipos en sus espeluznantes laboratorios dedicados a conectar extraños cables a cadáveres? Pues si llevan guantes es por algo.

—De veras que no entiendo *cómo* era el mundo al que viajaste. El mundo de Sumi giraba alrededor de los dulces y de que nada tuviese ni pies ni cabeza, y Kade fue a una especie de guerra, pero el que tú describes y el

descrito por Jill apenas parecen tener nada en común.

—Eso es porque los mundos que experimentamos apenas parecían tener nada en común, incluso tratándose del mismo lugar. Nuestros padres eran... digamos que «dominantes». De esos que siempre quieren encasillarlo todo. Creo que odiaban que fuésemos gemelas incluso más de lo que lo odiábamos nosotras.

—Pero vuestros nombres...

Jack se encogió de hombros exageradamente mientras guardaba de nuevo el pañuelo en el bolsillo.

—No estaban tan disgustados como para dejar escapar la oportunidad de convertir nuestras vidas en un auténtico infierno. Por el motivo que fuese, contaban con tener mellizos, a lo mejor incluso pensaban alcanzar el sueño dorado de formar un núcleo familiar de golpe, con un niño y una niña. En lugar de eso, nos tuvieron a nosotras. ¿Alguna vez has visto a un par de perfeccionistas tratando de decidir cuál de sus gemelas idénticas es la «lista» y cuál la «guapa»? Hubiera sido divertido de no ser porque nuestras vidas eran el premio que estaba en juego.

—Eres clavada a tu hermana —dijo Nancy frunciendo el ceño—. ¿Cómo se les pudo ocurrir que ella era la guapa en lugar de ver que ambas erais preciosas?

—Pero es que resulta que Jill no era la guapa. A Jill le tocó ser la lista, y de ella esperaban que estuviera a la altura de toda una serie de expectativas y exigencias. Yo era la guapa. —La sonrisa de soslayo de Jack fue fugaz y sardónica—. Si las dos pedíamos un Lego, a ella le regalaban uno de científicos o de dinosaurios, y a mí una floristería. Si las dos pedíamos zapatos, a ella le compraban unas zapatillas deportivas y a mí unas de *ballet*. Ni que decir tiene que jamás nos preguntaron. Un día, cuando todavía éramos casi unos bebés, resultó que mi cabello fue más fácil de cepillar (posiblemente porque Jill tenía mermelada en el suyo) y cataplún, los papeles quedaron adjudicados sin posibilidad de escapatoria alguna. Hasta que un día abrimos un viejo baúl y en su interior descubrimos unas escaleras.

La voz de Jack sonaba ensimismada. Nancy se mantuvo en perfecta inmovilidad, sin hablar, apenas atreviéndose a respirar. Si deseaba oír esa historia, no podía interrumpirla. Algo en la manera en que Jack clavaba la

vista en la pared le decía que esta iba a ser su única oportunidad.

—Ni que decir tiene que descendimos por las misteriosas escaleras que era imposible que estuviesen allí. ¿Quién *no* habría bajado por una escalera imposible al fondo de un baúl? Teníamos doce años. Éramos curiosas, y estábamos enfadadas con nuestros padres y entre nosotras. —Jack se anudó la pajarita con tirones rápidos e iracundos—. Bajamos, y al pie de las escaleras había una puerta, y en la puerta un cartel. Cuatro palabras: «Solo si estáis seguras». ¿Seguras de qué? Tan solo teníamos doce años, no estábamos seguras de absolutamente nada. Así que la franqueamos y nos encontramos en un páramo que parecía extenderse hasta el infinito, entre montañas y un mar encrespado. ¡Y ese cielo! Nunca antes había visto tantas estrellas, ni una luna así de roja. La puerta se cerró de golpe a nuestras espaldas. No hubiésemos podido regresar aunque así lo hubiéramos querido, pero no queríamos. ¡Teníamos doce años! Íbamos a vivir una aventura aunque muriésemos en el intento.

—¿Y...? Me refiero a si vivisteis una aventura.

—Claro —dijo Jack sombríamente—. Ni siquiera morimos en el intento. Al menos no de manera permanente. Pero lo cambió todo. Por fin me convertí en la lista. El doctor Bleak^[3] me enseñó todo lo que sabía sobre el cuerpo humano y las maneras de recombinar y reanimar tejidos. Dijo que jamás había tenido un alumno más brillante que yo. Que yo tenía un talento extraordinario con las manos. —Se miró los dedos como si fuese la primera vez que los veía—. Jill tomó un camino distinto. El mundo al que fuimos era... un mundo feudal, prácticamente, dividido en pueblos, páramos y protectorados, con un amo o ama al frente de cada uno de ellos. Nuestro Amo era un chupasangre, de siglos de edad, con cierta debilidad por las niñas... ¡no debilidad de esas! En absoluto era algo indecoroso. Para él, incluso el doctor Bleak era un niño, y el Amo no era del tipo de hombres que sienten ese tipo de inclinación hacia los niños. Pero necesitaba sangre para vivir. Le hizo un montón de promesas a Jill. Le dijo que llegaría un día en que podría ser su hija y gobernar a su lado. Supongo que por eso era tan importante que alguien cuidara de nosotras. Cuando los aldeanos marcharon sobre el castillo, envió a mi hermana al laboratorio para que se escondiera conmigo. El doctor Bleak dijo... bueno... dijo que era demasiado peligroso que nos quedáramos y abrió una puerta.

Ninguna de las dos deseábamos marcharnos, pero yo comprendí que era necesario. Le prometí que continuaría con mis investigaciones científicas, pasara lo que pasara, y que un día encontraría el camino para volver a su lado. Jill... el doctor la tuvo que sedar para conseguir que atravesara la puerta. Nos encontramos de vuelta en aquel viejo baúl; la tapa estaba entreabierta y la escalera se había esfumado. Desde entonces he estado buscando la fórmula que nos franquee a ambas el camino de regreso.

—Vaya —dijo Nancy con voz queda.

Jack esbozó de nuevo una sonrisa sardónica y continuó:

—Pasar cinco años como aprendiz de un científico loco te cambia un tanto la visión del mundo. Sé que Kade odia haber tenido que pasar por la pubertad dos veces; le parece injusto y supongo que en su caso lo fue: la disforia de género es una forma de tortura. Pero ojalá a nosotras se nos hubiera ofrecido esa misma oportunidad. Teníamos doce años cuando entramos en el baúl. Teníamos diecisiete cuando salimos. A lo mejor hubiéramos sido capaces de adaptarnos a este mundo estúpido, colorido e intolerante si al despertarnos de nuestro sueño compartido nos hubiésemos encontrado empezando el instituto. Pero en lugar de eso, bajamos tambaleándonos por las escaleras y allí estaban nuestros padres cenando con nuestro hermano de cuatro años, al que toda la vida le habían contado que estábamos muertas. No desaparecidas. Eso hubiese sido demasiado... lioso. Y Dios nos libre de meternos en líos.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Nancy.

—Casi un año. Nuestros queridísimos padres nos montaron en el autobús camino del internado cuando todavía no llevábamos ni un mes de vuelta en casa. No podían aguantar nuestra presencia bajo el mismo techo que su querido hijo, que no contaba historias disparatadas sobre relámpagos que caían serpenteando desde el cielo y con su descarga devolvían hermosos cadáveres al territorio de los vivos. —La expresión de sus ojos se volvió más dulce y ensoñadora—. Creo que allí las reglas eran distintas. La ciencia era el meollo de todo, pero la ciencia era mágica. Le traía sin cuidado si algo se *podía* hacer. La clave era si *debía* hacerse, y la respuesta era siempre, siempre ¡sí!

Alguien llamó a la puerta. Cuando tanto Nancy como Jack se giraron se encontraron a Kade asomando la cabeza por la puerta.

—La muchedumbre ya casi se ha dispersado, pero tengo que preguntártelo: Jack, ¿mataste a Sumi?

—No me ofende que sospeches de mí, lo que me ofende es que creas que asesinaría por un par de manos —dijo Jack desdeñosamente, cuadrando los hombros. De pronto tenía un aire arrogante, y Nancy comprendió que gran parte de la actitud de superioridad de la muchacha era mera fachada, algo que le permitía mantener el mundo un poco más a distancia—. Si yo hubiese asesinado a Sumi, no habría dejado el cadáver. Habría dado un buen uso hasta al último fragmento de él, y la gente se hubiera preguntado durante años si por fin Sumi había logrado abrir la puerta que la habría llevado de vuelta a Chuchelandia. Yo no la maté, qué lástima, ¿no?

—Ella lo llamaba Dulceria, no Chuchelandia, pero entendido —dijo Kade entrando en el cuarto—. Seraphina y Lorie se han llevado a Jill a un lugar tranquilo mientras esperamos a que todo el mundo se calme. Tenemos que quedarnos en nuestras habitaciones y fuera de la vista mientras Eleanor avisa al forense de la ciudad.

Nancy se puso tensa y preguntó:

—¿Qué va a pasar con nosotros ahora? No nos irán a echar de aquí, ¿verdad?

Ella no podía regresar. Sus padres la querían, sobre eso no había dudas, pero su amor era del tipo que llenaba su maleta de colores y no cejaba en su empeño de organizarle citas con chicos de su barrio. Su amor quería *arreglarla*, y se negaba a ver que ella no estaba estropeada.

—Eleanor lleva mucho tiempo aquí —dijo Kade cerrando la puerta—. Ella era la tutora de Sumi, de modo que no hay padres involucrados, y las autoridades locales están al cabo de la calle. Harán todo lo que esté en sus manos para asegurarse de que no cierren el centro.

—Hubiese sido mejor que no hubiera dado parte —dijo Jack en tono crítico—. Una muerte no denunciada no es más que una desaparición impecablemente acicalada.

—Mira, por cosas así es por lo que no tienes demasiados amigos —señaló Kade.

—Pero Sumi era uno de ellos —replicó Jack girándose para contemplar el lado de la habitación de Sumi—. Si no tiene familia, ¿qué se supone que hay

que hacer con sus cosas?

—En el desván hay sitio para guardarlas —dijo Kade.

—Entonces vamos a meterlas en cajas —terció Nancy con firmeza—. ¿Dónde podemos conseguir algunas cajas?

—En el sótano —respondió Jack.

—Te acompañaré —se ofreció Kade—. Nancy, tú quédate aquí. Si alguien pregunta, volvemos ahora mismo.

—Vale —dijo Nancy, que se mantuvo completamente inmóvil mientras los otros se alejaban.

Lo único que podía hacer era esperar. En la quietud había una paz, una serenidad, que no podía hallarse en ningún otro lugar de este mundo veloz, caluroso y con frecuencia terrible. Nancy cerró los ojos e inspiró profundamente, llevando el aire hasta los dedos de los pies y permitiendo que su estatismo fuera lo único que importaba. Las continuas reminiscencias de Sumi interrumpían su concentración, dificultando su intento por impedir que rodillas y dedos le temblaran. Se obligó a apartar esas imágenes de la mente y continuó respirando, en busca de la serenidad.

Aún no la había alcanzado cuando los otros regresaron. La puerta se abrió de golpe dejando oír la declaración de Kade: «Ya estamos en condiciones de embalar el mundo».

Nancy abrió los ojos y se giró hacia él, consiguiendo a duras penas amagar una sonrisa.

—Bien —dijo—. Pongamos manos a la obra.

Los enseres de Sumi eran tan anárquicos y caóticos como lo había sido su dueña. Se amontonaban sin orden ni concierto alrededor de su cama y de su tocador. Una pila de libros sobre la elaboración de golosinas estaba atada con un par de sujetadores infantiles. Un ramo de rosas hecho con naipes plegados estaba arrumbado bajo la cama, junto a un vestido azul de volantes, que no parecía algo que Sumi se hubiese puesto jamás, y un sándwich de rosbif cuya fecha de caducidad había vencido hacía un mes. Jack, que se había enfundado unos guantes antes de ponerse manos a la obra, se encargó sin rechistar de deshacerse de todo tipo de porquerías y restos orgánicos en estado dudoso: al parecer, sus escrúpulos solo afloraban en caso de existir contacto con su piel desnuda. Kade revisó las prendas de Sumi, doblándolas con esmero antes de

guardarlas en cajas. Nancy estaba casi convencida de que todas terminarían incorporadas al amplio guardarropa comunal, lo que le parecía bien. A Sumi no le hubiese importado que otra gente llevara su ropa. Lo más probable es que no le hubiera importado en vida, así que seguro que ahora que estaba muerta no iba a poner objeciones.

A Nancy le encargaron que se ocupara del resto, de lo que no era ni basura ni trapos. De debajo de la cama sacó cajas de papel de origami e hilo de bordar —por lo visto, Sumi siempre había sido muy mañosa— y las apartó a un lado para continuar rebuscando. Sus inquisitivas manos descubrieron una caja de zapatos. La sacó, se sentó y quitó la tapa. Varias fotos se desparramaron por el suelo. Algunas mostraban a Sumi tal como había sido durante su demasiado breve relación: con prendas disparejas y coletas despeinadas. Otras mostraban a una niña solemne y de ojos tristes con uniforme escolar, en unas sujetando un violín y en otras con las manos vacías. Bastaba ver esas instantáneas para darse cuenta de que había sido una niña que comprendía las ventajas de pasar desapercibida, de ser una estatua, pero no porque hubiese elegido la inmovilidad, como era el caso de Nancy; era algo que le había sido impuesto, hasta que un día descubrió una puerta que podía conducirla a un mundo donde tenía alguna posibilidad de ser feliz.

Nancy cayó en la cuenta de que la nieta de Sumi nunca visitaría la tumba del granjero que cultivaba algodón de azúcar, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no llorar por todo lo que se había perdido de manera irrevocable. Sumi quizá fuese a los Salones de los Muertos, donde tal vez incluso sería feliz, pero todas las cosas que hubiese hecho entre los vivos habían sido escamoteadas, se habían vuelto imposibles cuando su corazón dejó de latir. La muerte era hermosa, pero eso no cambiaba el hecho de que la vida fuera algo limitado.

—Pobrecilla. —Kade se inclinó, cogió la fotografía que Nancy tenía entre sus dedos inmóviles y la contempló unos instantes antes de guardársela en la camisa—. Saquemos todo esto de aquí. No deberías tener que verlo, no ahora que ella no está.

—Gracias —dijo Nancy, más de corazón de lo que se hubiese creído capaz antes de ver esa fotografía. Sumi ya era parte del pasado, y eso no era justo.

Trabajando al alimón, los tres tardaron menos de una hora en trasladar todas las posesiones de Sumi al desván, donde almacenaron las cajas en estanterías vacías y rincones polvorientos, de los que parecía existir un mayor número de lo habitual. Una vez que hubieron terminado, Jack se quitó los guantes y empezó a limpiarse meticulosamente los dedos con un pañuelo limpio. Kade sacó la fotografía de la camisa y la clavó con chinchetas en un tablón de anuncios, junto a otra de Sumi tal como Nancy la había conocido, los ojos radiantes, una sonrisa incluso más radiante y las manos algo borrosas, como si en el momento de tomarse la instantánea Sumi se hubiera estado moviendo.

—Si no te importa, me quedaré contigo esta noche —se brindó Kade—. No parece seguro que duermas sola en esa habitación.

—Yo no me quedaré con vosotros esta noche, os guste o no —dijo Jack—. Es un cuarto demasiado soleado, y Jill tiene cierta tendencia a caminar sonámbula cuando no estoy con ella.

—No deberías dejarla sola —le aconsejó Kade—. Ten cuidado, ¿vale? Un montón de gente anda a la caza de alguien a quien echar la culpa, y tú eres el mejor chivo expiatorio que tenemos en la escuela.

—Siempre he querido ser la mejor en algo —replicó Jack con filosofía.

—Perfecto —dijo Kade—. Ahora seamos los mejores en llegar a clase o Lundy nos soltará un sermón sobre la puntualidad.

Salieron del desván en fila. Nancy se volvió para mirar las fotografías de Sumi en el tablón de anuncios; tan silenciosa, tan inmóvil... Luego apagó la luz y cerró la puerta.

5

Supervivientes, por el momento

Por la mañana se suspendieron las clases, que fueron retomadas tras el almuerzo. A lo mejor era demasiado precipitado, pero era lo mejor que se podía hacer con toda una escuela llena de alumnos inquietos y preocupados: la rutina impediría que empezaran a darle vueltas a la cabeza y acabaran aterrorizándose a sí mismos a raíz del asesinato de Sumi. Incluso así, la rutina se vio afectada. Deberes olvidados; preguntas escritas en pizarras, que quedaron sin respuesta; e incluso saltaba a la vista que los profesores hubiesen preferido estar en otro lugar. Recuperar la normalidad cuando alguien ha muerto nunca es sencillo; pero cuando ese alguien ha sido brutalmente asesinado, la situación se vuelve impredecible.

La cena fue peor. Nancy estaba sentada frente a Jack y Jill cuando la chica de los rizos castaños se acercó a la mesa y derramó su sopa sobre la cabeza de Jack.

—Vaya —dijo como si nada—. He resbalado.

Jack se quedó rígida e inmóvil, con la sopa goteándole por la frente y corriendo nariz abajo. Jill resopló y se incorporó de un salto.

—¡Loriel! —gritó, y el sonido de su voz interrumpió el resto de conversaciones del refectorio—. ¿Cómo demonios has podido...?

—Ha sido un accidente. Igual que tu hermana aquí presente descuartizó

«por accidente» el conejillo de Indias de Angela y asesinó «por accidente» a Sumi. Y sabes que terminarán por pillarla. Aunque todo iría mucho más deprisa si confesara.

—Loriel estornudó sobre la sopa antes de tirártela encima —hizo saber a Jack la chica que acompañaba a Loriel, con una fingida expresión de preocupación en el rostro—. He pensado que querrías saberlo.

Jack comenzó a temblar y entonces, con la sopa todavía goteando, se apartó bruscamente de la mesa y echó a correr hacia la puerta, obligando a Jill a salir en su persecución. La mitad de los alumnos prorrumpió en risas. La otra mitad se quedó mirando a Jack con silenciosa satisfacción, aprobando a todas luces cualquier actuación que le amargara la vida. El jurado formado por sus compañeros ya la había juzgado y declarado culpable. Tan solo faltaba el castigo de la ley.

—Sois horribles —dijo una voz. Nancy solo se sintió ligeramente sorprendida al darse cuenta de que era la suya. Apartó la silla de la mesa, dejando casi sin tocar las uvas y el requesón que componían su cena, y fulminó con la mirada a las dos chicas—. Sois unas personas horribles. Y cómo me alegro de que no franqueáramos la misma puerta, porque detestaría haber viajado a un mundo que no enseñase buenos modales a sus visitantes. —Se dio media vuelta y se alejó airadamente, con la cabeza bien alta, siguiendo el rastro de sopa que salía del comedor y continuaba por el pasillo hasta las escaleras del sótano.

—Caminas despacio, pero te mueves deprisa. ¿Cómo narices lo haces? —preguntó Kade cuando la alcanzó en lo alto de las escaleras. Siguiendo la mirada de ella, sus ojos escrutaron la oscuridad que se abría a sus pies—. Ahí es donde viven las gemelas Addams. Ocuparon tu habitación una temporada, hasta que el chaval que estaba en el sótano antes que ellas se graduó.

—¿Había viajado al mismo mundo?

—No, él estuvo con una raza de gente-topo. Creo que se dio cuenta de que disfrutaba bañándose y con la luz del sol, así que más o menos renunció a la idea de regresar.

—Vaya. —Nancy bajó con cuidado un peldaño—. ¿Se le pasará?

—A Jack no le gusta estar sucia. Ellas tienen su propio cuarto de baño. Estará limpia como una patena y de nuevo en plena y ligeramente morbosa

forma antes de que termine la terapia grupal. —Kade sacudió la cabeza—. Aunque espero que las cosas no vayan a peor. Jack puede tolerar un poco de sopa y, como trabajó con un científico loco, para ella la ira de los lugareños es un gaje del oficio. Pero si se ponen violentos, ella se defenderá, y eso solo servirá para demostrarles que tenían razón en sus acusaciones.

—Esto es terrible —dijo Nancy—. Permití que mis padres me mandaran aquí porque la señorita West dijo que comprendía lo que me había sucedido y podía ayudarme a aprender a vivir con ello.

—Y porque confiabas en que, si lo comprendías, serías capaz de repetirlo —apostilló Kade. Nancy no dijo ni mu. Él se rio con tristeza—. Eh, no pasa nada. Lo entiendo. La mayoría de nosotros estamos aquí porque queremos ser capaces de abrir nuestra puerta a voluntad, o al menos lo queríamos al principio. Algunas veces, el deseo desaparece. Otras veces, la puerta regresa. Y otras, simplemente nos toca aprender a vivir como exiliados en nuestro mundo natal.

—¿Y qué pasa si no lo conseguimos? ¿Qué hacemos entonces?

Tras permanecer un largo instante en silencio, Kade se encogió de hombros y dijo:

—Supongo que abrimos escuelas para quienes todavía tienen lo que más anhelamos en el mundo: esperanza.

—Sumi dijo que «esperanza» era una mala palabra.

—Y no se equivocaba. Venga, vamos a la terapia de grupo antes de que nos metamos en un lío.

Mientras caminaban en silencio por los pasillos no vieron a nadie en las habitaciones ni en las inmediaciones. La idea de que la única manera de estar a salvo era mantenerse juntos parecía haber arraigado a una velocidad prodigiosa. Nancy se dio cuenta de que estaba ajustando su marcha a la de Kade, apresurándose para que las zancadas de él no la dejaran atrás. No le gustaba apurarse. Era indecoroso y le hubiese acarreado una regañina en su ho... en el Inframundo. Aquí, sin embargo, era algo necesario, fomentado incluso, y no tenía motivo alguno para sentirse culpable por ello. Trató de aferrarse a ese pensamiento mientras Kade y ella entraban en la sala donde el grupo estaba reunido.

Todo el mundo se giró para mirarlos. Lorie incluso sonrió

desdeñosamente antes de preguntar:

—¿No habéis conseguido sacar a la pequeña asesina de su sótano?

—Basta, señorita Youngers —le espetó Lundy con tono cortante—. Ya hemos acordado dejar de especular sobre quién puede haber hecho daño a Sumi.

Ahora solo tiene un nombre, no un tratamiento de cortesía y un apellido, pensó Nancy. *Eso no está bien. Los muertos merecen más dignidad, no menos. La dignidad es lo único que poseen los muertos.* No dijo nada en voz alta, se limitó a dirigirse hacia una silla vacía y sentarse. Se alegró cuando Kade ocupó el asiento contiguo al suyo. La iracunda mirada de Loriel se intensificó. Por lo visto, Nancy no era la única a la que Kade le parecía guapo, aunque hubiese apostado a que sí era la única que apreciaba esa belleza desde un plano estético más que romántico.

—Usted lo acordó —objetó Loriel—. Los demás tenemos miedo. ¿Quién podría haberla matado así, y a continuación mutilado el cadáver? Hay que estar perturbado. Tenemos derecho a querer saber qué es lo que está pasando y ¡qué hacer para estar a salvo!

—A la vista de que el pasillo estaba hecho un asco, estoy casi convencida de que murió desangrada a causa de las heridas: los cadáveres no sangran tan profusamente —explicó Jack. Todos los presentes se volvieron para contemplar a las gemelas, recién lavadas y vestidas con ropa limpia, haciendo su entrada en la sala. Con un chaleco de *tweed* sobre una camisa blanca de manga larga abrochada en las muñecas, Jack parecía más que nunca un docente de la vieja escuela. Jill iba ataviada con una camisola color crema que Nancy hubiese pensado que se trataba de una prenda para dormir, no algo con lo que acudir a la terapia de grupo—. Quienquiera que la asesinase no era un científico.

—¿Qué quieres decir? —preguntó uno de los escasos chicos, un latinoamericano alto que hacía girar entre los dedos un largo trozo de madera tallado para que se asemejara a un cúbito.

Al mirarlo, Nancy sintió una extraña afinidad. A lo mejor él también había estado en algún lugar parecido a su Inframundo, lleno de sombras, secretos y seguridad. A lo mejor él la comprendería si lo abordaba y le hablaba de la inmovilidad y el respeto a los muertos.

Pero esa no era la ocasión adecuada. Jack se enfrentó a la pregunta con un altanero resoplido y un en exceso tranquilo:

—Al igual que el resto de vosotros, yo también vi el cadáver. Sé que algunos habéis decidido que soy responsable de su muerte. También sé que quienes me consideráis culpable probablemente os neguéis a creer otra cosa. Pero basándoos en lo que sabéis de mí, ¿creéis que si hubiera decidido empezar a asesinar a mis compañeros de clase habría abandonado sus restos?

—En eso tiene mucha razón —dijo el chico del hueso enarcando una ceja.

—Que tenga razón en algo no significa que no sea una asesina —insistió Loriel, pero su vehemencia se había esfumado; sus acusaciones se habían dado de bruces con la realidad y ya no iban a ninguna parte. Cruzó los brazos y se recostó de nuevo en su asiento—. No pienso perderla de vista.

—Estupendo —terció Lundy—. Ahora mismo nadie debe perder de vista a sus compañeros. Desconocemos quién lastimó a Sumi. Eleanor está trabajando con las autoridades y pronto deberíamos saber algo más, pero, mientras tanto, tenemos que velar unos por otros. Nadie debe ir solo a ningún sitio... ¿Sí, señorita Youngers?

Loriel bajó la mano una vez que volvió a contar con la atención del grupo.

—¿Y qué pasa si uno de nosotros encuentra su puerta antes de que el asesino sea atrapado? —preguntó—. No puedo llevarme a mi mundo a alguien solo porque no podemos ir a ningún sitio a solas, y ni por asomo voy a dejar escapar la posibilidad de regresar por culpa de esto. De ningún modo.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que si resulta que alguien encuentra su puerta mientras todavía tenemos que permanecer en compañía, la persona que la haya encontrado se marchará, y la que se quede aquí buscará otro compañero —dijo Lundy con intencionada precisión.

Nancy se sobrecogió al percatarse de que Lundy creía que ninguno de ellos iba a encontrar su puerta; al menos no pronto; a lo mejor jamás. Lundy había perdido toda esperanza de que las encontrasen. Su tono y la elección de palabras no dejaban lugar a dudas. Y a lo mejor tenía sentido. Las puertas de Lundy estaban cerradas, independientemente de lo que sucediera en adelante. Lundy tenía que hacerse a la idea de que este era el mundo en el que iba a morir.

—Trata de ir en grupos de tres —sugirió el muchacho del hueso—. Si no

eres capaz de eso, trata de no encontrar tu puerta.

Algunos alumnos se rieron. Otros parecían afligidos. Loriel se contaba entre estos últimos.

—Háblenos de su puerta, señorita Youngers —la animó Lundy.

—A punto estuve de no verla —rememoró Loriel con tono soñador—. Era diminuta. Una puertecita perfecta, tallada en el dintel debajo de la luz del porche. Como una puerta para mariposas nocturnas. Yo solo quería ver qué era, nada más, así que me acerqué tanto como pude y llamé con la punta del meñique. Entonces el mundo empezó a dar vueltas y se tornó extraño, y de pronto estaba plantada en el vestíbulo al otro lado de la puerta, mirando por encima del hombro un porche increíblemente inmenso. Yo no franqueé la puerta. Fue ella quien me arrastró, tan enorme era la necesidad que Mundotelaraña tenía de mí...

La historia de Loriel era grandiosa y exuberante, un cuento épico y majestuoso sobre princesas arácnidas y dinastías diminutas. Loriel siempre había tenido buena vista, pero, tras pasar un año al servicio de esas criaturas minúsculas, se le había agudizado tanto que tenía que llevar gafas de cristales iridiscentes para evitar ver el mundo tan amplificado que su contemplación le resultara dolorosa. Había luchado y había vencido, había amado y había perdido a su amor, hasta que, al cabo, la Reina del Polvo le había preguntado si quería convertirse en princesa de ese territorio y quedarse para siempre.

—Yo dije que no había nada que desease tanto, pero antes de poder aceptar tenía que volver a casa y contárselo a mis padres —continuó Loriel, sorbiendo por la nariz. Las lágrimas habían empezado a derramarse más o menos a la altura de la muerte de su amado Príncipe Avispa, y al parecer iban a continuar corriendo en el futuro inmediato—. Me advirtió que me resultaría difícil volver a dar con la puerta. Que tendría que buscarla con más ahínco de lo que jamás había buscado nada en mi vida. Yo dije que conseguiría encontrarla. Eso fue hace casi dos años. He buscado por todas partes, pero no la he visto.

—Algunas puertas solo se abren una vez —intervino Lundy.

En la sala se escuchó un murmullo de asentimiento. Nancy frunció el ceño y se arrellanó más en su silla. Le parecía cruel escarbar en el pasado de sus compañeros de este modo, inmovilizarlos temblorosos contra el suelo y a

continuación soltar cosas así. Seguro que a estas alturas Loriel ya sabía que, con toda probabilidad, no volvería a franquear su minúscula puerta para regresar a su incluso más minúsculo mundo. Era lo bastante inteligente para haber llegado a esa conclusión por sí misma. ¿Para qué decírselo?

Si esta era la escuela para aquellos que querían reconciliarse con sus viajes y recordarlos con agrado, no quería ni ver el otro centro.

—Ella dijo que podía regresar —insistió Loriel—. Me lo prometió, y las reinas cumplen sus promesas. Solo tengo que buscar más a conciencia. En cuanto encuentre la puerta me iré.

—¿Y tus padres? ¿Están preparados para esta desaparición inevitable?

Loriel resopló.

—Les conté dónde había estado (un año para mí, doce días para ellos) y me dijeron que era evidente que había sufrido algún tipo de trauma y no sabía lo que decía. Me mandaron aquí para que se me pasara la chifladura. Pero a mí no me pasa nada de nada. Estuve de viaje. Eso es todo.

—Un viaje a un mundo que incluso está documentado —señaló Eleanor desde la puerta, con nuevas arrugas de agotamiento esculpidas en la delicada piel en torno a su boca y sus ojos. Parecía haber envejecido una década en un día—. Cinco niños han sido arrastrados a Mundotelaraña desde que yo me dedico a localizarlos. Dos encontraron el camino de vuelta tras haber regresado a su casa. Así que, ya veis, sí que hay esperanza. Para Loriel y para todos nosotros. Nuestras puertas están ocultas, pero buscando con suficiente minuciosidad podemos dar con ellas.

—Eleanor —Lundy se puso de pie—, deberías estar descansando.

—Ya he tenido suficiente descanso para el resto de mi vida, y solo tengo una vida para el resto de lo que hay que hacer —replicó Eleanor apartándose de la puerta. Varios alumnos se levantaron para ayudarla a llegar a una silla vacía. Ella sonrió y les dio unas palmaditas en la mejilla—. Sois unos niños encantadores, todos... sí, incluso tú, Lundy. Para mí todos sois niños, y yo soy vuestra profesora, la única que se niega a mentiros. Así que ahora prestadme atención, porque me parece que estáis consiguiendo confundiros y desanimaros.

»No todos volveréis a encontrar vuestra puerta. Es cierto que hay puertas que solo aparecen una vez, como consecuencia de alguna extraña convergencia

que no podemos pronosticar ni recrear. Nacen de la necesidad y la afinidad simpática. No de la emoción, que es la resonancia de una cosa ante otra. Existe un motivo por el que todos vosotros fuisteis arrastrados hasta mundos en los que encajabais tan bien. Imaginad por un momento que en lugar de en el vuestro hubieseis caído en el descrito por el compañero que tenéis a vuestro lado.

Nancy miró nerviosa a Jack y Jill, imaginando cómo hubiera sido su vida de haber encontrado la puerta de las gemelas en lugar de la suya. Los páramos no parecían apreciar la inmovilidad, sino tan solo la obediencia y la sangre, y ninguna de estas dos cosas era el fuerte de Nancy. En torno a ella, otros alumnos intercambiaban miradas igualmente incómodas, estableciendo sus propias conexiones y encontrándolas tan desagradables como Nancy la suya.

—El corazón de Sumi rebotaba Sinsentido, por lo que se le abrió una puerta que la llevaría a un mundo donde podría exhibirlo con orgullo en lugar de ocultarlo. Esa fue su verdadera historia. Hallar un lugar donde podía ser libre. Esa también es vuestra historia, la de todos vosotros. —Eleanor alzó la barbilla. Su mirada lucía diáfana—. Vosotros encontrasteis la libertad, aunque solo fuese por un instante, y, cuando la perdisteis, acudisteis aquí, confiando en poderla encontrar de nuevo. Ese es mi deseo para todos y cada uno de vosotros. Deseo poner excusas a vuestros padres cuando desaparezcáis, decirles que los niños que escapan del hogar reinciden siempre a poco que se les presente la más mínima oportunidad. Deseo librarme de vosotros más que casi cualquier otra cosa en el mundo.

No hacía falta que dijese qué era lo que más deseaba, porque ellos compartían su anhelo, su deseo implacable y brutal: lo que más deseaba era una puerta, y lo que le esperaba al otro lado. Sin embargo, a diferencia del resto, Eleanor sabía dónde estaba su puerta, pero por el momento estaba cerrada para ella, hasta que consiguiera encontrar el camino de vuelta a la infancia.

—Eleanor —dijo el chico del hueso de madera levantando la mano.

—¿Sí, Christopher?

—¿Por qué permaneció su puerta mientras todas las nuestras desaparecieron? —Se mordió el labio antes de añadir—: No parece justo que las cosas funcionen así. Deberíamos haber podido regresar.

—Las puertas estables como la de la señorita West son menos comunes que las temporales —explicó Lundy, de vuelta en terreno conocido—. La mayoría de los niños que las atraviesan no regresan, bien ya en su primer viaje o tras un breve regreso a su mundo original. De modo que, aunque tenemos constancia de unas cuantas, la probabilidad de dar con una puerta estable que se amolde a la historia que necesitáis es escasa.

—¿Y qué pasa con mundos como Narnia? —preguntó Christopher—. Esos niños atravesaron todo tipo de puertas distintas, y siempre acababan volviendo con el gran león parlante.

—Eso es porque Narnia era una alegoría cristiana que se hacía pasar por una serie de fantasía, gilipollas —le espetó uno de los otros chicos—. C. S. Lewis nunca atravesó puerta alguna. No sabía cómo funcionaban. Quería contar una historia y, como probablemente había oído hablar de niños como nosotros, se inventó todas esas paridas. Lo mismo que todos esos otros autores. Se inventaron paridas y se hicieron famosos. Nosotros contamos la verdad y nuestros padres nos meten en esta loquería con pretensiones.

—Aquí no empleamos ese tipo de términos —dijo Eleanor con voz acerada—. Esto no es un psiquiátrico, ni vosotros estáis locos... pero ¿y qué si lo estuvierais? Este mundo es implacable y cruel con aquellos a los que juzga que se salen de la norma, por mínimamente que sea. Si alguien debería mostrarse amable, comprensivo, tolerante y cariñoso con el resto de marginados que comparten su suerte, sois vosotros. Todos vosotros. Vosotros sois los guardianes de los secretos del universo, amados por mundos con los que la mayoría jamás soñará, y que mucho menos verá... ¿No entendéis que os debéis a vosotros mismos el ser *amables*, el preocuparos unos por otros? Nadie fuera de esta habitación comprenderá jamás por lo que habéis pasado como lo comprenden los compañeros que ahora mismo tenéis a vuestro alrededor. Este no es vuestro hogar. Lo sé mejor que la mayoría. Pero es vuestro campamento base y vuestro refugio, y trataréis a los que os rodean con respeto.

Su mirada hizo encoger a ambos muchachos. Christopher bajó la vista. El otro chico farfulló un «lo siento».

—No pasa nada. Es tarde y todos estamos fatigados. —Eleanor se puso de pie—. Dormid un poco, todos. Sé que no será fácil. Nancy, ¿puedes...?

—Ya le he dicho que esta noche dormiría en su habitación —la interrumpió Kade.

Nancy se sintió recorrida por una ola de alivio. Se había temido que tendría que trasladarse a otro cuarto y, aunque no llevaba demasiado tiempo, ya le había cogido gusto a la sensación de familiaridad de su cama.

—¿Estás seguro? —preguntó Eleanor mirando a Kade pensativamente—. Iba a proponer que Nancy durmiera con alguien de su pasillo, y que tú cerraras tu puerta esta noche. Para ti supone todo un trastorno.

—No, no pasa nada. Yo mismo me he ofrecido. —Kade esbozó una fugaz sonrisa—. Nancy me cae bien y era amiga de Sumi. Supongo que le conviene un poco de estabilidad, por lo que cualquier inconveniente que me pueda ocasionar queda relegado a un segundo plano. Quiero ayudar. Este es mi hogar. —Recorrió lentamente la sala con la mirada—. Es mi hogar para siempre jamás. El mes pasado cumplí dieciocho años, mis padres no me quieren, y Prisma no me aceptaría de vuelta incluso si yo quisiera regresar. Así que para mí es importante que cuidemos este lugar, porque él ha estado cuidando de nosotros desde el día en que llegamos aquí.

—Id a acostaros, chiquillos míos —dijo Eleanor—. Por la mañana las cosas no se verán tan negras.

El cadáver yacía en el jardín delantero, cubierto por una fina capa de rocío, el rostro vuelto hacia el impasible cielo. Los muertos conservan la vista, tal como Nancy hubiera señalado en el acto si le hubieran preguntado, pero este cadáver no veía nada, al carecer de ojos: donde antaño estuvieron estos quedaban tan solo unos agujeros negros con los bordes ensangrentados. Las manos estaban entrelazadas cuidadosamente sobre el pecho; los dedos, cada vez más fríos, se aferraban a las gafas. Lorie Youngers ya nunca encontraría su puerta (que había estado esperándola durante todo este tiempo, confinada en un rincón de su habitación en su casa, de un centímetro de altura, mantenida allí por los encantamientos más complicados que la Reina del Polvo, su madre adoptiva, era capaz de idear; la puerta perduraría otros seis meses antes de que los hechizos fueran suspendidos y la Reina se encerrara en sus aposentos durante un año en señal de duelo). Ella nunca viviría otra gran aventura ni

salvaría otro mundo. Su papel en la historia había llegado a su fin.

Loriel yacía allí, inmóvil, mientras el sol se elevaba y las estrellas se apagaban entre parpadeos. Un cuervo se posó sobre la hierba cerca de la pierna de la muchacha, observándola con cautela. Como siguió sin moverse, el animal subió de un salto a una de las rodillas, esperando que la trampa se accionara. Como incluso entonces continuó sin moverse, se lanzó al aire y cubrió volando los pocos pasos que lo separaban de la cabeza, donde de inmediato hundió el pico en el sanguinolento agujero en el que había estado el ojo izquierdo.

Angela —la chica del conejillo de Indias diseccionado, cuyas deportivas encantadas otrora le habían permitido correr sobre los arcoíris— salió en ese momento al porche, frotándose los ojos somnolientos, con la intención de echar la bronca a su compañera de cuarto por escabullirse cuando se suponía que tenían que permanecer juntas. Loriel a veces no conseguía mantener los ojos cerrados el tiempo suficiente para conciliar el sueño, y entonces tenía cierta tendencia a salir a vagar por el jardín en busca de su puerta desaparecida. No era raro encontrársela dormida sobre el césped. En un primer momento, la mente de Angela se negó a considerar el cuerpo inmóvil de Loriel como algo fuera de lo común.

Entonces el cuervo sacó el pico ensangrentado de la cuenca del ojo y graznó a Angela, protestando airadamente por la interrupción de su desayuno.

El grito de Angela le hizo emprender el vuelo, batiendo las alas para adentrarse en el cielo matutino, pero no despertó a Loriel.

6

Los cadáveres que hemos enterrado

Todos los estudiantes habían sido reunidos en el comedor, la mayoría arrancados de la cama, bien por los alaridos de Angela, bien por los golpes a su puerta. Nancy se había despertado de sopetón cuando Kade la sacudió por el hombro, inclinado tan cerca de ella que la muchacha vislumbró la delicada filigrana de líneas en los iris de él, antes de apartarse bruscamente, sonrojándose y cubriéndose con la sábana. Él se había limitado a reír y darse media vuelta como un caballero, mientras ella se levantaba y se vestía.

Ahora, sentada a la mesa con un plato de huevos revueltos enfriándose ante ella, Nancy se encontró aferrada al recuerdo de esa risa. Tenía la sensación de que nadie iba a volver a reír en la escuela durante una buena temporada. A lo mejor nunca jamás.

—Loriel Youngers ha sido hallada muerta en el jardín delantero esta mañana —informó Lundy, plantada frente a ellos tesa como un palo y con las manos cruzadas delante. Parecía una muñeca de porcelana a punto de quebrarse—. Yo estaba en contra de contar nada más. Estimo que detalles tan escabrosos no son apropiados para oídos tan jóvenes. Pero esta es la escuela de la señorita West, y ella ha considerado que saber lo que ha sucedido podría hacer que se tomasen más en serio su petición de que permanezcan juntos. La señorita Youngers fue encontrada sin ojos. Habían sido... extraídos. En un

principio pensamos que el hecho podría achacarse a los depredadores de la zona, pero un examen más meticuloso del cadáver mostró que habían sido extirpados con un objeto afilado.

Nadie preguntó qué clase de objeto afilado. Ni siquiera Jack, aunque Nancy veía que casi estaba temblando del esfuerzo por contener sus preguntas. Por el contrario, Jill parecía de lo más serena, y era de los pocos estudiantes que sí estaban comiendo. Pasar varios años inmersa en una película de terror debía de haber contribuido bastante a endurecer su sensibilidad.

—A diferencia del caso de Sumi, los padres de LorieL continuaban implicados en su educación, pero todavía no hemos informado a las autoridades. —A Lundy le temblaba la voz—. Eleanor está en sus dependencias, decidiendo qué hacer. Por favor, terminen el desayuno y regresen a sus cuartos. No vayan solos a ningún sitio, ni siquiera al servicio. La escuela no es segura. —Se giró sin esperar su reacción y se dirigió a buen paso hacia la puerta.

Una vez se hubo marchado, Jack por fin torció el gesto y dejó escapar una de sus preguntas:

—Cuando Eleanor se presentó anoche nos dijo que estaba deseando poder mentir a nuestros padres sobre lo que nos había sucedido. ¿Por qué no puede hacer desaparecer a LorieL sin más y contar esa mentira?

—No todo el mundo se siente tan cómodo como tú ante la posibilidad de tener que deshacerse de un cadáver —le espetó Angela, todavía bañada en lágrimas. Había estado llorando desde el hallazgo del cuerpo de LorieL, y no parecía tener la más mínima intención de dejar de hacerlo.

—No es una mala pregunta —reconoció Christopher mientras jugueteaba nerviosamente con su hueso. Nancy se preguntó por primera vez si podría ser de verdad y no de madera, como ella había dado por hecho en un principio—. La señorita West ya tiene preparado un montaje que permite que parezca que nos hemos fugado cuando en realidad hemos vuelto al hogar. ¿Por qué no debería mentir a la familia de LorieL? En cualquier caso la han perdido. Al menos, con una mentira, todos los demás podremos continuar aquí, en lugar de tener que regresar.

«Regresar» tenía dos sentidos distintos en la escuela, dependiendo de cómo se dijera. Era lo mejor del mundo. Pero también lo peor que le podía

suceder a alguien. Era volver a un lugar que te comprendía tan bien que había atravesado realidades para encontrarte y reclamar su propiedad exclusiva sobre ti; era ser enviado con una familia que deseaba quererte, deseaba mantenerte sano y salvo, pero que, al no conocerte suficientemente bien, lo único que conseguía era hacerte sufrir. La dualidad de la palabra era como la dualidad de las puertas: cambiaban vidas y las destruían, todo con la misma y sencilla invitación: «Adelante».

—No quiero vivir en un lugar donde nos deshacemos de los cadáveres como si tal cosa —dijo Angela—. Yo no he venido aquí para eso.

—Deja de pontificar —le espetó Jack cortante—. Los cadáveres son una consecuencia de la vida. ¿O en serio pretendes que nos creamos que cuando te dedicabas a correr por los arcoíris jamás viste caer a nadie? Quienquiera que se precipite a tierra desde el cielo no va a levantarse y alejarse caminando tan tranquilo. Morirá. Y a menos que caiga en algún lugar como los Páramos, continuará muerto. Alguien se desembarazó de esos cadáveres. Un resbalón, y se hubiesen desembarazado del tuyo.

Angela miró a Jack de hito en hito, con los ojos horrorizados y abiertos como platos.

—No había caído en la cuenta —reconoció—. Yo vi... vi precipitarse a gente. Los arcoíris eran muy resbaladizos. Incluso con el calzado adecuado podías caer a través de ellos si aflojabas demasiado el paso.

—Alguien se deshizo de esos cadáveres —insistió Jack—. Polvo eres y en polvo te convertirás, ¿no? Si avisamos a los padres de Lorie, si les contamos lo sucedido, fin de la historia, estamos acabados. Todos los que seáis menores de dieciocho años seréis llevados a casa por vuestros cariñosos padres. La mitad estaréis tomando antipsicóticos que no necesitáis antes de fin de año, aunque, bueno, al menos vosotros tendréis alguien que os recuerde que debéis comer cuando estéis inmersos en la contemplación de las paredes. Los demás estaremos en la calle. Sin el título de bachillerato ni medios para enfrentarnos a este mundo, que no desea nuestra vuelta.

—Al menos tú tienes un porvenir —dijo Christopher haciendo girar su hueso una vez más—. ¿Cuántas universidades te han aceptado?

—Todas a las que he enviado la solicitud, pero todas dan por sentado que terminaré secundaria antes de llamar a su puerta. Y ni que decir tiene que debo

pensar en Jill. No puedo lanzarme al mundo sin antes tomar las medidas oportunas para que mi hermana esté bien.

—Yo puedo cuidar de mí misma —aseguró Jill.

—No será necesario —les interrumpió Eleanor. La directora entró en la estancia con paso cansino, miró a Jack y Kade y les pidió—: Hacedla desaparecer, hijitos míos. Ponedla donde nunca la encuentre, aunque la busque mil años. Celebraremos un funeral. La honraremos como mejor podamos. Pero no os puedo poner en peligro a todos los demás solo por una vida perdida. Casi me gustaría poder hacerlo. Me sentiría menos como un monstruo y más como la niña que bailaba con zorros bajo la morosa luna de octubre. Pero no puedo hacerlo.

—Por supuesto —dijo Jack haciendo ademán de levantarse.

Angela se le adelantó.

—La mató ella, ¿y ahora va a permitirle quedarse con el cadáver? —dijo con voz aguda señalando a Jack. La indignación se había apoderado de su rostro—. ¡Ella perpetró el asesinato! Loriel lo sabía, yo lo sé, ¡y no puedo creer que justo usted no lo sepa!

—Un punto por conocer el verbo «perpetrar», aunque me siento ligeramente ofendida al ver que necesitas poner al crimen el lacito de un móvil para poder creer que yo lo cometí —replicó Jack—. ¿Qué iba a hacer yo con un par de ojos, Angela? La oftalmología me trae sin cuidado. Estoy segura de que sus conos y bastoncillos se habían adaptado de manera fascinante, pero aquí carezco de las instalaciones y el equipo necesario para estudiarlos. De haber tenido intención de matarla por sus ojos, lo hubiera hecho dentro de diez años, una vez establecida cómodamente como jefa de investigación y desarrollo de una empresa de biotecnología lo suficientemente grande como para desbaratar cualquier acusación de asesinato. Matarla ahora no me beneficia en nada.

—¿Podemos dejar de acusarnos entre nosotros y ocuparnos de una vez del problema? Por favor —interrumpió Kade poniéndose en pie—. Ya tenemos un cadáver entre manos y no quiero ninguno más.

—Yo puedo ayudar —se ofreció Nancy. Los demás se volvieron hacia ella, que se sonrojó ligeramente, pero continuó hablando—: Puedo garantizar que no se haga nada irrespetuoso con los muertos. La carne que dejan tras

ellos al marchar no es algo que me perturbe.

—Eres una chica un tanto morbosa —dijo Christopher en tono de aprobación. Se puso en pie y guardó el hueso en el bolsillo—. Yo también ayudaré. La Chica Esqueleto jamás me perdonaría que no lo hiciera.

—Pues yo no —informó Jill—. Echaría a perder el vestido.

—Gracias a todos —dijo Eleanor—. Las clases del resto de la mañana han sido canceladas. Nos veremos después del almuerzo, cuando ya hayáis tenido tiempo de rehaceros.

—Una elección de palabra poco afortunada —observó Jack, que parecía cavilosa, casi meditabunda, cuando miró para otro lado y enfiló hacia la puerta, seguida por Kade y Nancy. Christopher ocupó la retaguardia, con el hueso asomando de su bolsillo trasero como un dedo levantado en un gesto obsceno. La puerta se cerró tras ellos.

Los cuatro salieron al porche juntos. Loriel todavía yacía sobre el césped, cubierta con una sábana, y, por un instante, el único pensamiento que ocupó la mente de Nancy fue que si todo eso no terminaba pronto se iban a quedar sin ropa de cama. Nancy, Christopher y Jack continuaron caminando. Kade se detuvo.

—Lo siento —se disculpó—. No puedo. Es que me... me resulta imposible. Yo nunca he hecho esto.

Porque él había sido una princesa en Prisma, antes de que descubrieran que en realidad era un príncipe; porque, a diferencia de los demás, nunca había sido responsable de ocuparse de los muertos. Por descontado que había matado gente. Así era como se había ganado el título de Príncipe Goblin; pero su papel en esas muertes acababa donde terminaba el filo de su espada.

—No pasa nada —le dijo Nancy con amabilidad, volviéndose a mirarlo por encima del hombro—. Los muertos son mucho más comprensivos que los vivos. Deja que nosotros nos encarguemos de ella. Tú vigila.

—Eso sí puedo hacerlo —aceptó Kade con alivio.

Nancy, Jack y Christopher se encaminaron hacia el cadáver. Provenían de tradiciones muy distintas. Para Nancy, la experiencia de la muerte merecía ser reverenciada en toda su integridad. Para Christopher, la carne era algo temporal, pero los huesos eran eternos y dignos de ser tratados como tales. Para Jack, la muerte era un inconveniente que había que superar, y un cadáver

era una caja de Pandora llena de posibilidades maravillosas. Pero todos ellos compartían el amor hacia los finados, y cuando sus manos alzaron a Loriel del suelo, lo hicieron con delicadeza y compasión.

—Si la llevamos al sótano, puedo preparar alguna mezcla para despojar de carne los huesos —se ofreció Jack—. En cualquier prueba forense se vería claro que se trata de un esqueleto reciente, pero es un primer paso.

—Una vez sea un esqueleto, tal vez pueda averiguar qué es lo que le sucedió —dijo Christopher casi con timidez.

Se produjo una pausa en la conversación, hasta que, al cabo, Jack preguntó con recelo:

—Perdona, pero ha sonado como si acabases de confesar que puedes hablar con los huesos. ¿Cómo es que no nos habíamos enterado hasta ahora?

—Porque estaba presente cuando tú dijiste que podías revivir a los muertos. Vi la reacción de todo el mundo, y a mí me gusta tener vida social en la escuela. Porque resulta que si el resto de chicos dejan de dirigirme la palabra no puedo coger y largarme a pasar el rato en la pizzería del pueblo. Y no me vengas con que tu hermana y tú sí que me hubierais hablado. Vosotras dos jamás habláis absolutamente con nadie.

—Ahí te ha pillado —dijo Kade desde el porche.

—Conmigo sí que hablaron —objetó Nancy frunciendo el ceño.

—Porque Sumi las obligó, y porque tú fuiste a un mundo lleno de fantasmas —dijo Christopher—. Supongo que eso era lo suficientemente parecido a vivir en una película de terror como para que contigo sí se enrollaran. Y con Sumi hablaban porque ella no les dejaba la más mínima opción. Sumi era como un pequeño tornado. Cuando te atrapaba, lo único que podías hacer era sujetarte y dejarte llevar.

—Tenemos un buen motivo para mantenernos al margen —replicó Jack con frialdad agarrando a Loriel por los hombros—. A la mayoría de vosotros os cayeron en suerte unicornios y prados brumosos. A nosotras nos tocaron los Páramos y, si allí había algún unicornio, lo más probable es que se alimentase de carne humana. No tardamos en descubrir que compartiendo nuestras experiencias con los demás solo conseguíamos que se distanciaran de nosotras, y que la mayoría de las relaciones sociales en este lugar se basan en esas experiencias compartidas. En las puertas, y en lo que sucedió cuando las

atravesamos.

—Yo fui a un país de esqueletos danzarines y felices, que me aseguraron que un día regresaría a su lado y me casaría con la Chica Esqueleto —refirió Christopher—. Todo bastante jovial, sí, pero jovialidad del tipo de la del Día de los Muertos.

—A lo mejor tendríamos que haber hablado contigo hace mucho tiempo —admitió Jack—. Llevemos a Loriel al sótano.

Fueron rodeando el edificio con Loriel a cuestas hasta llegar a la puerta a ras de suelo que antaño utilizaban los repartidores que llevaban carbón o comida a la casa. Tenían las manos ocupadas, de modo que Nancy se giró para mirar por encima del hombro y llamó:

—Kade, te necesitamos.

—Eso también puedo hacerlo —dijo Kade.

El muchacho pasó corriendo por su lado y abrió las puertas que daban al sótano, liberando una vaharada de aire frío y sepulcral. Las sujetó hasta que los otros hubieron entrado y entonces los siguió, cerrándolas con un *plof* de lo más categórico que los dejó sumidos en una oscuridad casi total. Nancy había morado en los Salones de los Muertos, donde las luces nunca iban más allá de la penumbra por miedo a lastimar los ojos sensibles. Christopher había aprendido a moverse por un mundo de esqueletos cuyos habitantes ni siquiera poseían ojos y en su mayoría habían olvidado largo tiempo atrás a los blandengues vivos y su constante necesidad de iluminación. A Jack le bastaba la luz de una simple tormenta para ver. Tan solo Kade iba tropezando, y a duras penas conseguía no caer mientras el grupo descendía hasta el pie de las escaleras.

—¿Podéis sujetarla un segundo vosotros solos? —preguntó Jack—. Con lo cenutrios que sois, más me vale encender las luces antes de que alguno tropiece y estropee algo valioso.

—¿Ves? Ese es otro de los motivos por los que nadie habla contigo —señaló Christopher—. Eres un tanto desagradable, ¿no? Siempre, incluso cuando no tienes verdaderos motivos para serlo. Podrías pedirlo «por favor».

—Por favoor, ¿podéis sujetarla un segundo vosotros solos, para que no volquemos la redoma con ácido que tenía pensado utilizar para disolver la carne? No me gustaría tener pies de esqueleto. A lo mejor a vosotros tampoco.

—Por el momento —dijo Christopher cambiando su agarre alrededor del torso de Lorie para entrelazar las manos—. Vale, creo que ya la tengo.

—Estupendo. Vuelvo ahora mismo. —El cadáver pareció volverse más pesado en los brazos de Nancy y Christopher tras la marcha de Jack. La oyeron alejarse, sus pasos ligeros sobre el suelo de hormigón del sótano. Y entonces Jack les dijo tranquilamente—: A lo mejor preferís cerrar los ojos.

Se pusieron en tensión, esperándose una brillante luz quirúrgica. Sin embargo, cuando Jack pulsó el interruptor, un suave resplandor naranja bañó la habitación, revelando estanterías metálicas llenas de frascos e instrumental, tocadores rebosantes de cintas y finos encajes, y una mesa de autopsias de acero inoxidable. Solo había una cama.

Nancy dejó escapar una exclamación consternada cuando cayó en la cuenta de lo que esto significaba.

—¿Duermes en la mesa de autopsias? —preguntó.

—El laboratorio no es lugar para almohadas ni mantas —respondió Jack acariciando con una mano el suave metal—. A Jill le cayeron en suerte las camas con dosel y los almohadones. Yo me acostumbré a dormir sobre suelos de piedra. Y resulta que ese tipo de costumbres cuesta perderlas. Cuando duermo en una cama de verdad es como si tratara de dormir en una nube. Tengo miedo de hundirme, atravesarla y matarme al caer. —Suspiró y apartó la mano de la mesa de autopsias—. Colocadla aquí. Quiero examinarla antes de disolver la carne.

—¿No será esto algún tipo de perversión morbosa? —preguntó Christopher mientras él y Nancy avanzaban a trancas y barrancas por el laboratorio con el cadáver a cuestas—. No estoy seguro de que pueda quedarme a ayudar si lo es.

—No me siento atraída por los cadáveres de esa manera, a menos que hayan sido reanimados. Los cadáveres son incapaces de expresar su consentimiento informado, por lo que no son mejores que vibradores.

—Ojalá lo que dices no tuviera tanto sentido —dijo Christopher.

Él y Nancy levantaron al alimón a Lorie y la colocaron sobre la mesa de autopsias. Luego Christopher la soltó y se hizo a un lado. Nancy se quedó donde estaba, tomándose un momento para enderezar las extremidades del cuerpo y alisarle el cabello. Por los pozos que habían sido los ojos de Lorie

no había nada que pudiese hacer... ni tan siquiera cerrarlos. Por fin se limitó a cruzar las manos del cadáver sobre el pecho y se apartó.

Jack ocupó el lugar que Nancy había dejado libre. Al contrario que a su compañera, a Jack no le amedrentaban las heridas del rostro de Lorie. Se inclinó sobre él, estudiando de cerca las estrías de la carne, la manera en la que había sido rasgada y abierta. Tras enfundarse un par de guantes de goma alargó las manos y giró con cuidado la cabeza de Lorie hacia un lado, explorando el cráneo con movimientos rápidos y precisos. Nancy y Christopher la observaron con atención, pero nada de lo que estaba haciendo era irreverente; de hecho, estaba demostrando más respeto por Lorie ahora que estaba muerta del que jamás le había mostrado cuando se contaba entre los vivos.

—Le han fracturado el cráneo —señaló Jack haciendo una mueca—. Alguien la golpeó por detrás con la suficiente fuerza para derribarla y dejarla atontada. No puedo asegurar si el golpe le hizo perder el conocimiento. Dejar a alguien sin sentido es más difícil de lo que la mayoría de la gente imagina. Fue un ataque por sorpresa; no tuvo oportunidad de defenderse ni de gritar pidiendo ayuda antes de desplomarse. Pero no es un golpe como para haberla matado de manera instantánea. Y en las cuencas de los ojos hay bastante sangre.

—Jack... —La voz de Kade sonó queda y horrorizada—. Por favor, dime que no estás diciendo lo que creo que estás diciendo.

—¿Eh? —Jack alzó la mirada—. Lo que no soy es vidente, Kade. Ni siquiera creo que los videntes existan de verdad. Es por completo imposible que pueda leer tu mente y saber qué es lo que piensas que estoy diciendo. Tan solo estoy hablando de cómo se extirparon los ojos de Lorie.

—Arrancaron, querrás decir... —apuntó Christopher.

—No, quiero decir *extirparon*. Tendría que abrir el cráneo para estar segura, y carezco de una sierra de cirugía ósea en condiciones, lo que complica la tarea, pero todo apunta a que sus ojos fueron extirpados totalmente, incluido el nervio óptico en toda su extensión. Quiquiera que la atacase no se limitó a arrancarlos como si fuesen uvas. Para separar el ojo de los músculos que lo sujetan en su lugar se utilizó algún tipo de cuchilla y, una vez hecho esto...

—¿Sabes quién lo hizo? —inquirió Kade.

—No.

—Entonces, por favor, deja de contar cómo se hizo. No aguanto más.

Jack lo miró con expresión seria y dijo:

—Todavía no he llegado a la parte importante.

—Entonces haz el favor de llegar de una vez antes de que los demás vomitemos aquí mismo.

—Basándome en las lesiones del cráneo y en la abundante hemorragia, cuando le extrajeron los ojos estaba viva —aseguró Jack. Tras su anuncio se hizo el silencio. Incluso Nancy se tapó la boca con una mano—. Quienquiera que lo hiciese la redujo por la fuerza, le sacó los ojos y la dejó morir por el *shock*. Ni siquiera estoy convencida de que el objetivo fuese matarla, sino tan solo hacerse con sus ojos.

—¿Por qué? —preguntó Christopher.

Jack dudó antes de mover la cabeza negativamente.

—No lo sé —respondió—. Venga, vamos a prepararla para el entierro.

Kade se retiró al fondo del sótano y se quedó allí mientras los otros ponían manos a la obra. Nancy desnudó a Loriel, doblando cada prenda con esmero antes de dejarla a un lado. Tenía ciertas dudas de que esa ropa fuese a terminar en el guardarropa comunal. Lo más probable es que tuviera que ser destruida junto con el cadáver, por una mera cuestión de seguridad.

Mientras Nancy trabajaba, Jack y Christopher arrastraron una vieja bañera con patas de garra desde un rincón del sótano hasta el centro de la estancia. Jack descorchó varias redomas y vertió su contenido verde y burbujeante en la bañera. Kade la observó consternado.

—¿Por qué Eleanor te deja tener tanto ácido? —preguntó—. ¿Y para qué ibas a querer tanto ácido? No necesitas tanto.

—Salvo que al parecer sí que lo necesito, dado que tengo el justo para disolver un cuerpo humano, y tenemos un cuerpo humano que necesita ser disuelto. Nada sucede por casualidad. Y no es que Eleanor me haya «dejado» tener tanto ácido. Digamos que me lo he procurado por mi cuenta. Para cuando llegasen las vacas flacas.

—¿Las vacas flacas o los elefantes? —preguntó Christopher.

—Nunca es descartable una racha de suerte —dijo Jack. Cogió un par de

delantales de plástico de una estantería y se los ofreció a los otros—. Será mejor que os pongáis uno de estos y el par de guantes que va con ellos. Exfoliarse con ácido no es nada divertido salvo que provengas del mundo de Christopher.

Sin proferir palabra, Nancy y Christopher se pusieron los delantales de plástico, guantes de goma y antiparras. Jack los imitó, y entre los tres introdujeron a Lorie en el efervescente líquido verde. Kade miró para otro lado. El olor era sorprendentemente agradable; no olía en absoluto a carne, sino a algún producto de limpieza: ligeramente cítrico, con un toque mentolado. A medida que Lorie fue desapareciendo bajo la superficie, el burbujeo se incrementó, hasta que el líquido se volvió opaco por completo y ocultó el cadáver. Jack se apartó.

—Tardará alrededor de una hora en quedar reducida a un esqueleto — anunció—. Entonces neutralizaré el ácido y lo escurriré. Christopher, ¿crees que llegados a ese punto ya te podrás encargar tú?

—Bailará para mí. —Christopher acarició el hueso de su bolsillo. Nancy reparó en que la superficie tenía pequeñas mellas. A pesar de no llegar a ser agujeros, no del todo, conseguían evocar una flauta. Las melodías que él tocaba en ese instrumento no eran audibles para los vivos, lo que no significaba que no fuesen reales—. Todos los esqueletos bailan para mí. Me siento honrado de tocar para ellos.

—Estupendo, está claro que vosotros dos —Jack señaló a Nancy mientras se despojaba de los guantes— estáis hechos el uno para el otro. Si no conseguís encontrar vuestras puertas, deberíais casaros y criar la siguiente generación de tiernos bichos raros destinados a viajar a otros mundos.

Las mejillas de Christopher se arrebolaron, no así las de Nancy. Un agradable cambio.

—A lo mejor deberíamos averiguar por qué está muriendo la gente antes de empezar a tratar de organizar un programa de crianza —dijo Kade afablemente—. Además, yo conocí a Nancy antes, así que tengo prioridad a la hora de pedirle salir.

—A veces tengo la sospecha de que todas las características de tu masculinidad las aprendiste de un neandertal —le espetó Jack. Se quitó el delantal y lo colgó en una percha cercana—. A ver, todos, haced el favor de

quitaros el equipo que os he prestado. Es caro y solo puedo hacer tres pedidos al año.

—¿Tengo derecho a opinar? —preguntó Nancy dirigiendo una mirada divertida a Kade.

A Nancy no le importaba flirtear. Flirtear era seguro; flirtear era divertido; flirtear era una manera de relacionarse con sus iguales sin que nadie se diera cuenta de que ella tenía algo raro. Podría haber flirteado eternamente. Lo que no le interesaba era lo que venía a continuación del flirteo.

—A lo mejor luego —respondió Jack—. Justo ahora tenemos que salir de aquí. Cuando el ácido descomponga los tejidos se liberarán gases, y no quiero que mis pulmones se llenen de Lorient. Además, no debería dejar sola a Jill demasiado tiempo —añadió con tono preocupado.

—Estoy segura de que nadie va a hacerle daño a tu hermana —la tranquilizó Nancy—. Sabe cuidar de sí misma.

—Eso es lo que me preocupa. Cuando pasas años con un vampiro, todas esas lecciones sobre «no hay que morder a los otros niños» son en cierto modo arrojadas por la borda. Si la arrinconan porque han decidido que yo soy culpable, podría lastimar a alguien simplemente para poder escapar. Y preferiría que no me expulsaran justo tras haberme deshecho de un cadáver. Tendría la sensación de haber malgastado un montón de ácido del bueno.

—De acuerdo —accedió Nancy sacándose el delantal por la cabeza—. Vamos.

Como ya no estaban tratando de ahorrar la visión del cadáver de Lorient a sus compañeros, el cuarteto subió por las escaleras interiores y salió al pasillo desierto. Kade miró en ambas direcciones antes de volverse hacia Jack y preguntar:

—¿Adónde habrá ido?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —le preguntó ella a su vez, y suspiró cuando los otros se la quedaron mirando—. Solo soy su gemela, no su guardiana. Ni siquiera soy su amiga. Si estamos juntas es sobre todo por una cuestión de autodefensa. Las otras chicas piensan que ella es un bicho raro, y que yo lo soy todavía más. Al menos cuando presentamos un frente común es menos probable que nos jueguen alguna mala pasada.

—¿Mala pasada? —inquirió Nancy sin comprender.

Jack clavó en ella una mirada de lástima y envidia a partes iguales.

—Tú no tuviste que pasar por la fase de novatadas. Esa es la verdadera razón por la que Eleanor te acomodó con Sumi. En el momento en que le cayeras bien a Sumi (o al menos te tolerara) ya nadie iba a pasarse de rosca contigo, porque nadie era tan tonto como para andar tocándole las narices a Sumi. Sumi era despiadada. Las chicas de mundos altos en Sinsentido siempre lo son. Jill y yo...

—Me acuerdo de cuando vosotras llegasteis —la interrumpió Christopher—. Me pareció que tu hermana estaba buena, así que me ofrecí a enseñarle la escuela, pensando que a lo mejor podía camelarla antes de que apareciera alguno de los otros chicos y comenzase a hablar de su espada mágica y de cómo había salvado el universo o lo que fuera. Yo soy un tío con una flauta que nadie oye, así que me toca ser persistente.

—Y se rio de ti, ¿a que sí? —A la mayoría de la gente le hubiese sorprendido el tono dulce de Jack: no era una persona que pareciera inclinada a la dulzura.

—Dijo que yo era un crío muy mono —explicó Christopher asintiendo con la cabeza—, pero que no podía rebajarse a que la vieran en mi compañía. Tal cual, esa fue su primera frase. Nada de «gracias; no, gracias», nada de «me llamo Jill». Directa al «eres un crío muy mono». Después de eso dejé de intentarlo.

—A su manera, ella estaba tratando de salvarte —dijo Jack—. Su Amo era un tipo celoso. Jill trató de hacerse amiga de los niños del pueblo situado a los pies del castillo. Le gustaba estar rodeada por un montón de amigos. Lo creáis o no, ella era la sociable, aunque como amiga fuese bastante friki. Te buscaba hasta debajo de las piedras para hablarte del último episodio de *Doctor Who*. Eso fue al principio, cuando todavía no le había dado por los vestidos de encaje y la dieta rica en hierro. Por aquel entonces, Jill creía que solo estábamos viviendo una aventura. Ella era la que pensaba que algún día regresaríamos a casa, y por eso quería aprender tanto como pudiera.

—¿Y tú? —preguntó Kade.

—Yo ya no quise volver a casa desde el momento en que el doctor Bleak me puso una sierra de cirugía ósea en la mano y me dijo que me enseñaría cualquier cosa que deseara saber. Durante una temporada, Jill anduvo

abriendo puertas y buscando el camino de regreso; yo fui la que nunca deseó volver.

—¿Qué les sucedió a los niños del pueblo? —inquirió Christopher—. A esos con los que intentó entablar amistad.

El rostro de Jack se tornó inexpresivo. No era frialdad exactamente, sino más bien una manera de distanciarse de lo que estaba a punto de relatar.

—Vivíamos bajo la protección y con el beneplácito de un amo vampiro. ¿Qué *crees* que les sucedió a los niños del pueblo? Su Amo no quería que Jill hablara con nadie a quien él no pudiese controlar. Creo que a mí me perdonó la vida solo porque el doctor Bleak se lo rogó, y porque este le hizo ver lo atinado de conservar una fuente de transfusiones de sangre para Jill que encima se reponía por sí sola. Somos gemelas. Si a ella le sucedía algo, yo podía proporcionar piezas de repuesto.

Nancy se quedó boquiabierta.

—¡Pero eso es horrible! —exclamó con voz aguda.

—Así eran los Páramos —continuó Jack, meneando la cabeza—. Era un mundo cruel, frío, brutal y hermoso; y yo daría lo que fuese por regresar. A lo mejor me desbarataron por dentro tan profunda e íntimamente que no soy capaz de apercibirme, igual que Jill no consigue entender que ya no es una chica normal. Me trae sin cuidado. Era mi hogar, donde por fin se me permitió ser yo misma, y detesto estar aquí.

—Casi todos lo detestamos —dijo Kade—. Incluso yo. Por eso estamos en esta escuela. Ahora, piensa. Tu hermana no está en el sótano, ¿adónde podría haber ido?

—A lo mejor sigue aún en el comedor, puesto que es más difícil meterse con ella en un lugar vigilado. O podría haber salido al exterior para sentarse entre los árboles y fingir que ha vuelto a casa. Entre unas cosas y otras, allí pasábamos mucho tiempo al aire libre.

—Ayer la vimos allí —dijo Kade—. Nancy y yo iremos a echar un vistazo a la arboleda; tú y Christopher id a ver si está en el comedor. Nos reuniremos en el desván la encontremos o no.

—¿Por qué en el desván? —quiso saber Christopher.

Pero Jack ya estaba asintiendo con la cabeza.

—Bien pensado —dijo—. Podemos examinar tus libros mientras Lorie

termina de cocerse. A lo mejor en alguno de ellos hay algo que explique por qué alguien podría estar coleccionando órganos de viajeros de mundos. Las probabilidades son remotas, pero, tal como están las cosas, lo intentaré. Vamos allá, Huesito.

Jack se giró y enfiló pasillo abajo, convertida de nuevo en la protegida de un científico loco plenamente segura de sí misma. Cualquier señal de vulnerabilidad que hubiese podido manifestar se había esfumado, aprisionada y oculta tras la máscara que lucía.

—Gracias por emparejarme con la señorita horripilus —le dijo Christopher a Kade, tras lo cual salió corriendo en pos de ella mientras sacaba su flauta del bolsillo.

—De nada —le respondió Kade a voces. Sonriendo, le ofreció el brazo a Nancy—. Ale, a ver si conseguimos pescar a la otra Addams. —Su acento sureño sonó más pronunciado, goteando de sus palabras como miel dulce y tentadora.

Nancy lo cogió por la parte interior del codo, sintiendo de nuevo cómo un traidor rubor se iba extendiendo por sus mejillas. Esta siempre había sido la parte difícil cuando estaba en su anterior escuela: explicar que «asexual» y «arromántica» no eran lo mismo. A ella sí que le gustaba cogerse de la mano e intercambiar besos. En la escuela primaria había tenido varios novios, exactamente igual que la mayoría de sus compañeras, y esas relaciones de prueba siempre le habían parecido la mar de satisfactorias. Fue con la llegada de la pubertad y su cambio en las normas cuando había empezado a rehuir las, presa de la confusión y el desinterés. Kade era probablemente el chico más guapo que jamás había visto. Deseaba pasar horas sentada a su lado charlando de tonterías. Deseaba sentir la mano de él en su piel, saberlo plenamente presente y entregado a ella en cuerpo y alma. El problema era que las cosas nunca parecían terminar ahí, y hasta ahí era hasta donde ella estaba dispuesta a llegar.

Kade debió de notar su incomodidad, porque le sonrió y dijo:

—Te prometo que soy todo un caballero. Conmigo estás tan segura como con cualquiera que no sea el asesino.

—Bueno, solo estaba tratando de decidir si me parecía que pudieras serlo. Me alivia de veras oírte decir que no lo eres. Que conste que yo tampoco lo

soy.

—Me alegra saberlo.

Caminaron juntos por la casona desierta. Desde las habitaciones que iban dejando atrás les llegaban ocasionales susurros que indicaban la presencia de sus compañeros. No se detuvieron. Todo el mundo tenía sus propias preocupaciones, y Nancy tenía la incómoda sensación de que al ayudar a Jack a deshacerse del cadáver se había situado claramente en el campo «enemigo» para cualquiera que hubiese sido amigo de Lorie cuando ella estaba viva. Nancy nunca se había hecho tantos enemigos ni en tan poco tiempo. No le gustaba, pero no veía la manera de volver atrás.

En el exterior no había nadie. El césped estaba desierto, y Kade y ella enfilaron hacia los árboles; incluso los cuervos se habían marchado volando a la búsqueda de un botín más succulento. Reinaba un silencio absoluto de lo más inquietante.

Jill no estaba en el bosquecillo, lo que casi fue una decepción. Nancy había tenido el convencimiento de que cuando se adentraran en el refugio arbolado se la iban a encontrar sentada sobre una raíz, como en una escena sacada de una novela gótica, con la sombrilla bloqueando los rayos descarriados que se hubiesen atrevido a acercársele en exceso. Pero, en lugar de eso, el sol brillaba sin obstáculo alguno, y Nancy y Kade estaban solos.

—Bueno, un sitio menos —dijo Nancy, presa de un repentino nerviosismo. ¿Y si Kade intentaba besarla? ¿Y si Kade no intentaba besarla? Como carecía de respuesta satisfactoria, hizo lo que siempre hacía cuando estaba confundida o asustada: se quedó inmóvil, convertida en una estatua con forma de chica.

—¡Guau! —exclamó Kade, sonando genuinamente impresionado—, menudo truco. ¿De veras te transformas en piedra o solo lo parece? —Clavó con cuidado un dedo en un brazo de Nancy—. No, sigue siendo de carne. Te mantienes inmóvil del todo, pero no eres algo inanimado. ¿Cómo lo haces? ¿Respiras siquiera? Yo no sabría hacerlo.

—La Dama de las Sombras exigía que todos los que estaban a su servicio fueran capaces de mantenerse debidamente inmóviles —explicó Nancy abandonando su pose. El rubor regresó a sus mejillas. La cosa estaba yendo fatal—. Lo siento, tengo tendencia a quedarme paralizada cuando estoy nerviosa.

—No te preocupes, conmigo estás a salvo. Sea quien sea el asesino o los asesinos, solo atacan cuando las víctimas están solas. No nos separaremos y no nos pasará nada.

Pero si eres tú quien me pone nerviosa, pensó Nancy.

—Si estás seguro... —dijo obligándose a sonreír—. Jill no está aquí. Deberíamos volver al desván antes de que Jack y Christopher empiecen a preocuparse por nosotros.

Regresaron juntos por donde habían venido, los dedos de Nancy apoyados en el brazo de Kade y sus ojos escrutando la extensión cubierta de césped, buscando algún indicio de lo que había sucedido. Tenía que haber algo, lo que fuera, que hiciese que todo encajara, que lo obligara a cobrar sentido. No podían estar a merced de un asesino invisible que los masacraba sin motivo aparente.

—Las manos —musitó.

—¿Qué dices? —preguntó Kade.

—Solo estaba pensando en las manos de Sumi. Era extraordinaria con las manos. Quizá eran lo más destacado de ella. A lo mejor alguien está intentando arrebatarnos aquello que más apreciamos. Aunque desconozco el motivo y cómo hace para saber qué es.

—Tiene lógica. —Habían alcanzado los peldaños del porche. Kade continuó mientras subían—: La mayoría de los alumnos perdieron aquello que más apreciaban al cerrarse su puerta. A lo mejor alguien está tan desconsolado que está tratando de asegurarse de que nadie pueda ser feliz. Si él o ellos tienen que ser desgraciados, que también lo sean todos los demás.

—Pero cuando estás muerto no te sientes desgraciado.

—Así lo espero con todas mis fuerzas —dijo Kade alargando la mano hacia el picaporte de la puerta.

La puerta se abrió antes de que él la tocara.

Chocolate caliente

Lundy estaba plantada en el umbral, mirándolos con recelo.

—¿Dónde estaban? —preguntó.

—Buenos días tenga también usted —respondió Kade—. Nos hemos encargado de Lorie, tal como la señorita Eleanor nos pidió, y luego fuimos a buscar a Jill. Jack y Christopher están buscándola dentro de la casa; nosotros salimos a ver si la encontrábamos fuera. Dado que no está, ¿le importa si volvemos a entrar?

—No debería estar sola —dijo Lundy, echándose a un lado y abriendo más la puerta para permitirles pasar—. ¿Por qué no se la llevaron con ustedes?

—Limpiar las manchas de sangre de su vestido hubiese resultado la mar de trabajoso —respondió Nancy sin pensar. Lundy le dirigió una mirada sobresaltada y ofendida, e hizo una mueca—. Esto... lo siento. Pero es cierto. No hay manera de quitar la sangre del tafetán, por mucho que se frote.

—Hay que ver las lecciones tan fascinantes sobre la vida que tiene usted para compartir... —replicó Lundy—. Entren, los dos. Estar ahí fuera es peligroso. —Su mirada fría y reprobadora no se apartó de Nancy.

Nancy se estremeció, pero trató de que su malestar no se notara. No obstante, su mano se apoyó y apretó con más fuerza el brazo de Kade de manera involuntaria.

—De acuerdo —dijo—. La veremos en el almuerzo.

Pasaron junto a Lundy, dejaron atrás la resplandeciente lámpara de araña salpicada de lágrimas congeladas y enfilaron escaleras arriba camino del desván. Solo cuando ya estuvieron frente a la puerta se permitió Nancy relajar los dedos y dejar que el temblor que había estado amenazando asaltarla se apoderase de ella. Se escurrió hasta el suelo y apoyó la espalda contra la pared y las rodillas contra el pecho.

Quieta, se dijo. *Quieta, quieta*. Pero el temblor persistió, su traicionero cuerpo la delataba temblando como una hoja en el vendaval.

—Nancy. —Kade sonaba alarmado. Se arrodilló a su lado y apoyó las manos en los hombros de ella—. Nancy, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Ella cree que fui yo. —La voz le salió débil y aflautada, pero audible. Inspiró profundamente, se obligó a apartar la cabeza de las rodillas y miró a Kade mientras decía—: Lundy cree que fui yo. Cree que fui yo quien asesinó a Sumi y a Loriel. Yo vengo de un mundo lleno de fantasmas. Soy más afín a Jack y Jill que a cualquier otra persona de esta escuela. Ellas llevan siglos aquí sin matar a nadie; pero ha sido aparecer yo, y la gente empieza a morir de repente. Sospechar de la nueva es de cajón. Y cuando a la nueva no le importa ayudar con los cadáveres, ya se vuelve incluso demasiado fácil. Ella cree que lo hice yo, porque cualquier otra explicación resultaría complicada y dura.

—Lundy piensa mediante historias —dijo Kade frotándole la espalda para tranquilizarla—. Pasó demasiado tiempo en el Mercado Goblin antes de hacer el trato. Lleva las historias en la sangre. Tienes razón en que tú eres la sospechosa más lógica: nueva, sin vínculos fuertes, llegada de un Inframundo... Es posible que tengas razón en que Lundy sospecha de ti. Pero te equivocas al pensar que Eleanor le permitirá perjudicarte. Eleanor sabe que tú no lo hiciste, igual que lo sé yo. Vamos, en el desván tengo un hornillo y un hervidor de agua. Puedo prepararte algo caliente para beber, para que calmes esos nervios.

—De hecho, yo ya he preparado chocolate caliente —anunció Jack abriendo la puerta y asomando la cabeza—. ¿Habéis encontrado a mi hermana?

—No, ¿y vosotros? —Kade miró por encima del hombro y frunció el ceño—. Contaba con que si nosotros no la encontrábamos la encontraríais

vosotros. ¿Habéis mirado en el comedor?

—Sí, y también en la biblioteca, y también en la clase donde deberíamos estar a esta hora, por si acaso había estado tan absorta pensando en su cabello que no había prestado atención a lo que nos habían dicho que teníamos que hacer —dijo Jack. Su frustración parecía meramente superficial, pero enmascaraba su profunda preocupación—. No estaba en ninguno de los lugares donde hemos buscado. Confiaba en que vosotros la encontraríais.

—Lo siento. —Kade se puso de pie y le ofreció la mano a Nancy—. La buscamos, no dimos con ella, nos cayó una reprimenda de Lundy, y Nancy...

—... echó unas lagrimitas cuando se dio cuenta de que Lundy sospechaba de ella —terminó Nancy mientras tomaba la mano de Kade y se ponía en pie—. Ya estoy mejor. Mientras Eleanor no sospeche de mí, lo más seguro es que no sea expulsada. Mantengámonos juntos para que a ninguno de nosotros nos suceda nada, y nuestro grupo capeará la situación.

—¡Uy! —exclamó Jack con aire de añoranza—. No he formado parte de un grupo desde que dejamos nuestra anterior escuela. Ahora, venga. Ya os he dicho que he preparado chocolate caliente, y Christopher se lo va a beber todo como lo dejemos solo demasiado tiempo.

—¡Lo he oído! —gritó Christopher.

Jack resopló y desapareció de nuevo en el desván.

Kade dirigió a Nancy una mirada de preocupación, a la que esta respondió con una sonrisa y un tranquilizador apretón de su mano antes de soltarlo y entrar al desván por delante de él. De acuerdo con lo prometido, olía a chocolate caliente. Christopher estaba sentado sobre una de las pilas de libros, con un bigote de nata montada sobre el labio y una taza entre las manos. Jack estaba junto al hornillo preparando tres tazas más. Kade enarcó una ceja.

—¿De dónde has sacado la nata montada? —inquirió.

—Tú tenías leche, yo tenía ciencia —respondió Jack—. Es alucinante la de logros culinarios que pueden resumirse con esa frase. La fabricación de queso, por ejemplo. La intersección perfecta entre la leche, la ciencia y un insensato desprecio por las leyes de la naturaleza.

—¿Cuál es el papel de las leyes de la naturaleza en este caso? —preguntó Nancy, mientras se dirigía a reclamar una de las tazas. El olor era irresistible. Tomó un sorbo y sus ojos se abrieron como platos—. Sabe a...

—Granada, lo sé —dijo Jack—. El tuyo lleva sirope de granada. El de Christopher tiene un toque de canela, y en el de Kade hay trocitos de caramelo que robé de las provisiones privadas de la señorita Eleanor. No se dará cuenta. Se lo mandan desde Inglaterra por kilos, y la próxima entrega llegará dentro de tres días.

—¿Qué tiene el tuyo? —preguntó Nancy.

Jack sonrió, levantando su taza en un brindis silencioso.

—Tres gotas de solución salina caliente y un pellizco de acónito. No lo bastante como para que pueda resultarme peligroso (soy humana, por mucho que Angela afirme lo contrario), pero sí suficiente para que sepa a lágrimas y al aroma del viento cuando sopla por el páramo a medianoche. Si conociera el sabor del sonido de los aullidos, también lo añadiría, y jamás bebería otra cosa, hasta el día de mi muerte.

Christopher tomó un buen trago de chocolate, sacudió la cabeza y dijo:

—¿Sabes?, a veces casi se me olvida lo morbosa que eres, pero entonces sales con algo así...

—Es mejor que tengas bien presente mi naturaleza en todo momento —le advirtió Jack, y le alargó una taza a Kade.

—Gracias —dijo este cogiéndola y rodeándola con sus largos dedos.

—Ni lo menciones —respondió Jack.

Viniendo de ella, en cierto modo no era una expresión de cortesía sino una súplica que significaba: «Olvidemos esta amabilidad pasajera. No permitamos que se prolongue, no vaya a interpretarse como una debilidad». Su único gesto visible fue la ligera elevación de la comisura de los labios en una sonrisa fugaz. Luego se giró, con su taza entre las manos, y procedió a buscar algún montón de libros sobre el que sentarse.

—¿A que este lugar resulta de lo más acogedor? —dijo Kade.

El muchacho abandonó a Nancy para volver a ocupar el que parecía ser su pedestal de costumbre. Ella se quedó junto al hornillo, de pie y sola, sintiéndose un tanto violenta. Luego miró en derredor antes de encaminarse hacia una de las escasas piezas de verdadero mobiliario: un anticuado sillón tapizado en terciopelo que, a pesar del asedio de los libros, todavía no había sido engullido por ellos. Se dejó caer hundiéndose en él, y encajó los pies bajo las piernas, con las manos todavía alrededor de la taza.

—Me gusta —convino Christopher, cuando quedó claro que nadie más iba a decir nada, y se encogió de hombros antes de añadir—: Los chicos (bueno, me refiero a los otros, no a ti, Kade) me toleraron porque aquí la mayoría son chicas y nosotros somos poquísimos, pero todos viajaron a mundos alegres y chispeantes. Todos tienen más o menos la idea de que yo fui a un lugar raro, así que no puedo hablarles demasiado sobre él. Esos estúpidos empiezan a insultar a la Chica Esqueleto y entonces me toca cerrarles el pico a puñetazos. Que no es la mejor manera de hacer amigos.

—No, supongo que no —reconoció Jack. Luego bajó la mirada hacia su chocolate—. Yo me encontré con problemas parecidos cuando traté de hacerme amiga de mis compañeras. Desistí antes que Jill. Lo único que querían era hablar de lo extraño que era el mundo de los Páramos, y lo inferior que era frente a sus empalagosos países de las maravillas. Si os soy sincera, no las culpo por creer que yo podría ser la asesina. Las culpo por pensar que podría haber esperado tanto tiempo.

—Y el momento de confianza se torna morboso de nuevo... —apuntó Christopher jovialmente antes de darle un trago a su chocolate—. Por suerte para ti, este chocolate está tan bueno que soy capaz de perdonarte lo que sea.

—Tal como he dicho, cocinar es una ciencia, y lo mío es la ciencia —repuso Jack.

—Tenemos que averiguar qué es lo que está pasando aquí —terció Kade—. No sé vosotros, pero yo no estoy en demasiadas buenas condiciones para regresar a mi antigua vida. Mis padres todavía creen que, como por arte de magia, van a recuperar a la pequeña que perdieron. Llevan cinco años sin permitirme volver a casa. No, tal vez eso sea injusto (o todo lo contrario). No dejan que yo vuelva a casa. Si estoy dispuesto a enfundarme una falda y decirles que me llamen «Katie», me recibirán con los brazos abiertos. Como la escuela cierre, casi seguro que me encuentro sin hogar.

—Mis padres me permitirían regresar —dijo Christopher—. Piensan que todo esto es algún tipo de compleja crisis nerviosa desencadenada por lo que me sucedió después de mi «fuga». Mi madre cree de corazón que la Chica Esqueleto es alguien de quien estuve enamorado y que murió de anorexia. Si incluso me pregunta cada cierto tiempo si ya he conseguido recordar su «verdadero nombre» para poder localizar a sus padres y contarles lo

sucedido... Es la mar de triste, porque se preocupan mogollón, pero están completamente equivocados en todo. La Chica Esqueleto es real y no está muerta, y nunca estuvo viva como lo está la gente aquí.

—La gente esqueleto no suele estarlo —apostilló Jack dejando el chocolate a un lado—. Si lo estuvieran, sería de esperar que muriesen al momento, debido a la carencia de un sistema circulatorio y de un aparato respiratorio funcionales. Solo la falta de tendones...

—Seguro que eres la alegría de las fiestas... —la interrumpió Christopher.

—Depende del tipo de fiesta —replicó Jack con una sonrisita—. Como haya picos y palas de por medio, soy el alma, la vida, la muerte y la resurrección de la fiesta.

—Yo no puedo volver a casa —dijo Nancy, bajando la vista hacia su chocolate—. Mis padres... supongo que son como los de Christopher. Me quieren, pero incluso antes de que me fuera ya no me entendían, y ahora es como si yo fuese de otro planeta. No cejan en su empeño de que me ponga ropa de colores, coma todos los días y salga con chicos como si nada hubiera sucedido. Como si todo fuese exactamente igual que antes. Pero yo no quería salir con chicos incluso antes de ir al Inframundo, y ahora sigo sin querer. No lo haré. ¡No puedo!

Kade parecía un tanto ofendido.

—Nadie te va a obligar a hacer nada que no desees hacer —dijo, con voz seria y dolida.

—No me refería a eso —aseguró Nancy negando con la cabeza—. Tampoco quiero salir con chicas. No quiero salir con nadie, y punto. Hay gente hermosa, por supuesto, y me gusta contemplar las cosas hermosas, pero tampoco quiero salir con un cuadro.

—Ah —dijo Kade, mientras la comprensión reemplazaba a la seriedad. Esbozó una ligera sonrisa. Nancy levantó la mirada de su taza y le sonrió a su vez—. Bueno, al parecer todos tenemos buenos motivos para mantener la escuela abierta. Se han producido dos muertes: Sumi y Lorie. ¿Qué tenían en común?

—Nada —respondió Christopher—. Sumi fue a un mundo Espejo; Lorie, a un País de las Hadas. Altos en Sinsentido y en Lógica, respectivamente. Nunca andaban juntas, no tenían amistades comunes, no compartían ninguna

afición. A Sumi le gustaba el origami y hacer pulseras con hilos de colores; a Lorie, los rompecabezas y las láminas para colorear por números. Solo coincidían en clase y durante las comidas, y estoy casi seguro de que, de haber podido evitarlo, ni siquiera ahí. No eran enemigas. Simplemente... pasaban la una de la otra.

—Nancy ha dicho antes algo de que las manos de Sumi eran lo más destacado de ella —señaló Kade.

Jack se sentó más tiesa.

—Vaya, Nancy, qué comentario tan insensible e impropio de ti —le espetó.

—Lo siento —se disculpó Nancy, ruborizándose—. Simplemente... simplemente se me ha ocurrido...

—Bueno, no era una crítica. Solo es que lo habitual por aquí es que los comentarios insensibles e impropios sean de mi exclusividad. —Jack frunció el ceño con aire pensativo—. Puede que hayas dado con algo. Cada uno de nosotros tiene algún atributo que fue lo que primero despertó el interés de nuestra puerta, un rasgo de afinidad que nos es inherente y que nos permitió ser felices al otro lado. Ya sé que es una suposición basada en el hecho de que solo llegamos a ver a los supervivientes; a lo mejor la mayoría de los que atraviesan la puerta nunca regresan, de modo que tan solo conocemos las historias que terminan bien. En cualquier caso, se necesita tener *algo* que te permita llegar vivo al final de la historia. Y, para muchos, al parecer ese *algo* intangible estaba localizado en una determinada parte de su cuerpo.

—Como los ojos de Lorie —apuntó Kade.

—Sí —dijo Jack asintiendo con la cabeza—, o la musculatura increíblemente robusta de Nancy (no me mires así, se necesita tener músculos fuertes para aguantar de pie sin desplomarse durante períodos tan largos como esos de los que tú hablas), las piernas de Angela o la belleza de Seraphina. En su fuero interno la chica podrá ser una gusanera llena de apestosas sanguijuelas, pero tiene un rostro que podría incitar al asesinato a los propios ángeles. He visto fotografías tuyas de antes de que viajase a su mundo. Siempre ha sido guapa, pero no era Helena de Troya. No hasta que viajó.

—¿Cómo lo has hecho para conseguir fotos anteriores a su viaje? —preguntó Kade.

—Tengo internet, y su contraseña de Facebook es el nombre de su gato, del

que tiene una foto encima de la cama —explicó Jack con un resoplido burlón—. Soy un genio con un potencial infinito y una paciencia limitadísima. La gente no debería tocarme las narices.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que quiera guardar un secreto —respondió Kade—. Pero ¿qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que, cuando yo trabajaba para el doctor Bleak, a veces él me encargaba buscarle cosas. Solo se conformaba con lo mejor, y con todo el derecho del mundo: él era todo un genio, un genio mayor de lo que yo puedo soñar con llegar a ser jamás. De modo que él decía: «Necesito seis murciélagos», y yo me pasaba días en los páramos con una red, atrapando los murciélagos más grandes, los mejores de entre los mejores, y le llevaba los especímenes óptimos para su trabajo. O a lo mejor decía: «Necesito una carpa dorada sin una sola escama plateada», y yo me tiraba una semana en la orilla del río, pescando con la red un pez tras otro, hasta atrapar uno perfecto. Esos encargos eran los fáciles. Otras veces decía: «Necesito un perro perfecto, pero nunca vas a *encontrar* un perro perfecto, así que ve y busca las partes que necesito». Cabeza y ancas, cola y dedos, tenía que sacarlo todo de dondequiera que estuviese, y llevárselo.

—Vale. Primero, eso es repugnante —dijo Christopher—. Segundo, es inhumano. Tercero, ¿qué es lo que estás diciendo?, ¿que algún científico loco está tratando de fabricar la chica perfecta a partir de nuestras mejores partes?

—En esta escuela no hay ningún científico loco, salvo yo misma, y yo no estoy matando a la gente. Aclarado lo cual, sí, estoy diciendo que a veces en un asesinato la clave no es el cadáver ni el muerto. Eso es lo que se descarta. A veces la clave del asesinato es lo que *falta*.

Alguien llamó a la puerta del desván. Todos dieron un bote, incluso Jack. A Nancy el chocolate se le derramó de la taza. Jack se irguió en su asiento, dejó la taza a un lado y se puso en tensión, como una serpiente preparándose para atacar. Kade se aclaró la garganta.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—Jill. —El picaporte giró y se abrió la puerta. Jill entró y miró con curiosidad a su alrededor antes de anunciar—: Te he estado buscando y, al no encontrarte, he decidido venir aquí, porque, siendo el punto más alto de la casa y el más cercano al sol, era el lugar donde menos probabilidades tenías

de estar. Pero aquí estás, y aquí estoy yo también. ¿Por qué te has largado y me has dejado sola tanto tiempo?

—Estaba deshaciéndome del cadáver tal como me han pedido. —Jack bajó del montón de libros donde estaba sentada, se estiró el chaleco con un rápido tirón y dijo—: Hablando del cadáver, a estas alturas el ácido ya debería haber terminado con los tejidos blandos de Loriel. Christopher, tú querías venir a ayudarme con los huesos, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió este, sonando un tanto desconcertado. Se puso en pie, dejó su chocolate a un lado y salió del desván en pos de Jack.

Jill no dijo nada cuando su hermana se alejó abandonándola allí. Se limitó a dirigir una sonrisa alegre e inocente a Kade y a preguntar:

—¿Queda más de ese chocolate?

8

Su esqueleto, revestido de arcoíris

Jack descendió por las escaleras como si estas la hubiesen desafiado personalmente, de dos en dos y de tres en tres, hasta que Christopher se vio obligado a correr para no quedarse atrás. Durante su precipitada retirada en ningún momento Jack pareció estar esforzándose: se mantuvo bien serena, los ojos fríos y los labios apretados, sin respirar agitadamente ni fatigarse lo más mínimo. No profirió palabra. Christopher estaba preocupado, pero también agradecido. No estaba seguro de que hubiese podido responder sin jadear.

—¿Hace falta que limpiemos los huesos antes de que los invoques? —preguntó Jack mientras avanzaban por el último tramo del pasillo entre el pie de la escalinata y el sótano. No había estudiantes. No habían visto ninguno desde que salieron del desván. La escuela hubiese parecido desierta de no haber sido por los susurros que todavía continuaban llegando del otro lado de las puertas cerradas—. El ácido es hermoso, pero no es lo apropiado para vestir a una bailarina.

—No —respondió Christopher sacando la flauta ósea del bolsillo y rodeándola con los dedos, en lo que en gran parte era un intento por tranquilizarse—. Se levantará limpia y encantadora. En el País de los Huesos, liberáremos a los nuevos habitantes... —Se interrumpió en mitad de la frase, como si acabara de caer en la cuenta de que estaba a punto de decir algo

horrible.

Jack se volvió para mirarlo mientras abría la puerta del sótano.

—Venga, ahora sí que siento una curiosidad irresistible. Tienes que contármelo. Que no te preocupe herir mi sensibilidad. En una ocasión extraje los pulmones del pecho de un hombre con él todavía vivo, consciente y tratando de hablar.

—¿Y por qué ibas a hacer algo así?

—¿Y por qué no?

Jack se encogió de hombros y enfiló escaleras abajo.

Christopher se la quedó mirando un instante antes de echar a andar de nuevo. Cuando la alcanzó, dijo con tono desafiante:

—Para liberar a los nuevos habitantes les rajábamos la carne. Cortes grandes y profundos, hasta el hueso. De ese modo, los esqueletos del interior se podían levantar sin grandes esfuerzos y sin peligro de fracturarse. Los huesos cicatrizan despacio, incluso fuera del cuerpo.

—Lo que a mí me sorprende es que los huesos llegaran a cicatrizar — señaló Jack con voz tranquila—. Las reglas eran tan, tan diferentes allí... Para todos nosotros.

—Sí —convino Christopher mirando el líquido rojizo que llenaba la bañera. En la superficie flotaban algunos trozos sólidos, pero prefirió no prestarles demasiada atención.

—No deberías decirle a nadie lo que me acabas de contar. Estos estúpidos quisquillosos creen que cirugía y carnicería son la misma cosa. Fíjate en cómo me miran a mí. Ahora mismo, tú todavía eres uno de ellos, pero no cometas el error de pensar que eso no puede cambiar. —Jack atravesó la estancia camino del ropero—. Todo cambia.

—Lo sé —dijo Christopher antes de llevarse la flauta a los labios y lanzarse a tocar.

No brotó sonido alguno, al menos que los vivos pudiesen oír; tan solo la *idea* de sonido, la repentina y abrumadora sensación de que había algo que pasaba desapercibido, algo pequeño y sutil camuflado entre las moléculas de silencio. Jack abrió el armario y sacó un pañuelo de cuello de hombre, sin dejar de escuchar con toda su atención mientras se quitaba la pajarita. Oyó su propia respiración. Oyó el roce de los dedos de Christopher sobre el hueso.

Oyó un chapoteo.

Se dio media vuelta.

Christopher todavía continuaba tocando, y Loriel estaba sentada: una lustrosa escultura ósea. Sus omoplatos eran unas alas delicadas; su cráneo, un himno al elegante bailarín al acecho bajo la carne de todos los que hollan la tierra. Tenía un brillo perlado, opalino, y Jack se preguntó distraídamente si sería por el ácido o por la magia de la flauta de Christopher en acción. Lástima que lo más probable sería que nunca llegara a saberlo. En la escuela, aunque fuesen amables, no se desvivían por conseguirle cadáveres para examinarlos.

Despacio y con cuidado, los huesos de Loriel se pusieron en pie, tambaleándose ligeramente, y salieron de la bañera. Una sola gota de ácido resbaló desde su codo y cayó al suelo, donde siseó al devorar la piedra y abrir un hoyo. Loriel se detuvo, sin dejar de bambolearse de lado a lado, las cuencas vacías de sus ojos clavadas en Christopher.

—Es alucinante —dijo Jack dando un paso al frente—. ¿Te ve? ¿Está realmente consciente o son solo unos huesos animados mediante magia? ¿Funciona con cualquier esqueleto o solo con los de quienes han fallecido de muerte violenta? ¿Puedes...? No puedes responder a mis preguntas sin dejar de tocar, ¿verdad?

Christopher negó con un cabeceo y señaló con un codo hacia las escaleras que conducían a la puerta utilizada antiguamente por el servicio. Jack asintió.

—La abriré —se ofreció, y echó a correr, atándose el pañuelo por el camino.

Aunque no tan diestros como los de Sumi, los dedos de Jack eran rápidos y se trataba de un nudo que conocía bien; para cuando llegó a la puerta y la abrió de un empujón, una vez más volvía a estar vestida de manera impecable. De todas las destrezas que había aprendido del doctor Bleak, la de arreglarse mientras corría como alma que lleva el diablo era la que al parecer tenía más papeletas para continuar siéndole útil en este mundo extraño y a menudo desconcertante al que ahora llamaba «hogar».

Christopher la siguió con más parsimonia, sin dejar de tocar su silenciosa flauta. Loriel fue arrastrándose en pos de él, los dedos de los pies golpeando suavemente los peldaños con un sonido que era casi indistinguible del

repiqueteo de las ramas secas contra el cristal de una ventana. Plantada junto a la puerta, Jack los miró salir al exterior y luego los siguió, cerrando tras de sí.

—¿Estamos buscando un lugar para enterrarla donde no la encuentren? — preguntó Jack. Christopher movió la cabeza afirmativamente—. Entonces sígueme.

Juntos atravesaron el jardín: la chica, el chico y el esqueleto danzarán envuelto en arcoíris. Ninguno de los dos que aún conservaban tejidos y lengua habló. Eso era lo más parecido a unas exequias que Lorie iba a tener; no hubiese sido correcto tomárselo a la ligera. Caminaron hasta alcanzar un punto en el que el suelo se inclinaba y la zona ajardinada cedía ante la maleza enmarañada y una extensión de duro terreno pedregoso que jamás había sido cultivada ni considerada nada más que un erial. Huelga decir que Eleanor West era la dueña de todo: las tierras de kilómetros a la redonda habían pertenecido a su familia y, ahora que solo quedaba ella, hasta el último centímetro era suyo. Se había negado en redondo a vender o permitir que se construyera en ninguno de los terrenos que rodeaban la escuela. Los ecologistas de la zona la consideraban una heroína; los capitalistas del lugar, una enemiga. Algunos de sus principales detractores aseguraban que se comportaba como una mujer con algo que ocultar, y a su modo tenían razón: Eleanor era una mujer con algo que proteger. Lo que la hacía más peligrosa de lo que jamás podrían haber imaginado.

—Espera —dijo Jack cuando llegaron a la zona yerma. Se volvió hacia Lorie y dijo—: Si puedes oírme, si puedes entenderme, asiente con la cabeza. Por favor. Sé que no te caía bien cuando estabas viva, ni tú a mí tampoco, pero hay vidas en peligro. Sávalas. Respóndeme.

Christopher continuó tocando. El cráneo de Lorie se inclinó lentamente hacia el esternón, moviéndose a pesar de la ausencia de músculos y tendones que lo controlaran. Jack dejó escapar un resoplido.

—A ver, esto podría ser como en la *ouija*, y que las respuestas que reciba de ti no sean más que lo que Christopher desea que oiga, pero no creo que sea el caso. A lo mejor lo hubiese sido una semana atrás, pero ahora Nancy está en la escuela, y los fantasmas desean estar cerca de ella. Creo que continúas siendo Lorie, de un modo u otro, en lo más profundo. Así que, por favor, si puedes, dímelo, ¿quién te mató?

Loriel se mantuvo inmóvil durante varios segundos, y entonces, despacio, como si cada movimiento le costase un esfuerzo tremendo, alzó el brazo derecho y señaló con el dedo índice el espacio contiguo a Jack. Esta se giró, contempló el vacío y suspiró.

—Supongo que era pedir demasiado —dijo—. Christopher...

Este asintió con la cabeza y desplazó los dedos por la flauta. El esqueleto de Loriel descendió la pequeña loma internándose en el erial, y siguió caminando cuesta abajo, sus pasos ahondando cada vez más en el suelo, como si caminara por una escalera invisible. La perdieron de vista en menos de un minuto, cuando su coronilla desapareció por debajo de la tierra. Christopher bajó la flauta.

—Era tan hermosa... —dijo.

—Ese comentario me resultaría menos morboso si creyera que te referías a Loriel todavía con carne en los huesos. Vamos, regresemos con los demás. Estar solos es peligroso.

Jack se dio media vuelta y Christopher la siguió, y juntos avanzaron lentamente por el extenso terreno cubierto de césped.

Pájaros de Ávalon heridos

El ambiente durante el almuerzo fue tenso, sin nadie charlando y con muy pocos estudiantes comiendo realmente. Por una vez, a nadie le extrañó la costumbre de Nancy de beber traguitos de zumo de fruta y jugar con la comida sólida del plato sin probarla; en todo caso, lo extraño fue que estuviese dispuesta a ingerir algo. Nancy se dio cuenta de que estaba examinando a sus compañeros, tratando de adivinar sus historias, sus mundos ocultos, de descubrir qué, de haber algo, era lo que les podría incitar al asesinato. A lo mejor si hubiera llevado más tiempo en la escuela, si no hubiesen sido unos perfectos desconocidos para ella, habría sido capaz de averiguar las respuestas que necesitaba. Pero, tal como estaban las cosas, tenía la sensación de que lo único que iba a conseguir encontrar serían nuevas preguntas.

Después del almuerzo se celebró una asamblea en la biblioteca, en la que la señorita Eleanor felicitó a todos por la calma y humanidad que habían demostrado, y agradeció a Jack, Nancy y los otros que se hubieran deshecho del cadáver de Loriel. Nancy se ruborizó y se encogió en el asiento, tratando de evitar las miradas que se volvieron hacia ella. Siendo como era una desconocida para los demás, su buena disposición para confraternizar con los cadáveres tenía que resultar sospechosa.

Eleanor respiró hondo y contempló la sala —sus alumnos, los muchachos a su cargo— con una sombría expresión en el rostro.

—Como todos sabéis, mi puerta sigue abierta —dijo—. Mi mundo es un mundo Sinsentido, con fuerte componente en Virtud y moderada Rima, como direcciones transversales. Muchos de vosotros no podríais sobrevivir en él: la falta de lógica y de sentido común os destruiría. Pero a los que os encontráis a gusto en el Sinsentido, estoy dispuesta a abriros la puerta y permitir os franquearla. Podéis esconderos allí una temporada.

Un estremecimiento recorrió la sala, acompañado por breves sollozos ahogados. Una chica con el cabello azul brillante se dobló por la cintura, hundió el rostro entre las rodillas y comenzó a balancearse adelante y atrás, como tratando de aplacar su angustia. Uno de los chicos se puso de pie y se acercó a una esquina, donde se colocó de espaldas al resto. Lo peor fueron aquellos que se limitaron a quedarse sentados llorando, lágrimas corriéndoles por el rostro, las manos cruzadas con fuerza en el regazo.

Nancy miró a Kade sin comprender. Él suspiró y se inclinó hacia ella.

—La señorita Eleanor siempre ha protegido mucho su puerta. Las puertas pueden ser volubles, y ella lleva tanto tiempo esperando poder regresar que cada vez que permite a alguien atravesarla se arriesga a ser reemplazada. Ahora mismo está ofreciendo dejar pasar a todos los alumnos que puedan encontrarse cómodos en un entorno Sinsentido. Eso significa que está asustada, y que está haciendo lo que está en su mano para protegernos. —Kade habló en voz baja. Los alumnos que los rodeaban no parecían estar prestándoles atención. La mayoría estaban demasiado ocupados llorando. En el otro extremo de la sala, incluso Jill estaba sollozando apoyada en su hermana. Tan solo los ojos de Jack se mantenían secos—. El problema es que Sinsentido es una de las dos direcciones fundamentales: ella puede salvar a la mitad de los alumnos, en el mejor de los casos, y no todo aquel que ha estado en un mundo Sinsentido está hecho para todos y cada uno de los mundos Sinsentido. Todos son muy distintos. Tal vez una cuarta parte de los chicos a los que se acaba de ofrecer a salvar serán capaces de atravesar su puerta.

—Oh —dijo Nancy quedamente.

Ella entendía bastante de falsas esperanzas, por bien intencionado que pudiese haber sido el ofrecimiento. Eleanor estaba tratando de salvar a sus

queridos alumnos de la única manera que conocía, y con su intento les estaba haciendo daño.

Al frente de la sala, Eleanor inspiró vacilante y continuó:

—Como siempre, hijitos míos, la asistencia a esta escuela es estrictamente voluntaria. Si alguno de vosotros desea llamar a sus padres y pedirles que lo lleven a casa, reembolsaré el resto de cuotas del semestre y no trataré de detenerle. Solo os pido que, por el bien de los alumnos que continúen aquí, no les contéis por qué os queréis marchar. Encontraremos la manera de solucionar esto.

—¿Ah, sí? ¿Y lo puede solucionar en el caso de Lorie? —preguntó Angela amargamente.

—Idos a clase —dijo Eleanor apartando la mirada. Su voz sonó débil, y repentinamente vieja.

Eleanor se quedó allí, con la cabeza gacha, mientras los alumnos se ponían en pie y abandonaban la biblioteca. Algunos todavía seguían llorando. Ella no tardaría en buscar a los de mundos Sin sentido, les tocaría el hombro y los conduciría hasta su propia puerta. Algunos podrían franquearla, estaba segura. Siempre habría unos pocos que mostrarían la afinidad suficiente. No sería su hogar, no tendría ese cielo cuadriculado ni ese mar especular con el que soñaban, pero... se le asemejaría lo suficiente. Lo bastante para que fueran felices, para que comenzasen a vivir de nuevo. Y ¿quién sabe? Las puertas se abren en cualquier parte. A lo mejor, un día, los niños de este mundo que habían ido al de ella para salvarse verían una puerta que desentonaba con las paredes de su alrededor, con una luna por picaporte o con una aldaba guiñándoles un ojo. A lo mejor todavía podrían ir a su hogar.

Una mano le tocó el hombro. Al volverse, se encontró a Kade detrás de ella, con expresión preocupada. Eleanor miró hacia los asientos, y allí estaba Nancy, refugiada una vez más en la inmovilidad. No importaba. En la escuela había demasiados secretos como para tener miedo de revelarlos. Se giró de nuevo hacia Kade y enterró el rostro en el pecho del muchacho, sollozando.

—Tranquila, tía Ely, tranquila —dijo Kade acariciándole la espalda con una mano—. Conseguiremos solucionarlo.

—Mis alumnos están *muriendo*, Kade —dijo ella—. Están muriendo, y son muy pocos a los que puedo apartar del peligro. A ti no te puedo salvar.

Cuando encontraste tu puerta, pensé...

—Lo sé. Es una lástima para todos que yo tenga un corazón Lógico —dijo él sin dejar de frotarle la espalda—. Todo se arreglará, ya verás. Lo solucionaremos, encontraremos la manera y mantendremos las puertas abiertas, pase lo que pase.

Eleanor suspiró y se separó de él.

—Eres un buen chico, Kade. Tus padres no saben lo que se están perdiendo.

Kade le respondió con una sonrisa triste.

—Ese es el problema, tita. Saben exactamente lo que se están perdiendo, y como a ella nunca la van a volver a encontrar, no saben qué hacer conmigo.

—Mira que eres bobo. Ahora vete a clase.

—A la orden —dijo él, y se dirigió hacia la puerta.

Nancy se arrancó de su inmovilidad pétrea y lo siguió. Esperó hasta que estuvieron a mitad de pasillo antes de preguntar:

—¿Eleanor es tu...?

—Tía tataratatarabuela. Nunca se casó ni tuvo hijos. Su hermana, por el contrario, tuvo seis. Como mi tataratatarabuela ya contaba con un marido para ampararla, Eleanor heredó la finca en su integridad. Yo he sido el primero de sus sobrinos en encontrar su propia puerta. Ella estaba tan feliz creyendo que yo había viajado a un mundo Sinsentido que tardé casi un mes en reconocer que se equivocaba al clasificarme, que yo había visitado un mundo de Lógica pura. A pesar de ello me quiere. Un día, todo esto —señaló las paredes en derredor— será mío, y la escuela permanecerá abierta unas cuantas décadas más. Siempre y cuando no cerremos la próxima semana.

—Estoy segura de que eso no va a pasar. Lo solucionaremos.

—¿Antes de que intervengan las autoridades?

Nancy no supo qué responder a eso.

Las clases fueron un mero trámite, con los alumnos distraídos e impartidas por profesores que percibían la inquietud reinante en el centro, aunque —con la excepción de Lundy— no conociesen la causa. La cena también se preparó a todo correr: la ternera estaba seca y demasiado hecha, la fruta había sido

pelada con tan poco cuidado que las rodajas que se sirvieron tenían trozos de piel. Los alumnos abandonaron el comedor en grupos de tres y cuatro, haciendo planes sobre la marcha para dormir en compañía de sus amigos. Nancy no se inmutó cuando Kade y Christopher se presentaron en su habitación con los sacos de dormir y echaron a cara o cruz quién utilizaba la cama de Sumi. Kade ganó y se instaló en el colchón, mientras que Christopher extendió su saco sobre el suelo. Los tres cerraron los ojos y fingieron dormir, fingimiento que, en el caso de Nancy, se convirtió en realidad pasada la medianoche.

Nancy soñó con fantasmas, y con salones silenciosos por los que los muertos deambulaban sin ser molestados.

Christopher soñó con esqueletos danzarines de fulgor opalino, y con la inalterable y siempre cordial sonrisa de la Chica Esqueleto.

Kade soñó con un mundo de todos los colores del arcoíris, un país prisma, fracturándose en un millar de esquirlas de luz. Se soñó en casa siendo bienvenido tal como era, no como sus padres deseaban que fuese, y, de los tres, fue quien lloró sobre la almohada y quien se despertó, con las mejillas húmedas, a causa de unos gritos.

El sonido venía de lejos, de algún lugar más allá de la ventana. Nancy y Christopher seguían durmiendo, lo que tenía bastante lógica: ellos habían regresado de mundos en los que los gritos eran algo más habitual y menos peligroso que en este. Kade se incorporó, frotándose los ojos todavía adormilados, y esperó a que los gritos se repitiesen. Lo que no sucedió. Las dudas se apoderaron de él.

¿Debía despertar a sus amigos para que lo acompañaran en sus averiguaciones? La mayoría de sus compañeros ya sospechaban de Nancy, y pronto también sospecharían de Christopher si continuaba involucrándose. Kade podía ir solo. Como él era el encargado de mantener el guardarropa en orden, caía bien a la mayoría de los internos, que le perdonarían que descubriera otro cadáver. Pero estaría solo, y si Nancy o Christopher se despertaban antes de su regreso se preocuparían. Y no quería preocuparlos.

Kade se arrodilló y sacudió a Christopher por el hombro. Este gimió antes de entreabrir los ojos y mirar a Kade.

—¿Qué pasa? —preguntó, con voz somnolienta.

—Alguien acaba de gritar en las inmediaciones de los árboles —dijo Kade—. Tenemos que ir a ver qué pasa.

Christopher se incorporó, al parecer despabilado en el acto.

—¿Nos llevamos a Nancy?

—Sí —dijo Nancy saliendo de la cama. Los gritos no habían bastado para despertarla, pero la conversación sí: en los Salones de los Muertos nadie hablaba a menos que deseara ser escuchado—. No quiero quedarme aquí sola.

Ninguno de los chicos se opuso. Todos compartían el mismo temor a quedarse solos en esa casa repentinamente encantada, con fantasmas a los que no alcanzaban a comprender.

Caminaron en silencio, aunque sin excesivo sigilo, los tres deseando en secreto que alguien se despertara, saliese de su cuarto y se uniera a la pequeña procesión. Sin embargo, las puertas permanecieron cerradas y el trío se dirigió en solitario hacia el sombrío bosquecillo donde Nancy y Jill habían buscado refugio del sol implacable. Ahora el sol no lucía; tan solo la luna observaba desde las alturas por entre los retazos de nubes.

Se adentraron en la arboleda, y entonces la luz de la luna también se volvió insoportable, porque alcanzaba a mostrar a Lundy, que yacía diminuta y en silencio sobre la tierra, con los ojos abiertos y clavados en las hojas de los árboles. Ella todavía conservaba ojos y manos, y parecía no faltarle nada. Sus ropas no estaban manchadas de sangre, sus extremidades estaban intactas.

—Lundy —dijo Kade, acercándose para arrodillarse junto a ella y alargando la mano para tomarle el pulso. El movimiento hizo rodar la cabeza de Lundy a un lado y les permitió ver qué era lo que le había sido arrebatado.

Kade se apartó arrastrándose, bregó por ponerse en pie y corrió hasta el otro lado del claro, donde vomitó escandalosamente sobre los arbustos. Nancy y Christopher, a los que la sangre impresionaba menos, contemplaron el vacío cuenco del cráneo de Lundy y se acercaron un poco más, los dos juntos, temblando a pesar de la calidez de la noche.

—¿Por qué iba a coger alguien su *cerebro*? —preguntó Nancy.

—Justo la misma pregunta que yo me disponía a hacer —gruñó Angela.

Nancy y Christopher se giraron. Angela estaba en la linde de la arboleda, con una linterna en la mano y varios estudiantes envueltos en sombras detrás de ella. Enfocó la luz directamente a los ojos de Nancy y preguntó:

—¿Dónde está Seraphina?

—¿Quién es Seraphina? —inquirió a su vez Nancy alzando una mano para resguardarse los ojos. Oyó unos pasos y un momento después la mano de Kade se apoyó en su hombro. Nancy retrocedió medio paso, aceptando su protección —. Hemos venido porque oímos gritos.

—Habéis venido a esconder el cadáver —les espetó Angela—. ¿Dónde está?

—Seraphina es la chica más guapa de la escuela, Nancy; la has visto. Viajó a un mundo Sinsentido, alto en Maldad y en Rima —dijo Kade—. Hermosa como un amanecer, pérfida como una víbora. Ella no está aquí, Angela. —Su dejo de Oklahoma se había vuelto de pronto muy cerrado y destacaba sobre sus palabras—. Regresa a tu habitación. Yo tengo que ir a despertar a la señorita Eleanor. No me extrañaría que le haya permitido a Seraphina atravesar su puerta.

—Como no sea así, más os vale que la soltéis —amenazó Angela—. Como le hagáis algo, os mataré.

—No la tenemos prisionera —dijo Christopher—. Estábamos dormidos hasta hace cinco minutos.

—¿Quién está contigo? —preguntó Kade—. ¿Os habéis dedicado a deambular por la escuela buscando a alguien a quien acusar? Vosotros estáis aquí fuera exactamente igual que nosotros. Esto podría ser obra vuestra.

—Nosotros fuimos a mundos bondadosos y respetables —señaló Angela—. Rayos de luna, arcoíris y lágrimas de unicornio, nada... nada de esqueletos ni muertos ni de decidir que eres un chico cuando en realidad ¡eres una chica!

La arboleda se sumió en un repentino silencio. Incluso los partidarios de Angela parecían anonadados por sus palabras. Angela palideció.

—No quería decir eso —añadió.

—¿De veras?, porque yo creo que sí querías —terció Eleanor. La anciana rodeó a Angela y a los demás, caminando lentamente hasta donde Lundy yacía despatarrada sobre la tierra. Se apoyaba en un bastón, lo que era una novedad, al igual que algunas de las arrugas en sus mejillas. Parecía estar envejeciendo a ojos vistas—. Ay, mi pobre Lundy. Supongo que tal vez esta habrá sido una muerte más dulce que la que te esperaba, pero incluso así desearía que

siguieses aquí.

—Señorita... —empezó a decir Kade.

—Todos, regresad a vuestras habitaciones —ordenó Eleanor—. Angela, hablaremos por la mañana. Por el momento manteneos juntos y tratad de sobrevivir a esta noche. —Apoyó ambas manos en el bastón y se quedó donde estaba, los ojos bajos, contemplando el cadáver de Lundy—. Pobrecita mía.

—Pero...

—Sigo siendo la directora de esta escuela, al menos hasta que muera. Marchaos.

Y se marcharon.

El pequeño grupo se las apañó para mantenerse unido hasta llegar a los escalones de la entrada principal, momento en que Angela se giró hacia Kade y le espetó:

—Sí quería decir lo que he dicho. Resulta enfermiza tu manera de fingir que eres lo que no eres.

—Justo eso mismo te iba a decir yo —intervino Christopher—. Me refiero a que siempre habías fingido bastante bien que eras un ser humano decente. A mí me tenías engañado.

Angela se lo quedó mirando boquiabierta. Luego se dio media vuelta y enfiló las escaleras hecha una furia, seguida de sus amigos. Nancy se volvió hacia Kade, que meneó la cabeza.

—No pasa nada —dijo él—. Volvamos a la cama.

—Yo preferiría que no lo hicierais —dijo Jack.

Los tres se giraron. La por lo común pulcra científica loca estaba de pie en una esquina de la casa, empapada de sangre, sujetándose el hombro izquierdo con la mano derecha. La sangre le corría entre los dedos, lo suficientemente brillante para resultar visible en la penumbra. Llevaba la pajarita desabrochada, lo que en cierto modo era lo más terrible de todo.

—Me parece que necesito ayuda —dijo, y se desplomó hacia delante sin sentido.

Mantente inmóvil como la piedra, y tal vez salgas viva

Kade y Christopher levantaron a Jack; Kade y Christopher se llevaron a Jack, mientras que Nancy se quedó allí de pie, inmóvil y olvidada por el momento, en medio de las sombras del porche. Ella sabía, en teoría, que debía correr tras ellos, que no debía quedarse sola ahí fuera, donde le podía suceder cualquier cosa. Pero ese modo de obrar parecía precipitado y peligroso. La inmovilidad era más segura. La inmovilidad la había salvado antes, y volvería a salvarla ahora.

Había olvidado cuánto se parece una mancha de sangre al zumo de granada, bajo la luz adecuada.

Había olvidado lo hermosa que era.

Y ahora: mantenerse inmóvil, tan inmóvil que se fundiera con el paisaje, que sintiese su corazón ralentizándose, cinco latidos convirtiéndose en cuatro, convirtiéndose en tres, hasta que solo hubiera un latido por minuto, hasta que apenas necesitase respirar. A lo mejor Jack tenía razón; a lo mejor su habilidad para el estatismo era algo prodigioso. A ella no le parecía nada fuera de lo común. Tan solo le parecía lo *apropiado*, como si eso fuese lo que ella hubiera debido ser todo el tiempo, siempre.

Sus padres se preocupaban porque no comía lo suficiente, y a lo mejor ese motivo de preocupación sí estaba justificado cuando ella se movía como una

criatura veloz y cálida; pero ellos no lo entendían. Ella no iba a quedarse aquí, en su mundo veloz y cálido. No, no iba a quedarse. Y cuando ralentizaba su cuerpo así, cuando se quedaba inmóvil de verdad, no necesitaba comer más de lo que ya comía. Podía sobrevivir un siglo con una cucharada de zumo, con unas migajas de pastel, y considerarse bien alimentada. No padecía ningún trastorno alimentario. Sabía lo que necesitaba, y lo que necesitaba era mantenerse inmóvil.

Nancy respiró más profundamente en su camino hacia la inmovilidad y sintió cómo su corazón se detenía durante el lapso de un minuto, quedándose tan quieto como el resto de su cuerpo, como una semilla de granada encerrada a buen recaudo en el centro de la fruta. Se estaba preparando para inhalar otra bocanada de aire, para permitir a su corazón disfrutar de otro latido, cuando alguien dobló la esquina de la casa. Nancy hubiera dicho que ya no podía quedarse más quieta. En ese momento se demostró a sí misma que estaba equivocada. En ese momento se mantuvo tan inmóvil como una piedra, su presencia tan irrelevante como la de cualquiera de ellas.

Jill pasó por delante del porche, con manchas de sangre en las manos y una sombrilla apoyada en un hombro bloqueando cualquier rayo de luna errante que pudiera ser tan osado como para tratar de acariciar su piel. En la comisura de la boca tenía una gota de sangre, como una mancha de mermelada que se le hubiese escapado a su servilleta. Mientras Nancy la estaba observando, inmóvil, la rosada lengüecita de Jill asomó de improviso y la limpió. Jill continuó caminando. Nancy no se movió.

Por favor, pensó. Por favor, mi Amo, impide latir a mi corazón. Por favor, no dejes que me vea.

El corazón de Nancy no latió.

Jill rodeó la esquina más alejada de la casa y desapareció.

Nancy inspiró. Los pulmones le dolieron al ser invadidos por el aire; su corazón protestó al empezar a palpar, pasando de la quietud al desenfreno en menos de un segundo. La sangre aún tardó unos pocos segundos más en reanudar la circulación por el cuerpo, y entonces Nancy se giró y corrió hacia la casa, siguiendo el rastro de gotas de sangre del suelo hasta llegar a la cocina, que nunca hasta entonces había visto, donde irrumpió por la puerta.

Kade se dio la vuelta, con un cuchillo de trinchar en la mano. Christopher

se situó delante de Eleanor. Jack yacía inmóvil en la mesa del centro de la cocina, con la camisa cortada y la herida del brazo envuelta en improvisadas vendas.

—Nancy, ¿qué ha pasado? —preguntó Kade bajando el cuchillo.

—La he visto con mis propios ojos —respondió ella con voz entrecortada—. He visto a Jill. Ha sido ella quien ha hecho esto.

—Sí —dijo Jack con voz fatigada—. Ha sido ella.

11

Nunca podrás volver a casa

Jack tenía los ojos abiertos y clavados en el techo. Se fue incorporando despacio apoyándose en el brazo ileso. Cuando Christopher dio un paso al frente haciendo amago de ir a ayudarla, ella le indicó con la mano que se apartara, rezongando un irritable: «Estaré herida, pero no inválida. Hay cosas que tengo que hacer por mis propios medios». Christopher retrocedió. Ella terminó de sentarse y se mantuvo en esa posición durante un instante, la cabeza gacha, luchando por recuperar la respiración. Nadie se movió hasta que por fin habló:

—Tenía que haberlo visto venir. Supongo que lo vi, o al menos una parte de mí lo vio, pero como no quería hacerlo, rechacé la idea como mejor pude. Ella da a entender que fue culpa mía que tuviéramos que abandonar los Páramos, como si el trabajo que yo estaba llevando a cabo con el doctor Bleak hubiera sublevado a los aldeanos. Eso no es cierto. El doctor Bleak y yo nunca asesinamos a nadie (no a propósito) y la mayoría de los lugareños nos legaban su cuerpo al morir, porque sabían que podíamos utilizar los restos de lo que ellos dejaban atrás para salvar vidas. Nosotros éramos verdaderos cirujanos. Fue ella quien se convirtió en el objeto del afecto de un monstruo. Era ella quien quería ser... como... él.

—Jack... —empezó a decir Kade con tiento.

Nancy, que no había olvidado el destello de un rayo de luz de luna sobre una gotita de sangre que parecía mermelada, guardó silencio.

—Jill se habría convertido en un hermoso monstruo, de haber sido un poco más inteligente —continuó Jack en voz queda—. No hay duda de que contaba con el apetito necesario. Supongo que a la larga hubiese aprendido a ser sutil, pero no aprendió con la suficiente rapidez y descubrieron lo que estaba haciendo, así que agarraron las antorchas y se pusieron en marcha. El doctor Bleak sabía que nunca la perdonarían. La drogó, abrió la puerta y se dispuso a arrojarla fuera. Yo no podía dejarla marchar sola. ¡Es mi hermana! Pero no sabía lo durísimo que iba a ser.

—Cielo, ¿qué es lo que estás diciendo? —preguntó Eleanor.

Nancy, que no había olvidado la manera en que Jill había sonreído al hablar de su Amo y de los extremos a los que había estado dispuesta a llegar para complacerlo, no dijo nada.

—Es mi hermana. —Jack miró a Kade en lugar de a Eleanor, como si le resultara más fácil explicárselo a un igual—. Ella las asesinó a todas. Está tratando de fabricarse una llave. Tenemos que detenerla. —Jack se deslizó desde la mesa, y tan solo esbozó una ligera mueca de dolor cuando el impacto de sus pies al chocar contra el suelo recorrió su cuerpo y alcanzó el brazo herido—. Seraphina todavía está viva.

—Por eso Loriel señaló hacia tu lado, pero no a ti —dijo Christopher.

—Yo no la maté —aseguró Jack asintiendo con la cabeza—. Ella lo sabía. Fue Jill.

—La he visto fuera —dijo Nancy—. Iba caminando como si no tuviera ninguna prisa. ¿Adónde iría?

—Me acuchilló en el sótano, pero ahora irá camino del desván —señaló Jack, y luego hizo una mueca—. Los tragaluces... cuando hay tormenta es más fácil. Traté de detenerla. Lo intenté.

—No pasa nada —la tranquilizó Kade—. A partir de ahora nos encargamos nosotros.

—No vais a ir sin mí. Es mi hermana.

—¿Estás en condiciones de acompañarnos?

Jack esbozó con esfuerzo una fina sonrisa.

—Tratad de impedírmelo.

Kade miró a Eleanor con expresión inquisitiva. Ella cerró los ojos y dijo:

—Jack estará en condiciones de acompañaros, pero yo no. No vayáis si no estáis seguros de que regresaréis a mi lado.

Y se fueron.

Los cuatro corrieron por la casa, raudos y airados. Jack se mantuvo sorprendentemente firme sobre sus pies, habida cuenta de la cantidad de sangre que había perdido. Nancy ocupaba la retaguardia. Quietud y velocidad eran diametralmente opuestas, pero se esforzó cuanto pudo y todos llegaron a la puerta del desván más o menos a la vez. Kade la abrió de un empujón.

Jill estaba de pie en mitad de un océano de libros, con un cuchillo en la mano. La mesa que había limpiado de volúmenes ahora estaba ocupada por Seraphina —la chica más hermosa del mundo— y una colección de tarros, cada uno con su propio y terrible contenido. Jill alzó la cabeza al abrirse la puerta y suspiró.

—¡Largaos! —dijo con tono de fastidio—. Este trabajo es delicado. No tengo tiempo para vosotros.

Kade fue el primero en entrar, con las manos extendidas ante él.

—En realidad no quieres hacerlo —dijo.

—Creo que sí quiero —replicó Jill—. No me conoces. Ninguno de vosotros me conoce. Ni siquiera ella. —Señaló a Jack con la barbilla—. Me voy a mi verdadero hogar. Regreso junto a mi Amo. He averiguado la manera y nadie puede detenerme. Si lo intentáis, todas ellas habrán muerto en vano, y yo lo volveré a hacer, y listo. Voy a fabricar mi llave maestra.

Seraphina gimoteó tras la mordaza que le tapaba la boca, sus ojos moviéndose frenéticamente en busca de la manera de escapar. Sin encontrarla.

—La puerta de nuestro hogar está cerrada por un motivo —dijo Jack—. Ese es un hecho que no puedes soslayar.

—Pero resulta que sí puedo, querida hermana, claro que puedo. Aquí todo el mundo tiene algo que lo hace especial, algo que llamó la atención de su puerta. Yo estoy fabricando la chica perfecta. La chica que lo tiene todo. La más inteligente, hermosa, rápida y fuerte. Todas las puertas se abrirán para ella. Todos los mundos la desearán. Y cuando llegue a los Páramos, la mataré, y a mí se me permitirá quedarme para siempre. Solo quiero regresar a casa. Seguro que lo podéis entender.

—Todos deseamos regresar —señaló Christopher—, pero esta no es la manera.

—No existe ninguna otra —aseguró Jill.

—Los muertos no son meros instrumentos —dijo Nancy avanzando con los brazos inertes a los costados hasta adelantar a Kade—. Por favor, les estás haciendo daño. Estás robándoles aquello que los hacía importantes porque quieres una llave maestra, pero ellos no pueden continuar su camino hacia la otra vida a menos que se lo devuelvas. —No sabía si sus palabras eran verdad, pero las sentía tan *acertadas* que no se las cuestionó—. ¿Por qué tu «y vivieron felices» ha de ser lo único que importe?

—Porque soy la única que está dispuesta a no dejarlo escapar —le espetó Jill—. Retrocede o ella morirá, e iré a todo el mundo con el cuento de que fuiste tú. ¿A quién van a creer?, ¿a la chica ingenua o a la que habla con fantasmas? Si incluso tus aliados son bichos raros... Yo saldré de rositas, espera y verás.

Jill tenía los ojos clavados en Nancy y no vio a Jack apartarse de los otros y avanzar lentamente por el borde del desván. Christopher y Kade se mantuvieron callados.

—Sabes que haces mal, Jill —insistió Nancy—. Sabes que los muertos están enfadados contigo.

Jack continuó moviéndose, pausada, tranquila y queda como una oración, y cogió unas tijeras.

—Los muertos no me importan. Lo que me importa es volver a mi auténtico hogar. Me importa mi Amo. Yo *me* importo, y los demás os podéis pegar un tiro por lo que a mí...

Jill se interrumpió en mitad de la frase y profirió un pequeño jadeo. Bajó la vista mientras la sangre empezaba a extenderse por la pechera de su camión de encaje. Y entonces se desplomó sin gracia alguna, permitiéndoles ver las tijeras que tenía clavadas en la espalda.

Por un instante, Jack contempló a su hermana caída en el suelo. Cuando levantó la cabeza y miró a los demás, sus ojos estaban secos.

—Lo siento —dijo—. Debería haberlo comprendido antes. Debería haberlo visto, pero no lo vi. Perdonadme.

—Has matado a tu hermana. —Nancy sonaba desconcertada—. ¿Tenías

que...?

—Los juicios por asesinato son de lo más desagradable, ¿verdad? Y la muerte no es eterna si sabes lo que te traes entre manos. El doctor Bleak cerró la puerta para impedir que entrara Jill, no yo. Yo siempre hubiera sido bienvenida en mi hogar, de haber estado dispuesta a dejarla a ella aquí... o a cambiarla. Su Amo ahora ya no la querrá. Una vez que has muerto y has resucitado, ya no puedes convertirte en vampiro. —Jack se inclinó para arrancar de la espalda de Jill las tijeras, que salieron chorreando rojo, e hizo una mueca cuando la sangre alcanzó sus dedos—. Si me disculpáis, tenemos que marcharnos. Hay mucho que hacer, y las resurrecciones siempre salen mejor cuando se llevan a cabo de inmediato. Puedo llevarla de vuelta. Ella seguirá siendo mi hermana.

Jack acuchilló el aire con las ensangrentadas tijeras, cortando líneas en el vacío hasta que un rectángulo se abrió y quedó colgando a su lado, descubriendo un campo azotado por el viento en la oscuridad. En la distancia, un castillo, con una aldea a los pies. El semblante de Jack se dulcificó, invadido por una añoranza inefable.

—Mi hogar —musitó.

Jack se agachó, deslizó los brazos por debajo de Jill —gruñendo ligeramente cuando el movimiento reabrió la puñalada de su hombro izquierdo— y alzó el cuerpo de su hermana. Con ella en brazos franqueó la puerta, sin mirar atrás.

Lo último que vieron de las gemelas fue un atisbo de Jack, repentinamente distante y minúscula en la inmensidad de la llanura vacía, atravesando la oscuridad camino de las luces del castillo. Entonces el rectángulo se desvaneció y los dejó de nuevo solos en el desván.

Seraphina gimoteó tras la mordaza. El tiempo reanudó su curso.

Tal como siempre hacía.

Y todos vivieron

Al no contar con la ayuda de Jack, deshacerse del cadáver de Lundy era más complicado: no había nadie demasiado dispuesto a bajar al sótano, salvo Christopher y Nancy, y ellos carecían de los conocimientos necesarios sobre productos químicos para poder disolver el cuerpo de manera segura. Al final le dieron sepultura en la arboleda donde había sido asesinada, enterrada bien profundamente entre las raíces de los árboles. Las manos de Sumi y los ojos de Lorie fueron sepultados con ella. La policía siguió un puñado de pistas falsas tratando de dar con el asesino de Sumi, pero con el tiempo reconocieron que se había perdido todo rastro y el caso se cerró.

Eleanor tardó en recuperar la vitalidad; continuó caminando con bastón, aunque tuvo la fortaleza necesaria para mantenerse al frente de la escuela sin la mujer que había sido su mano derecha y mejor amiga. Kade empezó a echarle una mano para llenar el vacío dejado por Lundy. Cada vez fue quedando más claro que un día la escuela sería suya, y que lo haría bien. El legado de Eleanor estaría a salvo, como así debía ser.

Nancy se mudó al sótano una vez limpiado a fondo. Seraphina había repetido la historia de su rescate tantas veces que los demás alumnos ya no culpaban de las muertes ni a Nancy ni a sus compañeros; si bien es cierto que tal vez no fuesen amigos, al menos no eran enemigos.

El resto del semestre transcurrió sobre ruedas. Nancy estaba preparando el equipaje para volver a casa cuando oyó pisadas en las escaleras. Al volverse se encontró a Kade plantado en ellas, en la mano una maleta floreada que Nancy conocía bien.

—Hola —dijo él.

—Hola.

—Me he enterado de que te ibas a casa por vacaciones.

—Mis padres han insistido —dijo Nancy moviendo la cabeza afirmativamente.

Sus padres le habían rogado, le habían suplicado por teléfono, y cada una de sus palabras había reforzado su determinación de no hacer nada que les sirviese de excusa para sacarla de la escuela. Este lugar —brillante, colorido y frenético— no era donde ella quería estar, pero prefería mil días de escuela a uno solo en compañía de sus padres, que jamás comprenderían.

Ni siquiera se sentía emocionada ante la perspectiva de volverlos a ver. Durante su época entre los muertos se preguntaba qué sería de ellos y si la echarían de menos; ahora solo se preguntaba si llegaría un día en que la dejarían marchar.

—He pensado que a lo mejor querías llevarte esto —Kade le alargó la maleta—, no vayan a pensar que hemos estado fomentando tus rarezas.

—Eres muy amable. —Nancy sonrió mientras se acercaba a cogerla—. ¿Estarás bien sin mí?

—Sí, claro. Christopher y yo estamos trabajando en un nuevo mapa de mundos relacionados con los muertos. Estoy empezando a pensar que a lo mejor Vítus y Mortis son direcciones secundarias. Lo que podría explicar unas cuantas cosas.

—Me interesará ver vuestro trabajo —aseguró Nancy con seriedad.

—Guay. —Kade retrocedió un paso, escaleras arriba—. Disfruta de las vacaciones, ¿eh?

—Seguro que sí.

Nancy lo observó alejarse. Cuando la puerta se cerró tras él, cerró a su vez los ojos y se permitió unos pocos segundos de inmovilidad, ordenando sus pensamientos.

De modo que esto era el mundo. Este era el lugar de donde ella venía —y no solo eso: este era el lugar donde más cerca estaba de encajar *en* este mundo—. Podía continuar en la escuela hasta terminar los estudios, e incluso después. Podía ser la Lundy de Kade, cuando Eleanor ya se hubiera marchado, bien a su mundo Sinsentido, bien a la tumba; podía ser la mujer que estuviera a su lado y le ayudara a que la escuela siguiera adelante. Creía que a ella se le daría mejor explicar a los estudiantes el futuro que les esperaba sin hacerlo parecer una sentencia a cadena perpetua. De verse obligada a ello, podía

aprender a ser feliz en este lugar, pero nunca por completo. Eso sería pedir demasiado.

Abrió los ojos y contempló la maleta que tenía en las manos antes de acercarse hasta la vieja mesa de autopsias de Jack, ahora atemperada por una sencilla sábana blanca, y colocarla sobre ella. Los cierres se resistieron un poco cuando presionó, y al abrirse dejaron al descubierto el marmágnum de prendas de llamativos colores que sus padres habían metido para ella tantos meses atrás.

Encima del revoltijo de blusas, faldas y ropa interior había un sobre. Nancy lo cogió y abrió con cuidado, y sacó la nota que había dentro.

No eres el arcoíris de nadie.

No eres la princesa de nadie.

No eres la puerta de nadie, salvo la tuya, y la única persona que puede decirte cómo termina tu historia eres tú.

El nombre de Sumi no figuraba en forma de firma con una rúbrica: estaba garabateado con grandes letras irregulares que ocupaban media página. Nancy soltó una carcajada, pero el sonido de la risa mudó en algo semejante a un sollozo. Sumi lo debía de haber escrito aquel primer día, por si acaso Nancy era incapaz de sobrellevarlo; por si acaso perdía la seguridad y empezaba a tratar de olvidar.

Nadie puede decirme cómo termina mi historia, salvo yo misma, se dijo, y las palabras eran tan ciertas que las repitió en voz alta: «Nadie puede decirme cómo termina mi historia salvo yo misma».

El aire de la habitación pareció estremecerse.

Con la carta todavía en la mano, Nancy se giró. Las escaleras habían desaparecido. En su lugar había una puerta, de sólido roble y extremadamente familiar. Despacio, como en un sueño, Nancy caminó hacia ella; la carta de Sumi cayó de su mano y descendió meciéndose hacia el suelo.

Al principio, el picaporte se resistió a moverse. Nancy volvió a cerrar los ojos, deseándolo con todas sus fuerzas, y entonces lo sintió ceder bajo la

mano. Esta vez, cuando abrió los ojos y lo giró, la puerta se abrió, y ella se encontró contemplando un granadal.

El aire tenía un aroma dulcísimo, y el cielo era de un negro aterciopelado tachonado de estrellas diamantinas. Nancy temblaba al franquear la puerta. La hierba, mojada por el rocío, le cosquilleó los tobillos. Se agachó para desatarse los zapatos, se los quitó y los dejó ahí tirados. El rocío cubrió sus dedos cuando alargó la mano para arrancar una granada de la rama más cercana. Estaba tan madura que se había rajado por la mitad, dejando al aire una hilera de semillas semejantes a rubíes.

El zumo amargó sus labios, y le supo a gloria.

Nancy enfiló camino abajo por entre los árboles, sin mirar atrás en ningún momento. La puerta desapareció mucho antes de que echase a correr: ya no era necesaria. Igual que una llave que encuentra su cerradura, Nancy al fin estaba en casa.

Notas

[1] Jack y Jill son los protagonistas de un popular poema infantil. (Todas las notas a pie de página son de la traductora). <<

[2] Sumi cita con una ligera alteración el poema de la nota anterior, dado que, en el original, Jack y Jill suben la colina para llenar un cubo de agua, no para contemplar carnicería alguna: «Jack and Jill / Went up the hill / To fetch a pail of water / Jack fell down / And broke his Crown / And Jill Came Tumbling After». <<

[3] La palabra inglesa *bleak* significa «sombrio», «lúgubre», «lóbrego». <<